

DEL COATZACOALCOS DE AYER

DESIDERIO CADENAS GRANADOS





DEL COATZACOALCOS DE AYER

DESIDERIO CADENAS GRANADOS

NOTA: Estos apuntes fueron escritos en 1984. De ahí que algunos lugares que se mencionan como actuales, ya no sean los mismos, así como personas que han cambiado de domicilio o han fallecido.

Más adelante encontraremos datos más recientes pues el autor siempre siguió trabajando en ellos como buen Cronista de la Ciudad de Coatzacoalcos. Lamentablemente, su muerte en 1994, no le permitió concluir su trabajo como eran sus deseos.

A MI PADRE

Desiderio Cadenas Granados

Aquí dejaste la sonrisa
que ya no encontré más.
En estas líneas
que te vuelven a mi memoria
que me devuelven
la alegría.
En este rincón de tu alma
que es vertiente.
No se puede morir
cuando se ha amado
me lo dicen las gentes
en tus calles
en estas voces
que te nombran
con tu nombre verdadero
de patriarca.
En estas paredes
que te encerraron la ternura.
En estos lazos
quedaste en mis sentidos.
Serenos siempre
hasta que volvamos
a encontrarnos.
No es verdad que te fuiste.
Aquí puedo tocar
tu voz de agua.

Tere
Oct/95



Se dice que en la vida, no se suele morir de golpe, sino por etapas, tanto biológica como espiritualmente. Cuando un ser querido desaparece, es el morir propio; lentamente, poco a poco.

Don Desiderio Cadenas Granados fue un amigo leal y verdadero, mi familia se honró con su amistad. Su imagen hosca, su lenguaje absolutamente directo y sin rodeos, su voz clara y su temperamento calmado, sin duda ahuyentaron a quienes no estaban acostumbrados a su vigorosa personalidad. Dificilmente sospechaban la magnanimidad de su espíritu. Fue un hombre apasionado de la lectura, de la compilación. Para él escribir fue una necesidad; recopilar los momentos más importantes de su existencia, haciendo visible el Coatzacoalcos de Ayer, su tierra natal. Testigo ocular respetuoso de todos los andares; con paciencia ordenó todos sus datos, reclamó detalles, amplió lo que era necesario para la comprensión cabal del tema que estaba tratando.

Recoge en sus páginas recuerdos y coloca en ellos a personajes que jugaron un papel importante en la vida cotidiana del puerto. La mayoría idos ya en el viaje que a todos nos aguarda.

En sus escritos queda la explicación que nos da las bases para interpretar las modificaciones que se han dado en esta nuestra ciudad.

Un bello testimonio del Coatzacoalcos viejo.

Coatzacoalcos en sus inicios, era un verdadero paraíso, tierra de amor y de poesía, orlado por la espuma del mar del Golfo de México.

Los escritos de don Desiderio Cadenas Granados son una prolongación de su vida cargada de afectos y de bellos pensamientos de su vida cargada de afectos y de bellos pensamientos. Cuando haya otras obras mayores a las suyas, entonces estas páginas se convertirán en polvo, para que retornen a mezclarse con la tierra que fue su cuna... y su tumba.

ALINA PECH.

Otoño de 1995.



Desarrollo de estos últimos años he tenido la suerte de vivirlos, colaborando de manera tan pequeña en él, me dio paciencia para recoger y fuerzas para enhebrar este puñado de sucesos de toda la vida, tirados por el tiempo, como eventos de diversos colores, sobre este pedacito de suelo patrio.

Nunca hasta ahora se había escrito algo continuado y compaginado del pasado de esta ciudad, cuya historia fraccionada en la memoria de sus viejos habitantes, va perdiéndose al faltar ellos.

Transcurre el tiempo, las personas se hacen grandes y en su mente cansada van deformándose o borrándose los recuerdos, y con ellos se pierde la historia que no se escribió; es entonces cuando involuntariamente se confunden estos recuerdos y falsea la verdad. En apoyo de la veracidad de mucha información obtenida por medio de la memoria de los que vivieron épocas pasadas, como antes se dice, hemos tenido la oportunidad de confirmar como verdadera mucha de ella.

De todos modos quiero manifestar mi profundo agradecimiento, en estas cortas líneas, a todas las personas que con su desinteresada información, grande o pequeña,

hicieron posible y fácil esta obra. Igual agradecimiento a los propietarios de algunas fotografías que tan gentilmente me permitieron usar para ilustrar este pequeño libro.

Si alguna información es escasa o incompleta, ruego a los lectores su perdón, rogándoles su información al respecto, para tratar de hacer la rectificación correspondiente, y que de una vez quede escrita la verdadera historia de la ciudad de Coatzacoalcos, si ésta no lo fuera

En las páginas finales de este libro me he permitido consignar alguna información sobre las antiguas costumbres de los habitantes del lugar, así como notas comparativas de lo que existió con lo que existe actualmente.

Como una modalidad no acostumbrada en esta clase escritos, hago algunos juicios relativos al aspecto, que para mi tienen los sucesos que dan forma al alma de un pueblo.

No quisiera dejar de manifestar, aunque sea muy lacónicamente mi admiración hacia los gobiernos que con constancia de siglos, no obstante tantos fracasos, hicieron realidad el proyecto de comunicar dos mares a través del istmo de Tehuantepec, logrando el progreso, y con sus innumerables comunicaciones, hacer fácil la explotación de incontables riquezas naturales, sangre y vida de este suelo.

Dignos también de admiración son sus moradores, que con su dedicación al trabajo, su espíritu de superación y su esfuerzo económico, convirtieron en ciudad próspera y cómoda, en tan pocos años, aquel pequeño poblado que ayer se llamó “La Barra”.

J. FIGUEROA



Don Desiderio Cadenas

Caballero de sello antiguo

Era un caballero de sello antiguo, serio, formal, con una mente que atesoraba el recuerdo, que desde niño se posaba en sus ojos y se quedó ahí para que los hombres de este tiempo supiéramos cómo se fue concibiendo ese proyecto de ciudad trazada por los ingleses y que hoy su nombre, Coatzacoalcos, se repite al mundo por muchas razones; por su raíz prehispánica, su fusión de culturas, la identidad heterogénea que hoy nos forma y su riqueza inacabable a pesar de todo.

Acucioso investigador.

Don Desiderio hacía un recuento de la documentación que guarda el Archivo Histórico de la Ciudad, para darnos a conocer los cambios que hubieron en los gobiernos, en su mayoría presididos por militares, hasta llegar a la civilidad que hoy nos rige.

Muchas cosas se han ido quedando en el tintero de los cronistas, en los archivos familiares y no se ha podido concluir el “Libro de Coatzacoalcos”.

Don Desiderio Cadenas Granados, ha ido recogiendo las vivencias de los forjadores de esta ciudad marítima que se fundó en el paisaje desde antes de la llegada de los españoles, hasta convertirse en el emporio petroquímico que da sustento a miles de habitantes que viven en las riberas del río Coatzacoalcos y los manglares modificados por los hombres que han decidido que ésta es la tierra prometida para hacer realidad sus ilusiones.

Don Desiderio Cadenas, porteño de origen, nació en el año de 1911. A los 13 años laboró como aprendiz en la imprenta “El Lápiz Rojo”, del Sr. José Vicenté. Ahí empezó su inquietud por las letras, para dar forma con la tipografía movable, a páginas que se iban convirtiendo en documentos.

Y hoy él ha aportado su obra a la historia de Coatzacoalcos, como él lo dijo, sus recuerdos quedan impresos en la memoria desde el año de 1916, cuando comenzó a tener uso de razón.

Ha recopilado información valiosa en el Archivo General de la Nación, documentos que fundamentan que nuestra ciudad siempre ha sido un atractivo para el desarrollo de grupos y de culturas nacionales y extranjeras.

A través de sus escritos nos llega la vivencia de los constructores de astilleros que se establecieron para aprovechar la riqueza maderera de la ribera del río Coatzacoalcos en el año de 1730.

Don Desiderio Cadenas conservó en su documentada biblioteca amplia información sobre los colonizadores extranjeros, algunos cuyo paso por nuestra región fue relativo y otras en forma definitiva pero que de una o de otra forma dejaron impresa su huella, su forma de vivir, de alimentarse, de explotar o ayudar a los naturales.

HUMBERTO BURGUETE PEDRERO



Del Coatzacoalcos de Ayer

-I-

Cataclismo tremendo fue, sin duda alguna, aquel que hundió la legendaria Atlántida, que bien pudo llevar tras sí, en forma trágica, esta región del Istmo y Centroamérica, dejando aislada así la tierra yucateca cual nueva isla antillana. Por fortuna, no se unieron Atlántico y Pacífico, y hoy disfrutamos de un sitio tan magnífico cual siempre ha sido Coatzacoalcos, cuya historia debe llevarse siempre en la memoria. Los doscientos kilómetros que abarca de océano esta tierra mexicana, tomando el Nudo Cempoaltépetl como marca forman, al Sur una y otra al Norte, dos vertientes. De la del Norte nos hemos de ocupar, según programa, pues hemos de escribir primeramente lo que originó que Coatzacoalcos se formara al correr de los años y los siglos.

Plausible y atinada idea de nuestro Ayuntamiento Municipal del trienio 1982-1985 fue la convocatoria a concursar para un “Ensayo sobre la Historia de

Coatzacoalcos”, señalándose el 20 de noviembre del pasado año de 1984 como fecha límite para recibirse los trabajos. Concluido el término y dictaminado el resultado del concurso por idóneo Jurado Calificador, el día 25 de enero de 1985, en ceremonia efectuada en el Teatro al Aire Libre de nuestro Parque Independencia, el licenciado Juan Hillman Jiménez, Presidente Municipal, hizo entrega de sendos diplomas de reconocimiento a los diez concursantes, distinguiendo a quienes obtuvieron los tres primeros lugares con respectivos e importantes premios en dinero.

Aunque en distintas ocasiones se informó que los trabajos del concurso serían publicados, a la fecha tal cosa no ha ocurrido, y si bien se editó un libro titulado “Coatzacoalcos, Ciudad para Vivir Siempre”, posiblemente sus fuentes fueron distintas a los datos aportados por los concursantes, por lo que, a petición de muchos coterráneos deseosos de conocer simplemente lo aportado por nosotros, nos tomamos la libertad de obsequiar tales deseos por parte nuestra.



-II-

Génesis

De la original masa ígnea, parte indudablemente desprendida de nuestro Astro Rey, girando en su órbita, el planeta Tierra al enfriarse en su superficie se transformó en mares y continentes. Hizo su presencia en la vida en todos sus aspectos. Comenzó la Humanidad a desarrollarse ejercitando el don divino de la inteligencia, y cuando pasados muchísimos años de la existencia animal y vegetal, por efecto de terribles cataclismos vinieron nuevos acomodamientos quedando sepultados inmensos bosques y mares con su contenido, materia orgánica que dio origen a la formación de yacimientos subterráneos de hidrocarburos de hidrógeno (descubiertos en este siglo XX), tuvo lugar la desaparición de la legendaria Atlántida, y a punto estuvo de producirse la unificación de los dos grandes océanos, Atlántico y Pacífico, con la siguiente desaparición de nuestro Istmo de Tehuantepec y la América Central.

En su constante energía de desarrollo y cambio de las fuerzas de la Naturaleza (indiscutible obra del Arquitecto Supremo), las abundantes aguas procedentes del Nudo

de Cempoaltépetl, donde se encuentran y forman una sola cordillera montañosa ambas Sierras Madre Oriental y Occidental de nuestro país, produjeron corrientes que, desde las alturas, se iban extendiendo por las superficies más o menos planas halladas en su recorrido con rumbo hacia el mar, al mismo tiempo que iban

estableciendo sus respectivos cauces o lechos. Una de tantas corrientes acuíferas, de bastante relevancia, dirigiéndose de Sur a Norte, al llegar a las playas de la costa y encontrarse con la barrera del mar, llenó de innumerables albuferas o deltas la región, transformándola en zona pantanosa, misma que poco a poco el mar fue llenando con las arenas que sus olas arrojaron de su seno, mientras aquella corriente de agua formaba su cauce definitivo, cada vez más profundo, de nuestro principal tesoro fluvial, hoy intensamente contaminado por el precio del progreso.

Las arenas del mar hicieron la barrera de las dunas y los médanos a las márgenes izquierda y derecha de la citada corriente principal, creciendo los promontorios de tierra firme.

Los conquistadores españoles conocieron esta región a la cual le dieron el nombre de Isla Mariana pues se encontraba rodeada de agua: río Coatzacoalcos al Oriente, río Calzadas al Sur, arroyo Tizapoyo y Launa del Tepache del Ostión y Las Barrillas por el Occidente, y el mar por el Norte. Según el proyecto y plano del ingeniero Drumont en las postrimerías del Siglo XX, fue trazada la hoy ciudad de las Avenidas.

EL RÍO

Con su amplia bocana, recibiendo el pomposo nombre de Río Coatzacoalcos, que en idioma nativo significa “donde se ocultó la culebra” por ser aquí, según la leyenda, donde desapareció el dios Quetzalcóatl para convertirse después en el planeta Venus, dio nombre también a la tierra firme de su

margen izquierda.

Majestuoso siempre. Ya sea cuando se detiene el viento y ante el azul de un claro cielo semeja inmenso espejo, terso y límpido. Ya sea cuando la brisa que acompaña la entrada de la marea, en espléndidas noches de luna le ondula la superficie y los destellos luminosos de sus rieladas olas centellean como luciérnagas. Ya sea en tiempos de Norte o tempestad en que el ruido de las inmensas olas que se levantan de mar y azotan las escolleras y las orillas de la ribera, forman un maravilloso concierto musical que hace elevar el espíritu y pone a trabajar la mente maravillada de tanta fuerza de la Naturaleza, y el suave rocío que nos alcanza en la cara y en el cuerpo nos sugiere un baño celestial, recreándose nuestra vista con el espectáculo de la blanca espuma que se forma y que alcanza sorprendente altura.

Majestuoso siempre es nuestro río Coatzacoalcos, que antaño viera desfilar por sus aguas las balsas y las canoas de los autóctonos habitantes de sus márgenes tierra adentro, que fuera escenario de la entrada de la primera de naves y bergantines de construcción desconocida, cuando llegaron los primeros colonizadores españoles, que fuera teatro también del desembarco de filibusteros de naves piratas, unas veces buscando refugio contra tempestades y otras desarrollando sus faenas depredadoras, que merodeaban por las aguas del Golfo, y que ya establecidas las comunicaciones transoceánicas recibiera los balandros, los pailebotes, los veleros, la galeras de remos, los paquebotes y buques de vapor, etc.

Siempre majestuoso nuestro río Coatzacoalcos, lo mismo cuando venían sus corrientes cuajadas de jacintos o lirio acuático, como cuando arribaban, procedentes de muy arriba, las balsas de trozos de madera preciosa para la exportación. Siempre majestuoso cuando cruzándolo en botes a vela o remos para ir al “otro lado” era espectáculo divertido las piruetas de las abundantes toninas, o el

revolotear de las gaviotas y las garzas, y la formación en vuelo de los señoriales pelícanos, o los afares de los rabihorcados para quitar a los otros el pescado capturado pues por la gran envergadura de sus alas están impedidos de bajar al agua pues no se podrán elevar.

LAS ESCOLLERAS Y EL BARRANCO

Fue en el año de 1907 cuando el entonces Presidente de la República, General Porfirio Díaz, vino a inaugurar las obras del puerto cuya ejecución fue encomendada al contratista inglés S. Pearson. Flamantes muelles, uno de cabotaje y seis para tráfico de altura, con sus amplias bodegas y sus potentes grúas eléctricas, escolleras formidables construidas con rocas traídas de Paso de Buques,

Oaxaca, con una vía de ferrocarril que llegaba hasta la punta de la escollera occidental, de la cual se sirvieron para llevar la piedra empleada en la construcción de la misma escollera, y una línea de tubería de ocho pulgadas de diámetro, de fierro fundido, para desalojar las aguas negras hasta el mar, impulsadas por una planta compresora instalada en donde hoy forman esquina las calles de Carranza Sur y Román Marín. Quedó inaugurado también el Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, comunicando Puerto México (antiguo nombre de Coatzacoalcos) y Salina Cruz, cuya explotación trajo un auge fabuloso a la región por el tráfico internacional de carga mientras ponían en funcionamiento el Canal de Panamá.

Anteriormente, en el año de 1851, exploradores norteamericanos organizaron una expedición estudiando la posibilidad de establecer una vía de comunicación fluvial entre los océanos Atlántico y Pacífico, idea que en alguna forma había sido también considerada por los conquistadores españoles. Es de hacer otra que desde los primeros pobladores de la tierra firme a occidente de la desembocadura

del río Coatzacoalcos, este mismo nombre de Coatzacoalcos se dio al poblado, pero, según dicen, por dificultarse a los extranjeros su pronunciación, cambió a Puerto México y hoy nuevamente tiene su primitivo nombre.

La acera oriente de la que fue Calle Colón, hoy del Colegio Militar, principiando en la esquina con la calle Hidalgo, estaba limitada por un barranco cuya altura se iba elevando gradualmente hasta tener su mayor cima en la confluencia con la calle de Lerdo. De ahí bajaba hasta el llamado barrio de las escolleras, entre las hoy calles de Madero y Quevedo. Había algunos accesos, muy empinados por cierto, para comunicar las calles de Juárez, Zaragoza, La Llave, Zamora y Lerdo. Era parte de nuestros juegos de chiquillos deslizarnos por las pendientes arenosas convertidas en caminos, para llegar a la ribera del Coatzacoalcos, donde las matas llamadas “berenjena” nos proporcionaban las horquetas para nuestros tiradores. Era hermoso contemplar la nopalera abundante, protectora de las arenas del barranco, cuando se cubría de flores amarillas. Y atinarle con el tirador a alguno de tantos “garrobos” que había.

LA PLAYA

En aquellos tiempos anteriores al emporio industrial de Coatzacoalcos, cuando se estaba gestando ya nuestra contribución al paso de las consecuencias del progreso, y nada sabíamos ni hablábamos de contaminaciones, ni de ecologías, ni de especies extinguidas, y era rara la vez que al tratar de arrancar de su mata de jacinto o lirio acuático nos embarráramos de chapopote o aceite. En aquellos tiempos en que abundaban los peces, los camarones, las jaibas, y más por diversión que por necesidad nos convertíamos en pescadores.

En esos tiempos en que abundaban los robalos, los pargos y las chernas, pescados con curricán a mano o con caña, cuando en el día de Todos Santos se esperaba la bajada por el

río del bobo, o cuando por la cuaresma venía la arribazón de sierra, y cuando dos épocas del año estaban bien marcadas para la captura del robalo, que debidamente salado o seco, por toneladas y toneladas se enviaba al centro de la República. Cuando del sábalo solamente se aprovechaba la hueva, y cuando nadie quería ni necesitaba comer el jurel o gallego. En ese tiempo nuestra playa era de arenas blancas y limpias y de aguas puras y cristalinas, solamente empañadas alguna vez por la presencia de las “aguas malas”, y se recogían conchas y estrellas de mar en abundancia. Los baños de mar, en los meses de abril y mayo eran la romería obligada de los porteños, y las lunadas sobre los médanos de arena sin basura alguna constituían un placer paradisíaco, y el poder encontrar algún médano lo suficiente mente algo para poder alcanzar a ver el humo de la Refinería de Minatitlán, en un cielo límpido, proporcionándose un espectáculo maravilloso, y cuando cansados de buscar “garrapatas”, unos tubérculos semejantes a las chufas, la chiquillada y los jóvenes y las muchachas se dejaban rodar desde lo alto de una duna con la seguridad de que no habría pedazo de madera, botella, o cualquier objeto que pudiera lastimarlos, qué lejos estábamos de que

llegaría el día de tener que dejar todo ese paseo y diversión por causa de la basura, tanto en tierra como en el mar.

Año de 1915: Bergantín de casco de hierro y de igual material su arboladura, cargado de carbón de piedra, consignado a don Manuel Ladrón de Guevara el viejo, no pudo entrar a nuestro majestuoso río debido a un fuerte temporal, quedando encallado a pocos metros de la playa y muy cerca de la escollera Oeste. Allí se fue pudriendo y enterrando, quedando visible solamente la parte superior de su casco y los dos mástiles principales que en sus buenos tiempos de travesía ostentosamente enarbolaron flamantes

velas desplegadas al viento. ¿Su nombre? Nunca lo supe. ¿Llegó a sacarse el cargamento o aún estará ahí petrificándose aún más? –Quién sabe. –

Año de 1921. Goleta de siete palos, con velamen de maravilla, y cargado principalmente de vinos y licores, entra de arribada forzosa a Coatzacoalcos, permanece algunos días fondeado en el río, pasando después a atracar al muelle número siete donde queda por espacio de varios años. ¿Por qué se quedó en Coatzacoalcos? Nunca lo supe. Dos matrimonios son los únicos tripulantes fieles que quedan a bordo de tan hermosa embarcación, hasta que llega el momento de mandarla a hacerle compañía al barco carbonero de 1912. Ahí se ven todavía los restos del “Callao”. Tal era su nombre. Ambos barcos sirvieron de trampolines para los clavados de los aficionados al baño de mar.

Año de 1931: Otro fuerte temporal, como los que había antes, hace que una horrenda noche equivoque el canal de entrada el timonel del “cauto”, barco carguero moderno de la Ward Line, y lo deja montado en posición Este-Oeste sobre la escollera Occidental.

Año de 1935: Una mañana de Norte amanece sobre la escollera Oriental, la canoa motor “Nachicocom”, que hacía el tráfico del puerto de Veracruz a los de la Península de Yucatán. Sus pasajeros y tripulantes se pasaron toda la noche haciendo señales en demanda de salvamento, pero nadie se percató de ellos. Como pudieron, y fijando un cabo de manila en la parte firme de la escollera, lograron llegar a la playa de la Congregación de Allende, y por la mañana a Coatzacoalcos, donde temporalmente les dieron refugio en el local del Resguardo Marítimo.

Año de 1937: Los habitantes de las cercanías de la playa, se encuentran un día con el hermoso barco “Venator”, a menos de diez pasos de la orilla, en donde permanece varios días como espectáculo interesante. Bien enterrado su casco en la arena, hasta que maniobras de remolcadores y la subida de la

marea logran ponerlo a flote.

Para ir a la playa era forzoso cruzar un pequeño arroyo, no muy caudaloso excepto en temporadas de lluvia, que formando el límite de los médanos con la planicie del Playón Norte, servía de desagüe natural a la llamada Laguna de Gracia ubicada más o menos en la confluencia hoy de las calles Revolución y Pedro Moreno, y que a pesar de tener su fondo tapizado de zarzas era la alberca natural de los aficionados a la natación entre los que figuraban en mayor número los escolapios que eludían concurrir a clases por la diversión.

También en tiempos de lluvias, las hondonadas que el viento había hecho en las arenas se llenaban de agua, que igualmente aprovechábamos para el baño y la natación cuando el fuerte oleaje y la resaca del temporal nos impedían hacerlo en el mar.

LOS MUELLES

Como ya se dijo, tocó a la Compañía “S. Pearson and Son Limited”, la concesión de las obras del puerto, ya entonces bastante poblado, y se construyen, para inaugurarse en el año de 1907, además del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, siete formidables muelles, con sus inmensas grúas, catorce en total, y sus amplísimas bodegas, éstas de estructura de hierro y láminas de zinc acanaladas, con sus tragaluces de grueso vidrio en los techos con fosas de acceso para los carros de ferrocarril y vías anchas en la superficie de los muelles, unas para los carros del ferrocarril y otras para hacer correr las grúas al lugar necesario. Las grúas eran eléctricas, de 18 toneladas de capacidad cada una, montadas sobre altas torres estructurales.

Inaugurado el Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, e independientemente de las exploraciones petrolíferas que ya habían comenzado, pues la contratación de terrenos

para esos fines datan de los años 1903 y 1904, vino el auge del tráfico interoceánico, con el constante movimiento de carga de Puerto México a Salina Cruz y viceversa, siendo a veces insuficientes los muelles para los barcos que de todo el mundo venían, y encontrándose en viaje en ocasiones hasta cuarenta trenes por día. Era tanta la urgencia y la actividad, que resultaba preferible perder la mercancía de alguna caja que al caer se rompiera, que gastar tiempo en recogerla.

Tráfico muy intenso era desde luego el de la “Hawái Company”, cuyos productos de piña envasados pasaban por aquí rumbo a Europa y a la costa del Atlántico de los Estados Unidos. Además de nuestro país se exportaban maderas preciosas y mucho café.

Los domingos las familias del puerto acudían a los muelles en son de paseo, caminando desde el muelle dos hasta el muelle siete, teniendo oportunidad de visitar los barcos atracados, como el “Ammonia”, el “Holsatia”, el “Río Pánuco”, el “Bremen”, el “Toledo”, el “Sierra Ventana”, etcétera, y adquirir en ellos algunos objetos novedosos, como perfumes y bolsas fabricadas de plata alemana tejida, telas, sombrillas, muñequitas, etc. En algunas ocasiones se saboreaba la espumosa cerveza alemana. Si tenía uno la oportunidad de presenciar la salida de alguno de estos trasatlánticos, gozaba del placer de escuchar los valeses de Strauss, o el de nuestro compatriota Juventino Rosas “Sobre las Olas”, con que la orquesta de abordó expresaba su despedida.

Por otra parte, era un armonioso concierto adormecedor para escuchar en las noches de calma el ronronear de las grúas trabajando a toda su capacidad.

Puesto en servicio el Canal de Panamá y ante la situación política de nuestro país, por la necesidad de sacudirse una dictadura, que si bien traía progreso era a cambio de negarle libertad y derechos a la clase proletaria, amén de su vil explotación, se suspendió el referido tráfico internacional

y comenzó la decadencia y la destrucción de los muelles y bodegas.

Ya no era tan ameno y seguro el paseo dominical, pues algunas piezas de madera de los pisos, sobre todo de los muelles Tres y Cuatro, se habían podrido y sólo brincando los espacios dejados podía uno desplazarse por los mismos.

Agotado el tráfico internacional por el Istmo de Tehuantepec, se continuó exportando principalmente café a Europa y años después llegó la exportación de plátano Roatán, procedente principalmente del Estado de Chiapas y parte del alto río Uxpanapa, principal afluente del Coatzacoalcos. Procedente de los Estados Unidos llegaban barcos conocidos como “agujones”, que hacían el recorrido de Coatzacoalcos a Nueva Orleans en 72 horas. La principal empresa platanera era la Weinberger Banana. Los racimos de rechazo, por estar próximos a madurar o por no tener el mínimo de gajos requerido, eran obsequiados al pueblo, pagándose cincuenta centavos cuando más al cargador que nos los traía a domicilio. Hubo ocasión en que por causa de fuerza mayor no podía salir a tiempo la embarcación y el cargamento total era echado al río, evitándose el pago de los Derechos de Exportación. Había que ver entonces a infinidad de personas que en lanchas y cayucos procedían a recoger los flotantes racimos, que en su mayoría iban destinados a la alimentación de los animales, cerdos principalmente.

La Casa Candanedo, recuerdo, en ocasiones se venía en apuros para cubrir los fletes de ferrocarril y los derechos aduanales de exportación, del auge platanero de entonces. Pero todo tiene su fin, la tristeza es hermana de la alegría, y cuando el llamado “chamusco” plagó los platanares, el auge platanero de la región se vino abajo y hubo que pensar en otro elemento de riqueza para substituirlo. Afortunadamente había comenzado en grande la explotación de los yacimientos

petrolíferos y los domos azufreros de Jáltipan ya estaban en producción. La Unión de Obreros y Estibadores, pionera de las organizaciones de trabajadores del puerto y concesionaria de los muelles y de las grúas, éstas ya obsoletas o destruidas, siguen constituyendo fuerte brazo económico aún.

LA CIUDAD

Con recuerdos de momentos vividos, con narraciones escuchadas, como testigos de lo que fue ayer Coatzacoalcos, (alguna vez Puerto México), tratando de complementar las documentadas monografías de nuestros amigos ingeniero Abelardo Figueroa (Q.E.P.D.), Ramón Figuerola Ruiz, Ricardo Castro Arana, y con el resabio de la exquisita poesía nostálgica de doña Oralia Bringas de García, diremos algo de lo que nos consta y conocimos de 1916 a la fecha, suplicando al bondadoso lector, si lo hubiera, perdonar las apreciaciones equivocadas y las omisiones en que incurramos.

Situada en la margen izquierda del caudaloso río Coatzacoalcos, o su desembocadura en el Golfo de México, tiene a éste al Norte y aquél al Oriente. Por el Sur la rodean terrenos pantanosos en su mayor parte rellenados para el establecimiento de las vías férreas y demás servicios del Ferrocarril, así como bodegas de los muelles, hoy bastantes poblados principalmente por los componentes de la Colonia Esfuerzo de los Hermanos del Trabajo, y por las instalaciones de Puertos Libres que ahora se denominan Zona Franca, Astillero, etc. Por el Occidente la ciudad de Coatzacoalcos limitaba con la “sabana” legalmente llamado “Hato de La Barrilla”, propiedad de una sucesión de apellido Tyng.

Hasta donde nuestros recuerdos llegan, en 1916 Coatzacoalcos no pasaba de los ocho mil habitantes. La mayoría de sus casas eran de madera y lámina, estilo americano, construidas sobre pilones que dejaban un espacio entre el suelo y el piso de madera, y con sus correspondientes áticos o tapancos que dejaban entre la lámina del techo

y el cielo raso el espacio necesario para menguar el calor producido por los rayos del ardiente sol. Aunque de madera y lámina eran muy elegantes las casas construidas para jefes y empleados por la Compañía de Petróleo El Águila y por el Ferrocarril.

Las primeras casas de mampostería que se construyeron en el puerto, además de la que albergaba en su planta baja las Oficina de Marina, Caja y Agencia Aduanal de la Compañía el Águila, y en cuyo piso superior vivió por varios años Mr. Howes y su familia, estaban la de don Manuel Bringas, la de don Ismael Pavón, la conocida como chalet Brunet, la del Casino Puerto México, la de la Aduana Marítima, la de don Juan Cruz Carrillo suegro de don Chema Ruiz, la de la familia Matus, la casa Williams, la casa Knight, la casa Tubilla, la Casa de Piedra, la Compresora, la Planta Eléctrica, el Cuartel.

Casas muy elegantes aunque de madera y lámina, lo fueron la de la familia de don Marcelino Ochoa, la del Hotel Carta Blanca, la del Hotel Colón, la del Hotel Monterrey, la de la familia Pavón Flores, las dos de don Pedro Ruiz, la del Hotel Central, la del depósito de la Cervecería Moctezuma, la Estación del Ferrocarril de Tehuantepec, el Hotel de los Ferrocarriles, el edificio de Los Pinos, la Oficina de Telégrafos Nacionales, la Oficina del All American Cable, la de la familia Larsen, la del Consulado Británico, la de don Luis Solana, el Hotel California, destruido por un incendio en 1913, la de la Ferretería de don Emilio Frank, la de la ferretería de don Agustín Brunet, la de don Francisco Tiburcio, la de don Tomás Ruiz, la de don Ignacio Vela.

Posteriormente se fueron construyendo de ladrillo y cemento, modernizando a la ciudad, casas como la de la familia Lavié, la de la familia Madrazo Salinas, la de doña Rafaelita Téllez, la de don José González, la de don Gonzalo Ávila, las de los hermanos Athié; la de don Joaquín Cadenas,

la de don Abundio Ortiz, la de don Manuel Candanedo, la del doctor Armando Castellanos de la Huerta, la de don Alejandro Bringas, la de don Basilio Velasco, la de don José Vicenté, la de don Salomón Lotfe, la de Xavier Anaya Villazón, la de don José Vega Carballedo, la de don Lorenzo E.

1 La palabra que usa el autor es loguines, que viene del inglés loggings, que puede traducirse como lo hicimos. N del E.

Castillo, la del licenciado Amado J. Trejo, la de don Pedro Pineda, la del profesor Ruperto Bravo, la de don Manuel Castellanos, la de don Juan Osorio Sr., la de don Jorge Caballero, la de don Manuel C. Márquez, la de doña Esthercita Casasús, la de doña María Vidaña, la de don Ramón Pereyra, la de don Joaquín García, la de don Alberto Ladrón de Guevara, la de don Manuel Ladrón de Guevara. En la parte Norte de la calle Morelos, donde hoy se encuentra el Casino Petrolero, protegido por inmensas nopaleras cuyas amarillas flores le daban un aspecto de postal a colores, estuvo la casa de don Manuel Ladrón de Guevara, el viejo, semejante a un castillo medieval.

Ya en terrenos del Playón Norte estaban las casa de las familias Torca, Nouche, Manuel Cruz, los Blanco Riquer, Roubler, y desde luego, en el extremo oriental de lo que hoy son las primeras calles de Díaz Mirón, Madero y Quevedo, lindando con la escollera, estaban el barrio de los Coreanos, diligentes y laboriosos, precursores del auge pesquero, con sus atarrayas y chinchorros, y sus coloridas piraguas, que luego dieron lugar al primer sindicato o cooperativa de pescadores, y que en tiempos de celebración de las Fiestas Patrias, cada septiembre, concurrían con sus embarcaciones de remos a competir en reñidas regatas que formaban parte del programa oficial de la celebración. Industriosos habitantes, pioneros de nuestra ciudad, los coreanos formaron su familia de gente laboriosa y honrada cuyos descendientes conviven con nosotros.

PANADERÍAS

Dice un refrán conocido que a quién le dan pan que llore, y en efecto, es bien sabido que el pan nuestras penas mengua; da al paladar y a la lengua rico festín de sabores. Y si a esto agregamos que, como la Biblia lo expresa, tiene que haber mucha fe y no perder la cabeza. Se nutre el cuerpo de pan, más él exige las buenas obras que van a agradar al que nos rige.

Unos de los primeros hornos de pan que conocimos, allá por el año 1917, estaba en la primera calle de Ignacio de la Llave, casa de madera y techo de lámina contigua a la construcción inconclusa de mampostería, según sabíamos, propiedad de un sirio libanés de nombre Alberto, construcción que cuando fue terminada y luego adquirida por el señor Guzmán L. Sinta para allí vivir, y que cuando jubilado por Pemex se trasladó a radicar en el puerto de Veracruz se las alquiló a don Alfonso Grajales para el Diario de Sotavento.

Por las tardes, cuando no había clases o ya habíamos salido de la escuela, a la chiquillada nos gustaba ir a ver el trabajo de los panaderos, curiosidad que si en muchas ocasiones tenía el aliciente de ser obsequiados con galletitas de panela, no estaba exenta de recibir en plena cara uno que otro golpe producido por el extremo de la larga pala utilizada para sacar o meter las “latas” o charolas de pan del horno. Era entonces muy entusiasta el gremio de panaderos, y en sus ratos de ocio se dedicaban a ensayar los cantos y bailes con que se lucirían en los carnavales que nunca dejaban de celebrarse con toda pompa en el puerto.

Recuerdo muy bien a uno muy obeso, a quien sus compañeros le apodaron “el boya siete”, que imaginándose tener a sus pies la culebra de trapo rellena de paja que formaría parte de su desfile carnavalesco, repetía el estribillo “ay que la culebra se va a morir. Juan Francisco la va a

matar”, y después el coro: “que es eso, que es eso, quien manda que toquen eso”. Seguía la comedia con la actuación de los demás, diciendo: “A mí me dijo Catana que andabas con Anacleto”. – “¿Y qué me sigue bambeto?” – “¡ponte vino colorao!” volviendo a lo de “que es eso, que es eso...”, sin dejar de ejecutar pasos de rumba y hacer gestos si no elocuentes, graciosos. – ¿Qué es lo que querían decir? Lo ignoro, pero que alegraban el ambiente era muy positivo, y más que sus cantos y bailes los acompañaban con uno que otro instrumento bien sonoro como el bongó, los palos y maracas.

Por su pan francés (bolillo), las bobas, cubanos y galletas turcas, todo ellos pan de sal, que de tostados hasta tronaban al apretarlos con la mano, fue muy famoso don Antonio, conocido como “el Noy”, ciudadano español de carácter amable que vendía en su puesto del mercado, teniendo su horno de panadería en la primera calle de La Llave, donde está actualmente la casa del buen amigo y compañero de escuela primaria Salomón Férrez.

Cuando nuestro también compañero de primaria Elodino Pétriz (hace mucho que no sabemos de él), con frecuencia nos hacía invitación especial para tomar chocolate y pan en casa de su abuelita doña Juliana, que tenía su horno de pan en la segunda calle de Morelos, contigua al solar en que ya comenzaba la construcción del Centro Escolar “Vicente Guerrero”, hoy Banco Nacional de México, nos dábamos buenos atracones de “pan de teca” que era su especialidad, y que entonces sí se fabricaba con mantequilla y huevo. Su panadero principal era un mudo, algo amanerado.

Otra panadería de aquellos antiguos tiempos fue la de don Pedro Ochoa, cuyo horno estaba en su propiedad de la tercera calle de La Llave, en pleno barrio “El Comején” como se conocía el núcleo de viviendas pobres, que de la calle de La Llave y por la de Cinco de Mayo (hoy Carranza), se extendía hasta la de Zaragoza. Su puesto del mercado era muy famoso por las exquisitas hojaldras y campechanas que vendía, así

como por sabrosas roscas de manteca y tortas de pan de huevo.

También, en la segunda calle de Gutiérrez Zamora, existió un horno de pan, propiedad de don Melesio Mendoza.

Después vinieron a establecerse más panaderías, como la de Las Glorias de Tabasco, del señor José Hernández, en la cuarta calle de Hidalgo y la de don Teófilo Gil Zavala, por la orilla del río.

Era muy barato el pan entonces, pues lo daban a dos piezas por cinco centavos, y si compraba uno Un Peso de pan, tenía su “ganancia” de hasta dos y cuatro piezas más. Recuerdo haber ido al mortuorio de un hijo de don Marcelino Ochoa, en la tercera calle de Hidalgo, allá por 1918, y que mandaron a comprar cinco pesos de pan para obsequiar a los asistentes al velorio, y con esa suma trajeron una costalilla llena.

La panadería “Las Glorias de Tabasco”, era muy famosa por sus “chilindrinas”.

Y el pan de entonces no solamente se vendía en las panaderías y en los puestos del mercado, o en algunas tiendas de abarrotes, aunque en éstas era frecuente que supiera a petróleo cuando el dependiente despachaba ese energético y después le tocaba despachar pan. Había panaderos ambulantes, sobre todo por las tardes, que cargando en la cabeza el cajón rectangular y al hombro colgada la tijera de madera para soportarlo al despachar, iban por las calles entregando a domicilio el pan, dándolo al mismo precio del mercadeo y aún la “ñapa” o “ganancia” de rigor.

MERCADOS

El Mercado Coatzacoalcos siempre ha estado en su mismo sitio actual. Según croquis que me proporcionó el buen amigo Eduardo Rodríguez, representante patronal de la Junta Municipal de Conciliación, que tiene su domicilio en Lerdo 809 de esta ciudad, dicho mercado estuvo constituido

por construcciones de madera y lámina, circundado por el Norte en la primera calle de Juárez, por el Occidente, por la segunda calle de Corregidora, por el Sur, por la primera calle de Hidalgo y por el Oriente por el llamado callejón del mercado, que comunicaba las citadas calles de Juárez e Hidalgo, limitado por una monumental acera perteneciente a la casa de don Juan Cruz Carrillo, luego de don José María Ruiz, hasta de dos metros de altura, construida sobre arquería de ladrillo que venía a terminar a un costado del terreno en que estuvieron famosas cantinas, y que ahora ocupa la Terminal de los Autobuses de Oriente.

Según puede verse en dicho croquis, por el lado oriente estaban, entre otros, la Botica del doctor Montalvo, una fonda de chinos y una fonda de mexicanos. Por el lado Sur, tienda de Guillermo Márquez, Botica de don Wenceslao Ávila, y otros. Por el lado occidental, tiendas de Mariano Iglesias, Ramón García, Demetrio Rodríguez y Francisco Orozco. En la parte interior estaba la panadería de don José María Sánchez, que por cierto se nos pasó mencionar en nuestro capítulo de panaderías, teniendo idea de que el horno lo tuvo en alguna de sus propiedades de la tercera calle de Juárez. También la panadería de don Pedro Ochoa, los puestos de las Tehuanas, pescaderías, carnicerías y cafeterías de las familias Estaraneta y Camarillo.

También había en el interior una noria. Por el lado de Corregidora, calle de por medio, estaba la tienda La Gran Vía de los hermanos Athié, y la tienda de don Ramón Baca. Por la primera de Hidalgo, calle de por medio también, entre el Callejón Brunet y la calle de Corregidora, estaba el Hotel Palomar, casas de familia, Hotel de don Manuel Dávila Madrid, famoso este señor por tener un enorme tigre que había criado desde cachorro, tienda de don Manuel Candanedo, sombrerería El Castor, y Salón Hidalgo de cantina y billares, entre otros.

En el año de 1915 un pavoroso incendio destruyó al

mercado, motivando que por alguna temporada se colocaran los puestos en las calles. Así teníamos que en la calle de Colón, entre Hidalgo y Juárez, estuvieran los vendedores de pescado y legumbres, y en la primera, segunda y tercera calles de Juárez, se instalaron carnicerías, fondas y tiendas de abarrotes.

Ya para 1920 se había vuelto a ocupar el terreno desalojado por causa del incendio, pero, sin excepción, todos los puestos siguieron siendo de madera y lámina.

Comenzando por la esquina Sureste, confluencia de la calle primera d Hidalgo, con el callejón del mercado, teníamos el puesto de ferretería de don Carlos Krausse, asociado con don Carlos Sarabia. Siguiendo por la calle de Hidalgo, estaban algunas fondas, como la de doña Fidelia, y entre ellas la peluquería de don Ruperto Alfonso Patraca. Luego seguía la farmacia de don Máximo Ávila, y en la esquina la fonda La Bola de Oro, callejón de acceso del mercado de por medio. Dando la vuelta por la calle Corregidora, y siguiendo de Sur a Norte, estaban una tras de otra las cafeterías de doña Chabela Jonson, de don Evaristo y doña María Estaraneta, con su servicio de garnachas, empanadas, plátanos fritos, etcétera. Por la misma calle de Corregidora seguían después tiendas de abarrotes como las de los hermanos Manuel y Celso Madrazo, las de unos ciudadanos chinos, y la mercería de los japoneses Akita e Ivana, para terminar en la esquina con la refresquería de don Arsenio Carrada, y la de don Jacobo Vera, precursor de los “raspados” de sabores, cuya preparación de jarabes tan exquisitos era un secreto y nadie le igualaba. Siguiendo por la calle de Juárez, había lagunas carnicerías, la fonda de la familia de Marcos Garduza, puestos de frutas y una carbonería. En el interior, colindando con la elevada banqueta de la propiedad de don Chema Ruiz, estaban los puestos de pescado y mariscos, la ostionería de don Isidoro

Maceda. Luego seguían algunos puestos de verduras y abarrotes, como la famosa tienda del japonés Nizizaki, los puestos de las tehuanas, las refresquerías de “Ñin” y las carnicerías.

Siempre bien surtidos de frutas y legumbres estaban los negocios de don Luis Cázares y de don Facundo Conde. En los pasillos quedaron las vendedoras de tortillas, tamales, champurrado, longaniza, y las paisanas oaxaqueñas con sus totopos, camarón y queso. La gente prefería los tamales de doña Nicasia, por lo sabroso, y le compraba a ella la longaniza, pues siendo una persona de bastante estatura, sus “cuartas” (medida natural entre pulgar y meñique) eran más largas. El champurrado de las tehuanas, elaborado con masa de elote tierno, tenía mucha demanda. Los carniceros principales que recordamos fueron: Manuel Valencia, Juan Parada, Andrés Hernández, Ezequiel Vargas, Guadalupe Martínez, Lucas Cordero, Mariano Vasconcelos, el chato Alor, Joaquín Bretón, Félix Rivera Chacón, Nicolás Chacón, Donato Vidal, Donato Alor, Amaranto Alor, siendo los introductores de ganado don Manuel Bringas, Rodrigo Rosaldo y Filiberto Cisneros. De los cochineros recordamos a Jorge Castillejos, Emilio Rodríguez, Tano García, Emigdio Hernández, Eulalio Guízar, el Bilimbique y Samuel Rodríguez.

En todo ese tiempo que hemos narrado del mercado Coatzacoalcos, el piso del mismo siempre había sido de tierra apisonada por el ir y venir de las gentes, exceptuando los cafés, algunas tiendas de abarrotes, botica y peluquería, que ya disfrutaban de su piso de cemento.

En el régimen presidencial del Licenciado Miguel Alemán Valdés, cuando comienza el despegue y hay dinero hasta para botar para arriba, cuando resultan nuevos ricos que ni ganado tenían pero que fueron bien indemnizados por las “pérdidas” sufridas por la fiebre aftosa que asoló nuestro país, se le encomienda al contratista Nicolás Popp Cauca la construcción de un mercado en forma.

Vuelven a la calle todos los locatarios con sus puestos, y comienza la actividad en grande. Se ponen a andar las máquinas que fabrican el block de cemento con arena de la playa, y en poco tiempo estrenamos mercado nuevo. Por considerarlo no apropiado a las necesidades del puerto, y con nueva salida a la calle de los locatarios, se echa abajo la construcción de Popp Cauca y se erige el moderno edificio con que hoy se cuenta, con abarrotes, legumbres, frutas, carnicerías, pollos y flores y refresquerías en el primer piso, y fondas y tiendas de ropa en el segundo, contando con un amplio estacionamiento en su parte baja, motivo de la controversia ahora que los ocupantes de las calles Corregidora y Rodríguez Malpica, con sus puestos fijos, mal llamados vendedores ambulantes que de esto nada tienen, han pensado que la solución al problema vial que provocan y la desaparición de las barracas que tanto afean a la ciudad, es la ocupación con sus negocios del citado estacionamiento de la planta baja del mercado, en donde se dice que hay bastantes carros ocupando lugar, descompuestos y abandonados por sus dueños.

Con dineros del municipio, en la administración de Amadeo González Caballero, se lleva a cabo la construcción del Mercado Constitución, también de dos niveles. Posteriormente, mi cuñado Mariano Moreno Nextle, además de darle término a las dos escuelas construidas por don Luis Toledo Barradas y que dejó ya casi concluidas, se echa a cuestras la construcción del Mercado Morelos, de mucha amplitud y bastante funcional.

Se construyen después el mercado Úrsulo Galván y el más reciente de la colonia Puerto México.

En la explanada de la Estación del Ferrocarril de Tehuantepec, en sitio que alguna vez los jubilados petroleros de la Sección 31 sugirieron para la Terminal de Autobuses

foráneos, don Juan Osorio López, haciendo honor a su palabra empeñada, le construyó a los llamados ambulantes, el mercado 12 de Noviembre, que los citados no quieren ocupar.

COMUNICACIONES Y TRANSPORTES

La ciudad estuvo bien comunicada con el resto del país y el mundo entero. La Oficina de Telégrafos, ubicada en la primera calle del Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica, recibía telegramas y giros para toda la República. La Oficina de “All American Cable”, ubicada en un amplio caserón en donde hoy se cruzan las calles de Allende y Lerdo, tenía servicio para todos los países del mundo, posteriormente estableció una oficina en los bajos de la Aduana Marítima, en la primera calle de Colón, a cuyo frente estuvo don Fausto Fernández, padre que fue del gran periodista mexicano Fausto Fernández Ponte.

Como entonces no estaba popularizado aún el receptor de radio, constituía una romería de la población el estar pendiente de los resultados de las grandes peleas de box, que el señor Fernández no tenía inconveniente en darnos a conocer, ya que por sus instalaciones pasaban los boletines de prensa para centro y Sudamérica, cuando se fajaban Jack Dempsey, la Pantera Negra, Firpo, Carnera, Paulino Uzcudun, Charles Charpentier, etc.

El Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, en sus tiempos tan exacto como el Mexicano, que comunicaba y sigue comunicando nuestro puesto con el de Salina Cruz, salía diariamente a las seis de la mañana rumbo al Sur, de igual manera salía rumbo al Norte, y aquí llegaban a las seis de la tarde. Era la vía terrestre obligada para ir a la Ciudad de México: se llegaba a las once de la mañana a Santa Lucrecia (cuyo nombre cambió luego a Jesús Carranza), pero más bien los viajeros le decían Santa Desgracia. Ahí se permanecía hasta las cinco de la mañana del día siguiente, cuando se

tomaba el tren que venía desde Tapachula, Chiapas, para llegar anocheciendo al puerto de Veracruz, en donde a las ocho de la noche salía el nocturno del Mexicano, para hacer el recorrido a México en doce horas más. Hubo una temporada, allá por 1926, en que se estableció una corrida de tren nocturno del Tehuano, saliendo de Coatzacoalcos a las ocho de la noche, para hacer la conexión en el mismo Santa Lucrecia, con ahorro de tiempo en el viaje a México y con el ahorro del pago y las molestias del Hotel en dicho Santa Lucrecia, en que si no había la suerte de

obtener habitación en el Hotel del Ferrocarril, había que alojarse en los de madera y lámina, contruidos sobre altos horcones, por aquello de las inundaciones cuando crecía el río Jaltepec que es el mismo Coatzacoalcos, y que eran explotados, al igual que el del Ferrocarril, por ciudadanos chinos, posiblemente descendientes de aquellos que vinieron cuando la construcción del Ferrocarril a laborar en la vía, usando aún su tradicional coleta, y que al formar familias con nuestras paisanas se establecieron en toda la región, desde Coatzacoalcos hasta Tapachula.

El tráfico marítimo de altura y cabotaje era también constante. Había una línea de embarcaciones mexicanas, que hacían el recorrido de Tampico a Progreso, tocando Veracruz, Coatzacoalcos y Frontera, con sus lujosos barcos como el Tamaulipas, el Tabasco, el Jalisco. Otra línea de buques de carga que aquí en Coatzacoalcos tenía su oficina a cargo de don Domitilo Ríos, en la tercera calle de Corregidora, lo fue la Ward Line, que hacía viajes a La Habana y a la costa de los Estados Unidos, con barcos como el Esperanza, el Cauto, el Pánuco, etc. Los barcos nacionales los despachaba la casa consignataria de don Tomás Ruiz, establecida en la segunda de Juárez.

Había viajes frecuentes entre los puertos del Golfo,

efectuados por pailebotes, canoas-motor, balandros, embarcaciones construidas generalmente en Ciudad del Carmen, Campeche, que en sus recorridos tocaban los puertos de Tuxpan, Gutiérrez Zamora, Veracruz, Alvarado, Coatzacoalcos, Tonalá, Chiltepec, Dos Bocas, Paraíso, Frontera, Palizada, Ciudad del Carmen, Campeche y demás puertos de la Península Yucateca y de la costa del Caribe. Algunos de sus nombres: La Lupita, La Alondra, Yalta, La Lolita, Pizá, Cantábrico, etc.

Había dos maneras de comunicarse con Minatitlán, por ferrocarril o por el río. Tomando el tren a las seis de la mañana, a las siete ya estaba uno en la Estación de El Carmen, después denominada Hibueras, en donde daba tiempo de desayunarse una buena taza de café con tortitas dulces de elote, o con tamales y empanadas. La Compañía de Petróleo El Águila, explotadora del Ferrocarril de Minatitlán a El Carmen, vía necesaria para interconectar sus carros tanques de productos elaborados en su Refinería con las líneas naciones de Ferrocarril, agregaba uno o dos carros de pasaje, que conducía a los procedentes de Coatzacoalcos a la Estación de Minatitlán. Por las tardes, para hacer conexión con el tren que venía de Salina Cruz, llevaba pasajeros de Minatitlán a Hibueras, que llegarían a Coatzacoalcos alrededor de las seis de la tarde. La otra vía de comunicación para ir a Minatitlán, era la fluvial. Había dos viajes diariamente en cada dirección, que duraba no menos de dos horas. Tanto de Coatzacoalcos, como de Minatitlán, salían las lanchas A.B.C., Obrero, y otras, por la mañana a las 8 horas, y por la tarde a las 14. Era la casa Brunet la principal propietaria de las embarcaciones fluviales aquí en Coatzacoalcos, y en Minatitlán don Juan Blanco.

Otras embarcaciones que hacían fletes entre Coatzacoalcos y Minatitlán, lo fueron El Cóndor, La Lupita, El Piñal, y algunas más que se nos olvidan.

La Compañía Petrolera El Águila tenía su flota de

remolcadores, tales como Maud, el Pelicano, el Cernícalo, el Colo, el Escajeda, y El Único, para remolcar chalanes de crudo procedentes de Francita, que ya estaba produciendo aceite con regularidad, o para llevar materiales al Almacén General en la Concepción, o a la Bodega 4 de los Muelles, o bien para ayudar en las maniobras de ciaboga y atraque de los buques tanques. Estos venían con regularidad para conducir los cargamentos de petróleo crudo a Estados Unidos, a Europa, a la Refinería de Aruba, estando destinado el “San Ricardo” a llevar producto refinado a Veracruz para el consumo del interior de la república. Al mando del Capitán don Antonio Medina, el “San Ricardo” llegó a efectuar hasta quince viajes de ida y vuelta Coatzacoalcos-Veracruz. Todos los buques-tanque de la compañía El Águila, o de su subsidiaria la San Cristóbal, estaban bautizados con nombres de Santos, como el San Leonardo, el San Ugón, el San Bernardo, etc. Lo que confirmaba la versión popular de que dichos barcos pertenecían a un consorcio de Jesuitas.

Pasamos ahora a la transportación urbana, cuando las calles de Puerto México carecían de pavimento, y la capa de grava sucia procedente de la propiedad de los hermanos Ramón y Timoteo Pereyra, en el kilómetro 17 del Ferrocarril, que cuando iban a inaugurar las obras del puerto hicieron el favor de tener en las calles del primer cuadro, pero que la acción de las lluvias motivó que casi todo ese revestimiento se fuera al río, vía las alcantarillas de las calles Colón y Ferrocarril, así como las de la calle Hidalgo. No se conocían los camiones cargueros, y el transporte se efectuaba en carretas de dos ruedas, tiradas por bestias, generalmente mulas o machos.

Recuerdo a un español, conocido como “el curro”, que nos platicaba que con su carreta le tocó llevar al panteón, a la fosa común, la infinidad de personas que resultaron

víctimas de la enfermedad llamada “La Influenza Española”, cuando la Primera Guerra Mundial. Con un desnivel entre las calles Colón y la Corregidora, la primera calle del Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica, constituía, con su piso arenoso y especialmente en tiempos de secas, un formidable obstáculo a vencer en el transporte de las mercaderías que del Ferrocarril o de los Muelles se introducían a la ciudad. Sin embargo, el tren de carretas que poseía don Jorge Caballero, y que contribuían para el abasto, jamás dejaron de cumplir con su cometido, pues sus trabajadores eran hombres de fuerte musculatura y mucha fibra, que si notaban que el animal no podía subir esa pendiente, unían su fuerza a la del animal para salir adelante con su cargamento de quinientos kilos, de maíz, frijol, harina, manteca, azúcar.

La Compañía de Petróleo El Águila también contaba para el traslado rápido de sus funcionarios, con lanchas ligeras como la Alondra, La Golondrina, La Paloma, La Torcaza, La Zarceta, El Mirlo, La Dacca, El Colombo, con algunas de las cuales llegaban a hacer el recorrido Puerto México-Minatitlán, en tan sólo una hora, y hasta Francita en dos horas. Y también otras embarcaciones, como La Nanchital, El Corvejón, La Ixhuatlán, El Sereno, que hacían trabajos de remolque de chalanes, tanto en el río Coatzacoalcos, como saliendo al mar para el muelle de Agua Dulce, Las Choapas, y algunos puertos del Estado de Tabasco. Entre algunos de los esforzados marinos, patrones de río y de costa que recordamos, estaban Librado Santos, más conocido como Maciste; Pablo López Guízar, Leopoldo González, Martín Orta, Casiano Guzmán, Arturo Dorantes, Carmen López, Armando Pavón.

Un servicio diario de transporte de trabajadores que laboraban en Nanchital, pero que vivían en Coatzacoalcos, efectuado por las embarcaciones “Lobos III” y “El Obrero”, salía de Coatzacoalcos a las seis de la mañana y el regreso lo hacían a las tres de la tarde, salvo que hubiera asamblea de

la Sección 11 del S.T.P.R.M., cuando dicho regreso estaba condicionado a la conclusión de la asamblea.

La incorporación de Coatzacoalcos al progreso seguía adelante. Con la iniciativa del General Durán, jefe de la Guarnición de la plaza, y después con ayuda económica del Gobierno, y con la contribución del pueblo que gustaba de las bebidas de moderación, vulgo cerveza, pues por Decreto del Estado se estableció un impuesto de un peso por cartón que el cantinero recuperaba aumentándole cinco centavos al cuartito, se iniciaron los trabajos de la carretera a Minatitlán, que saliendo del cruce de las calles Román Marín y Bravo, pasaba por el lindero Sur del Panteón Municipal, venciendo los médanos de la sabana, pasaba frente a los ranchos de Augurio Vidal, Julián Padua, Jacinto Roque Lemarroy, Bartolo Pestaña, doctor Carlos Carpenter, cruzaba en puente obra maestra de don Jorge Caballero el Río Calzadas, cuando dejó de funcionar un chalán de fierro proporcionado por la Empresa Petrolera, seguía adelante, pasaba por Canticas, y por dos veces más cruzaba vías de Ferrocarril, en el Kilómetro 17 y en el Kilómetro 25, hasta llegar por Mapachapa a Minatitlán, o sea el actual desarrollo de la llamada carretera vieja, que nos conduce al Campo Aéreo de Canticas. Carretera que anteriormente sólo tenía revestimiento de arcilla, que si bien se recorría en medio hora estando pareja, a veces tomaba hasta dos horas el viaje, por las escalerillas formadas por las corrientes de lluvia y por los atascaderos de barro y lodo.

De los primero automóviles conocidos en Coatzacoalcos, recordamos el de don Francisco Tiburcio, Práctico Mayor del Puerto, y el de don José Ramón Baca, Agente de Ventas de la Compañía el Águila, respectivamente en 1920 y 1923. Después vinieron los vehículos que trajo el Capitán Bacelis, entre ellos la camioneta Dodge, una especie de Pick-up con capacete

y con dos bancas laterales, que hizo furor, pues por veinte centavos que se conseguían a como diera lugar, lo llevaban a uno a dar una vuelta completa a la población, iniciándose el recorrido en la segunda calle de Hidalgo, donde estableció el Sitio Ópera, dando la vuelta por Guerrero o Bravo, hacia el Norte, regresando por la calle Díaz Mirón y la orilla del río. Al citado Capitán Bacelis se le debe propiamente el haber demostrado que a pesar de la arena de las calles, podía hacerse el servicio de transportación en automóvil por la ciudad, siempre y cuando se fueran formando con el rodar de los carros, los amacizados carriles que evitarían que el vehículo se atascara. Precusores del manejo de automóviles recordamos a Diego Ceballos, Rutilo Villalobos que sufrió terribles quemaduras cuando se incendió la gasolinera que puso por el rumbo de la Capitanía de Puerto, José Gutiérrez, Pedro Figuerola, Jorge Caballero, Pedro Bacelis, Martín Mota, José López Montealegre, Juan González, Cowboy, Pelofino, Pedro Perera, Güero Arias.

Tuvieron que pasar algunos años, no muchos por cierto, para que comenzaran a substituirse por los camiones “T” de la Ford, (que entonces costaban mil quinientos pesos), las sufridas carretas, aun cuando en la actualidad vemos que todavía quedan algunas, que substituyeron las antiguas ruedas de madera con llanta de fierro, por neumáticos, usando como eje el diferencial de automóvil.

En la época en que comenzaron a llegar los camiones de carga, cuyas velocidades se manejaban por medio de pedales, y tenían en el volante “la chispa” y “la gasolina”, conocimos al italiano de apellido Colombo, que habitaba en el fondo del enorme patio que constituía la esquina de la segunda calle del Ferrocarril y primera de Corregidora, patio o solar propiedad de don Pedro Ruiz, cuyos linderos a la calle estaban cercados por innumerables árboles de morera, que producían abundante fruto, que Panchito Guzmán Pérez nos acompañaba a cortar y consumir, al igual que las

hermosas guayabas rosadas que se daban en un callejón que comunicaba dicho solar con la primera calle de Morelos. Este buen italiano, poseedor de una canoa que ostentaba el nombre de “Piccolino”, criaba aves de corral, a las cuales alimentaba, además de maíz, con la gusanera que obtenía de enterrar en el patio sangre de res que todas las tardes iba a buscar al rastro. Era el encargado del reparto de las aguas gaseosas de la embotelladora “La Cruz Roja” propiedad de los señores Ricardo Deschamps y Joaquín Cadenas Suárez, instalada en la primera calle de Corregidora (entonces la caja de 24 medias botellas costaba sesenta centavos), y de traer por las tardes al mercado la carne del rastro, en su carreta de tracción animal, que después cambió por un camión “T”. También don Jorge Caballero se modernizó y el transporte de mercaderías, materiales, muebles, etc., lo efectuaba con camiones, al igual que lo hizo don Juan Absalón, don Fructuoso Morales, don Apolinar Ramos, Miguel Salvatierra, Manuel Ramírez y otros.

El progreso en Coatzacoalcos continuaba. Ya no era necesario utilizar tractores de oruga para vencer las arenas, como el usado en 1924 cuando se transportaron las gruesas láminas de hierro y la armadura de las bases de aquel tanque de cincuenta metros cúbicos de capacidad y también de cincuenta metros de altura que la Compañía El Águila erigió en solar de la séptima calle de Morelos.

Uno de los promontorios más altos de arena, estaba en las calles quinta y sexta de 16 de Septiembre, pero una vía “decauville” y suficientes góndolas, ayudaron a rebajarlo, depositándole el material en los terrenos del Playón Sur. Esa loma, en la cual por una parte estaba la casa de doña Juana Aguirre, esposa del Ferrocarrilero señor González, y por la otra la casa de una gran beisbolista, Gancifa, era la preferida para ir a elevar los papalotes, pandorgas, barriletes, palomas

y otros artificios que el viento impulsaba. Era una proeza desplazarse desde ahí hasta el propio

domicilio, con el papalote en el aire, a mucha altura, salvando en forma artificiosa las líneas de corriente eléctrica que existían.

La comunicación al “otro lado” como se le decía al inmenso cocal de la Congregación de Allende, como ya se dijo, se hacía por medio de canoas o lanchas impulsadas por remos y en algunas ocasiones, aprovechando el viento, por medio de velas de lona.

Los primeros aviones se conocieron aquí cuando las fuerzas obregonistas enviaban a Fierro, Sidar y Roviroza, a darle un pequeño susto a los delahuertistas, pues aun cuando lanzaron algunas bombas, éstas jamás estallaron. Una de ellas cayó a escasos metros de un barco de guerra Norteamericano que estaba en el muelle Tres. Otra quedó enterrada en la arena frente a la Aduana Marítima.

Fue en 1928 cuando la Compañía Mexicana de Aviación, comenzó a hacer su tráfico regular de pasajeros, en su ruta México-Veracruz, Minatitlán, Villahermosa, Ciudad del Carmen, Campeche y Mérida, con regreso el mismo día y estaba entonces tan bien organizado el servicio de correo, que las cartas procedentes de México se repartían a las once de la mañana, y las procedentes del Sureste se repartían a las cinco de la tarde, del mismo día. Algunas otras empresas de transporte de pasajeros se establecieron después comunicando a Coatzacoalcos con Cosamaloapan, Córdoba, Tehuacán, Jalapa, Tuxpan. Como aeropuerto destinose la explanada al Sur de la ciudad, en terrenos del Ferrocarril.

Como medida estratégica, por si llegaba a ser bombardeado el Canal de Panamá, una vez que los Estados Unidos de Norteamérica entraron a la Segunda Guerra Mundial, se inició la construcción de la carretera Transistmica, que además de su anchura, tendría la particularidad de no tener pasos a nivel. Terminó la Guerra y la carretera se terminó

por no dejar, siendo actualmente nuestra ruta principal para ir al Pacífico. El paso del Río Calzadas, afluente del Coatzacoalcos, quedó vencido con un hermoso puente de madera, que se derrumbó tiempo después de ponerse en uso, tal vez por la fuerza de las corrientes. Hubo entonces que recurrir a las “pangas”, ya que el puente de pontones de hule que substituyó al de madera, no duró mucho, hasta que hicieron el actual puente de material. Entonces se hizo la comunicación por tierra a Nanchital, empleando en el paso del río Coatzacoalcos también una panga.

Allá por el año de 1927, un empresario trajo dos camiones de pasajeros, cerrados herméticamente por abajo, y que además de la transmisión para las ruedas impulsoras tenía adaptada una hélice. Estos medios de transporte, llamados “hidrocamiones” y de cuya administración se encargaría don Aurelio Camporro Candanedo, estaban destinados a comunicar Coatzacoalcos con Tonalá, Veracruz, pero el fabricante no tomó en cuenta la fuerza de la corriente del río, y al hacerse el intento de pasar el primero de ellos al otro lado, que desde luego al entrar al agua flotaba y se impulsaba con su propela, un rotundo fracaso resultó el invento, yéndose a recalar el hidrocamión a la escollera Oriente.

También contó Coatzacoalcos con servicio telefónico, no solamente local, sino extendido a varios lugares del Estado. Don Joaquín Aldana, fotógrafo de profesión, y doña Charo Alemán viuda de Lara, estuvieron cada quien en su época al frente de la red de comunicación que buen servicio prestó tanto localmente como foránea.

Por falta de fondos para darle mantenimiento a las líneas, ese servicio fue abandonando poco a poco, en espera de la llegada de Teléfonos de México.

La Compañía de Petróleo El Águila tenía comunicación telefónica de red propia, tanto entre sus oficinas y

dependencias locales, como con la Refinería de Minatitlán.

La Secretaría de Comunicaciones y Transportes, en el año de 1942, puso en servicio público por una temporada la radiotelefonía.

FERROCARRIL DEL SURESTE

Por muchos años, desde niños, oíamos o leíamos sobre el aislamiento de la Península de Yucatán con el resto del país, como si fuera territorio no integrado a la República, por la falta de una comunicación terrestre directa.

Tocó al gobierno del General Lázaro Cárdenas echar a andar el proyecto de la construcción de una vía de ferrocarril, de más de seiscientos kilómetros, para acercar al centro a esos hermanos de la tierra del faisán y del venado.

Aun cuando había opiniones de gente sensata de que en lugar de construir un ferrocarril se hiciese la carretera, ya que la conservación y mantenimiento de ésta traducida en pesos sería más económica que el sostenimiento de una empresa ferroviaria con instalaciones, maquinarias, oficinas y personal necesario, se siguió adelante no sin antes desechar los trabajos que ya se habían iniciado en un principio y en los cuales se había gastado bastante dinero, cuando hubo la intención de que dicho ferrocarril en lugar de salir de Allende o Coatzacoalcos, saliera de Mogoñé, Oax.

Los trabajos comenzaron en 1934 o 1935, constituyéndose la unidad de trabajo conocida como “Ferromex”, dependiente de la Dirección General de Ferrocarriles en Construcción de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, o sea, la S.C.O.P.

La primera etapa de construcción en terraplenes y tendido de vía, que incluyó un túnel en el kilómetro 25, llegó hasta Tancochapa. Se corría un autovía que llevaba pasajeros desde Allende. La segunda etapa llegó hasta el río Mexcalapa, en donde se puso a funcionar el Ferryboat “Michoacán”, extendiéndose el recorrido de los armones de motor o

autovías, hasta Teapa, Tabasco.

En el año de 1942 llegó el Presidente General Manuel Ávila Camacho, a conocer el avance de la obra, viajando hasta Mexcalapa. Por cierto que el Tren Presidencial estacionado en Coatzacoalcos, y en el cual se encontraba la Primera Dama del País, tuvo que ser movido a mano por esforzados empleados y trabajadores de dicha Estación, para ponerlo fuera de peligro ya que en la bodega de carga de los Nacionales se había producido un incendio muy aparatoso e impresionante, que desde la azotea del edificio de las oficinas de Petróleos Mexicanos, nos permitía ver cómo eran lanzados por explosiones, tanques y cilindros de gas, a mucha altura. Afortunadamente no hubo desgracias que lamentar en el siniestro.

La tercera etapa de la construcción del ferrocarril, con grandes cortes de cerros para formar terraplenes y préstamos de material, donde se empleó la más moderna maquinaria de entonces, llegó hasta Tenosique, Tabasco, donde se unió la línea con la que desde Campeche se venía construyendo por el contratista General Juan Andrew Almazán.

Las primeras oficinas de la S.C.O.P. estuvieron en una de las antiguas casas de empleados del Ferrocarril de Tehuantepec, en la primera calle de Lerdo, frente al Cuartel Militar.

El Presidente de la República, Licenciado Miguel Alemán vino en 1952 a inaugurar ya en forma el ferrocarril, que aun cuando salía de la Congregación de Allende, contaba con lujosos carros de pasajeros, integrados con aire acondicionado, haciéndose el recorrido en 26 horas regularmente hasta la ciudad e Campeche.

El transporte fluvial de pasajeros para abordar el tren en Allende, se había por medio de la embarcación llamada "Sureste 13". Y los carros de ferrocarril, góndolas y plataformas, del servicio de carga, eran transportados por un

Ferryboat, que los tomaba del Ferrocarril de Tehuantepec y los conectaba al del Sureste.

Entonces comenzó a poblarse a toda prisa lo que era un paraíso de coteles en la Congregación de Allende, de los cuales apenas si quedan vestigios. Se trazaron calles y nos aseguran que el ferrocarril dejó construida una Escuela Primaria denominada "Héroe de Nacozari", y desde luego su Estación Terminal.

Como consecuencia, también se estableció una línea de camiones que conducía hasta el puerto de Tonalá, Veracruz, propiedad el señor Desiderio Barragán.

Algunos Superintendentes de Operación del Ferrocarril del Sureste, antes de que fuera su dirección elevada a Gerencia, lo fueron, entre otros, el Ing. Augusto M. Gallego, y el Ing. Juan Montañez. Recordamos a un ingeniero de apellido Pintos, de más de setenta años, persona muy amable y servicial, quien habiendo sufrido un accidente ferroviario y quedando polifracturado, no obstante se recuperó perfectamente y por varios años más siguió trabajando.

Desde 1944 a 1954, las oficinas del Ferrocarril del Sureste estuvieron en la Bodega Número 1, después pasaron al Edificio de la Hidroeléctrica, y por último a su local propio, por la Aduana, conocido como Campamento Scop. Ahí tuvimos la oportunidad de conocer a los buenos amigos José Manuel Arrieta (el Tomate), Q.E.P.D., Salvador Abreu Herrera. Como Secretario de éste, Vicente Cristiá Hernández.

Cuando vino la fusión con los Ferrocarriles Unidos de Yucatán, las oficinas se fueron a Mérida. Posteriormente Sureste y Unidos de Yucatán, se llamaron Ferrocarriles Unidos del Sureste, Secretaría de Comunicaciones y Transportes.

AGUA POTABLE, ALCANTARILLADO, DRENAJE

Para proporcionar el agua indispensable a las embarcaciones usuarias de los muelles, se contaba con los manantiales del "Kilómetro 2", en donde se estableció el

sistema de bombeo correspondiente, que a la vez servía para surtir de agua a las locomotoras entonces de vapor de los ferrocarriles. Para el servicio de agua potable a la población (censo de 1910, seis mil habitantes) se construyeron unas norias, conocidas como “los pozos”, al Noroeste de la población, aprovechando las fuentes abundantes y naturales del subsuelo, que recuerdan la llamada “Laguna de Gracia” y el arroyo que de ésta corría por todo lo que hoy es la calle Fco. I. Madero, llegando al río Coatzacoalcos entre Madero y Díaz Mirón.

Potentes motores de 15 H.P. accionados por la corriente eléctrica proporcionada por la planta de los ferrocarriles, y cuyos cables recorrían, de Sur a Norte, la hoy calle de Guerrero, hacían funcionar las bombas y llevando el líquido hacia el tanque elevado localizado a la altura de la sexta calle de Gutiérrez Zamora, se distribuía a la población por una red de tubería de fierro fundido de 4 pulgadas de diámetro. En el año de 1921, y como una novedad para la chamacada, por las arenosas calles de la población vimos por primera vez tractores de oruga, transportando grandes planchas de hierro y armaduras metálicas. Se trataba de la construcción, en la sexta calle de Morelos, del tanque de cincuenta metros de altura que la Compañía Petrolera El Águila iba a utilizar para sus servicios locales, teniendo primero su fuente abastecedora en el arroyo de la calle Madero y estableciendo después otro pozo en Revolución (antes calle de Los Saltos) y la actual Pedro Moreno de la hoy Colonia María de la Piedad, entonces inmensos matorrales donde predominaba la frutilla, el pionche, el uvero, el acotopé y la guayaba.

Siempre ha sido y es un problema el líquido vital, posiblemente por la falta de estudios a fondo. Allá por el año de 1932, cuando la producción de energía de la Planta Eléctrica de los Ferrocarriles vino a menos, pues con el crecimiento de la población resultaba insuficiente, hubo

necesidad de formar un comité popular pro-agua potable, que si bien hizo todo el escándalo posible, no logró se resolviera en definitiva el asunto, pero la feliz llegada de las líneas conductoras de la corriente eléctrica producida por la Planta Número Uno de la Hidroeléctrica de Minatitlán, el 9 de junio de 1934, atenuó en parte la situación que ya se hacía insoportable.

Posteriormente, al seguir creciendo la población, volvió a recrudecerse la falta del líquido, y fue entonces cuando las Logias Masónicas de la región presentaron su estudio, publicado en la prensa local y entregado personalmente al entonces Secretario de Recursos Hidráulicos, Orive de Alba, en que se recomendaba traer el agua desde Huazuntlán, proyecto que entonces no pasaba de los 18

millones de pesos. Sin embargo, las autoridades correspondientes optaron por traer el agua de Canticas, con un costo mayor, con el resultado que actualmente se conoce de ser ya casi insuficiente.

Esperemos y confiemos en el Proyecto de Yuribia, reservándonos (hablamos por los que sí llegarán al año 2000, si Dios quiere y no se produce la Tercera Guerra Mundial) para cuando esto del Yuribia ya no funcione, el consejo de un conocido profesionista, fabricante de bombas para agua, respecto a que en el subsuelo de Coatzacoalcos hay agua “hasta para botar para arriba”.

Mientras tanto cabe señalar, que la substitución de la antigua tubería de fierro fundido por tubería de asbesto cemento, en la red de distribución, no fue una medida tan afortunada en aquellos tiempos en que aun la técnica de la fabricación era deficiente y el terreno de arena suelta de las calles de Coatzacoalcos dieron lugar a muchas roturas al no soportar el movimiento producido por el paso de vehículos pesados.

Por lo que respecta al alcantarillado, cabe mencionar que en aquellos tiempos en que además de las obras del puerto se

pensó en la población, algunas cuadras de las pocas calles que ya existían, fueron revestidas de grava arcillosa, para evitar las erosiones, construyéndose alcantarillas en el Playón Sur y cunetas de piedra y cemento en las tres primeras calles del “Ferrocarril”, hoy de Rodríguez Malpica, así como en la Calle de Colón y primera calle de Hidalgo.

Esto funcionó muy bien, las lluvias se desplazaban por las calles revestidas, hasta encontrar su salida al río por las cunetas y alcantarillas. Erosionada la grava arcillosa y quedando nuevamente la arena suelta, las alcantarillas dejaron de funcionar, desapareciendo las cunetas al llegar la pavimentación. Sin embargo, en los terrenos del ferrocarril, que ocupaban los colonos del Esfuerzo de los Hermanos del Trabajo, aún quedan algunas alcantarillas que ayudan al desalojo también de las aguas negras de dicho sector.

En cuanto al drenaje de la población, substituida igualmente por asbesto cemento las antiguas tuberías de hierro, llegaron a presentar problemas, aun cuando éstos más bien se deben al exceso de aguas pluviales que se cuelan por las tapas de los registros, y que en sí llevan basura y residuos de materiales que lo obstruyen.

Hasta por el año 1935, por la cuota mínima de dos pesos, cada finca cubría mensualmente su contribución a los servicios de agua y drenaje. Luego vino la Junta Federal de Mejoras Materiales, y de ahí en adelante las tarifas se aumentaron hasta las que actualmente viene cobrando la C.E.A.P.A.

LAPESCA

Dos temporadas anuales de pesca se registraban: la de cuaresma y la de la canícula, aunque también teníamos la del primero de noviembre. Duchos en el arte de la pesca eran principalmente los naturales de Corea, que en el barrio

llamado de “las escolleras” tenían sus viviendas y de cuyas familias nacieron en Coatzacoalcos muy buenos y laboriosos ciudadanos dedicados después a labores diversas ya no relacionadas con la pesca, aun cuando algunas de sus hijas o nietas a la fecha continúan dedicadas al comercio del pescado y demás productos de la fauna marítima fluvial.

Era paso obligado, para quienes del centro de la ciudad se dirigían a la playa, atravesar por la Colonia de los “coreanos”, observando siempre que todo allí era actividad, y como en un islote separado de la población, sus viviendas estaban construidas en un montículo o gran duna, frente al río por el Este o frente al mar por el Norte. Si nuestra vista se recreaba con tanta actividad, nuestros oídos se llenaban con la sonoridad del lenguaje de su patria de origen.

En las épocas de pesca, la mayoría de los habitantes del “centro” se trasladaban a la playa a presenciar el “lance” o tarea de pesca que en las canoas o piraguas se efectuaba. A base de remo,

dejando en tierra una punta de la red o chinchorro, de varios metros de extensión, con sus plomos en la parte inferior, a efecto de flotadores, iban los pescadores echando por la borda el chinchorro, adentrándose en el mar y formando un semicírculo hasta volver a tierra, dejando atrapado el pescado que había sido rodeado.

Luego venía la segunda parte, o sea, la de recoger la red, jalando por cada uno de los dos extremos, en cuya operación ayudaban los curiosos y visitantes, con la esperanza, siempre alcanzada, de obtener de obsequio uno o dos pescados. Lo importante de esta operación y en ello estaban duchos los pescadores, era evitar que el pescado se saliera de la red, procurando tener siempre pegados al fondo los plomos de la misma y cuidando también que no se saltaran por la línea de los flotadores. Muchas veces los resultados fueron exitosos, y entre las especies atrapadas venían no solamente los robalos y chucumites, si no también roncós, papelillos,

pargos, y otros, sin descontar tiburones, mantas y rayas, y en ocasiones hermosas chernas. En no pocas veces hubo que lamentar la rotura de las redes por la fuerza de los tiburones al pretender escapar del cautiverio.

Operaciones semejantes ocurrían también por el lado del río, ya que existía una amplia ribera, conocida como Playón, comprendida entre lo que son las calles de Juárez y de Lerdo, al pie del barranco que se iniciaba donde hoy está el Hotel Oliden y terminaba con el callejón “del cojo”, donde fue construido el multifamiliar de la “Scop”.

Cuando se acercaba la temporada de pesca, se instalaban barracas o galerones en la playa, en donde se efectuaría la tarea de alinear y salar el pescado que iría a los mercados del interior de la República, principalmente al Estado de Puebla, y luego se formaban grandes “tongas” o pirámides de pescado seco, que en espera de su realización y protegiéndolo de las lluvias, se cubría con “guano” o séase palma de coco.

El no siempre agradable olor de las pescaderías era compensando con el penetrante aroma del alquitrán con que se curaban o protegían las redes, que en palancas o estacas clavadas en el suelo, eran tendidas para su secado y reparación.

Pero por la falta de elementos de trabajo suficientes, era raquítica la producción obtenida, y un hombre de visión, español por cierto, don Matías López Cañón, convino con los pescadores, formados ya en sindicato y con miembros no sólo coreanos sino también mexicanos, en proporcionarles redes que encargó a su patria y que aumentaron la producción y por consiguiente los rendimientos económicos. El señor Matías López se encargó de negociar el pescado y entonces salían carros de ferrocarril repletos de nuestro “bacalao” popular para los mercados del centro del país. Actualmente nuestro río y nuestro mar dejaron de ser el productivo

manantial de alimento que antaño lo fueron, a causa de los desechos industriales y también domésticos que van a dar a sus aguas y que originaron la contaminación y en gran parte la destrucción de todo organismo viviente. Y yo me pregunto, ¿a dónde irán a desovar ahora los robalos y demás peces de agua arriba como lo hacían antaño?

LAS FIESTA PATRIAS.

Ni el Carnaval, ni la Semana Santa, fueron aquel tiempo celebración que, si bien importantes, tuvieran tanta popularidad y atrajeran tanto la atención de propios y extraños, como las festividades patrias del mes de septiembre.

Desde mediados del mes de agosto comenzaban a llegar los llamados “arribeños”, comerciantes en dulces, artesanías, juguetes, frutas y demás baratijas, procedentes de los estados de Puebla, Oaxaca y del Distrito Federal. Instalaban sus puestos a lo largo de las calles tercera y cuarta de 5 de Mayo, hoy Carranza, así como cuarta calle de Zaragoza. También llegaban los polaqueros con sus loterías de cartones. La polaca de don Chico, preferida por el público, y a quien ayudaba su sobrino César Ramírez que después fue destacado líder petrolero de la Sección 10, y llegó a Presidente Municipal de Minatitlán, generalmente se colocaba a un costado de la Iglesia por el lado de la calle Zaragoza. Era propietario don Chico también de los “caballitos” o carrusel, que al principio tenía sus caballos y sillones fijos, y que se impulsaba con fuerza humana. La chiquillada con capacidad y estatura suficiente, nos disputábamos la oportunidad de ocupar sitio entre las vigas sostenedoras de los caballitos, especie de los rayos de una rueda que saliendo de su eje central, iban a sostener la plataforma circunferencial del artefacto, pues entre esos espacios y empujando las vigas o rayos estaban la fuerza motriz que impulsaba el movimiento del aparato, con derecho a viajar también, montados en las

mismas vigas, cuando después de un esfuerzo mayor, se consideraba que la marcha no se detendría por unos cuantos segundos. La música de un cilindro manual amenizaba la función, mientras que quienes no tuvieron la ocasión de servir de fuerza motriz y carentes de numerario para pagar sus boletos, se divertían gratuitamente, burlando al cobrador o encargado, subiéndose o bajándose con habilidad en el escalón o estribo exterior, estando los caballitos en movimiento. Con el tiempo esa diversión se fue modernizando, los caballitos ya eran movidos con motor eléctrico, los asientos que semejaban distintos animales, subían y bajaban durante la marcha o vueltas del “tícoli”, y la música ambiental la producía automáticamente, también por electricidad, un cilindro de tamaño mayor. Por aquello de que no era muy efectiva la corriente eléctrica, también los dueños del espectáculo traían su correspondiente planta productora de luz. Vinieron después la Rueda de la Fortuna, las Sillas Voladoras, otros juegos de emoción como el látigo, el martillo, etc. Las atracciones López o México han continuado con esa tradición, cada vez con más modernos aparatos.

Alrededor del parque, en sus linderos de las calles 5 de Mayo y Zaragoza, proliferaban los expendios de bebidas de moderación embotelladas, rubias o morenas.

Las fiestas patrias duraban desde el día 8 o 9 y terminaban hasta el 20 o 22 del mismo mes, y era cosa obligada de cada año, que en riñas o reyertas, cuando menos hubiese un deceso.

El programa de las fiestas comprendía carreras de caballos (generalmente la pista era la tercera calle de Juárez, carreras de cintas, en las que los charros de entonces, entre ellos el charrito Samuel Rodríguez, los Rivera, los Vidal, los Alor, los Bringas, los Ríos, los Sandoval, los Valencia, los Arias, y otros

que escapan a mi memoria, se lucían espléndidamente, al igual que en los jaripeos.

También había corridas de toros, en plaza improvisada que se construía en el terreno baldío que hoy ocupa el Palacio Municipal, la Cruz Roja y el Cine Auditorio Municipal, plaza que era más bien un corralón circular de palos rollizos, en el cual mostraron sus habilidades el español Quinito Leal, nuestro coterráneo el Güero Quiñones, y en no pocas ocasiones Paco González con su proeza del “Paso de la Muerte”, cuando entre toro y toro también había espectáculo hípico.

Se escogía la calle de Morelos, por ser la más plana, desde Lerdo hasta Ferrocarril, para llevar a cabo las competencias de carreras pedestres, muchas veces con obstáculos, correspondiéndole en no pocas ocasiones resultar ganador el “negro” Manuel Ladrón de Guevara.

No faltaban las regatas, principalmente organizadas por los gremios de pescadores. Se disputaban la primacía a bordo de sus piraguas, debidamente adornadas con banderitas de colores, a pulso de remo, los “blancos” y los “azules”. También había “palo ensebado”, sin faltar el “toro encuetado”, la quema de castillos y los bailes populares amenizados unas veces por la banda de música de los tehuanos, y otras por la marimba de Semei Roque. El Desfile del 16, era famoso.

El desfile del 16 de septiembre, como el del 5 de mayo, era casi exclusivo de niños estudiantes. Desde un mes antes de la fecha esperada, doña Felipa, hábil costurera que vivía en una casa de corredor elevado, de madera y lámina, en la segunda calle de La Llave, así como muchos sastres de la población, se encargaba de confeccionar el trajecito de una tela conocida como “loneta”, de color blanco, que cada escolar luciría en el desfile, desfile que terminaba en el parque donde se efectuaba la ceremonia oficial.

Dichosos de aquellos que tuvieron la oportunidad de vivir la sencillez, el candor y la alegría de aquellas celebraciones y recuerdan, los que aún viven, el reclamo entusiasta de los que ponían sus juegos de apuestas o de argollas para atinarle a ensartar monedas: “Ya está la gata encerrada con la cola machucada”. “Mientras el As no venga, todo se va pagando”. “Escápate peso”. “Escápate tostón”.

EL PARQUE. Un bello quiosco, estilo chino, en forma hexagonal, de ladrillos y cemento en su parte inferior, y con barandal, postes, techo y ornamentos de hierro en su parte superior, ocupaban el centro del parque, que fue muchas veces tribuna de los actos cívicos oficiales, y asiento de orquestas y bandas de música de gran categoría.

Mencionamos el quiosco en primer lugar, porque siendo en aquel entonces Coatzacoalcos un lugar carente de obras de arquitectura que admirar, la belleza de líneas y de construcción de dicho quiosco era un recreo para la vista de cualquiera. ¿Cómo fue que permitimos su destrucción, al igual que la del Teatro al Aire Libre, artístico monumento de historia precolonial ideada por nuestro Ingeniero de Ciudad Q.E.P.D. Abelardo Figueroa?

Nuestra autoridad municipal, cualquiera que fuese, la actual, la próxima o la que viniese después, si en lugar de andar disponiendo el mal remiendo del pavimento de las calles dando el aspecto de que estamos invadidos por una legión de tuzas de campo, dispusiera la construcción nuevamente tanto del Teatro Quetzalcóatl al Aire Libre, como del “kiosko”, (no pude resistir la tentación de usar la K por la Q), le garantizo que sería por siempre bien recordada por los habitantes de Coatzacoalcos, conocedores o no del arte, pero sí amantes de contemplar las cosas bellas, no comparables a la plataforma carente de estética del Teatro actual, ni a la por muchos llamada “caballa del Tío Tom” en

que quedó convertido nuestro antiguo quiosco después de sufrir la metamorfosis de una fuente.

Limitado por la calle cuarta de La Llave al Norte, cuarta de Zaragoza al Sur, y cuarta de Carranza (antes Cinco de Mayo) al Oriente, y por el Occidente con un terreno baldío destinado para construir cuando hubiera presupuesto el Palacio Municipal y dejar de usar el viejo edificio de madera y lámina conocido como “Miramar” ubicado en Lerdo y Corregidora, nuestro parque Independencia estaba circundado en parte por balaustradas y bancas de granito donadas por personas altruistas o empresas comerciales, pero más de la mitad de sus linderos Oeste y Norte, carecían de obra limítrofe, constituyendo una bajada por la diferencia de nivel del terreno, para salir a la calle de La Llave.

Tres estatuas, dos de ellas de busto y la otra de cuerpo entero, colocadas en los extremos Sureste, Noreste y Suroeste, representaban respectivamente a nuestros héroes Hidalgo, Juárez y Madero. Dos hermanos fuentes, una al lado Oriente y la otra al Occidente, con su vertedor de agua en figura de garza, completaban el adorno de este jardín, centro de reunión y de recreo de la población después del rutinario devenir, del quehacer diario, de la sencillez de la vida, levantarse antes de la aurora, desempeñar cada quien su labor para obtener el sustento cotidiano, y regresar al hogar antes de que las sombras de la noche cayeran sobre la ciudad para merendar, salvo que prefirieran pasar la velada familiar en casa, amenizada con pláticas, música de cuerda ejecutada por los virtuosos de entonces, lotería de cartones, juegos de baraja, juegos de prendas, y allá, de vez en cuando, acudir a un baile, y los domingos por la mañana oír misa cantada. Pero eso sí, los domingos por la noche era imprescindible acudir al parque, para oír la música tocada desde lo alto del quiosco, y dar la vuelta alrededor de éste, los hombres en un sentido y las mujeres en otro, a menos que se tratase de parejas de novios o matrimonios que podían dar la vuelta

donde desearan, o sea, en cualquiera de las dos nutridas corrientes, ya fuera hacia la derecha o hacia la izquierda.

El sendero por el cual transitaban los paseantes en sus vueltas, como todo el piso del parque, era de arena, por lo cual, al poco tiempo de empezadas las vueltas, se formaba una nube de polvo levantada por los mismos paseantes.

Don Benjamín García, alcalde en los años de 1934 y 1935, se echó a cuestras la conclusión del parque, sin que se sepa a dónde fueron a parar la estatua de don Francisco I. Madero, desapareciendo unas pérgolas que se habían construido después, pero dejando en todo su esplendor el quiosco y construyéndose el Teatro al Aire Libre.

El 26 de julio de 1963 escribimos: “ostentoso y de resonancia mundial fueron las fiestas con que en toda la Nación se celebró el primer centenario de nuestra Independencia. Aquí en Coatzacoalcos fue inaugurado el primer parque que tuvo la ciudad, con su kiosco, que luego identificábamos en las páginas del Libro de Lectura Rébsamen al estudiar la letra “K”, y con dos monumentales estatuas de busto que aún existen (julio 1963), de nuestros insignios patricios don Miguel Hidalgo y Costilla y Licenciado Benito Juárez, estatuas en cuyos basamentos podía leerse la dedicatoria, el Pueblo, del Partido Liberal “Valentín Gómez Farías”, pero que la acción del tiempo y las capas de pintura remozante dejaron invisible.

Posteriormente y en la esquina Suroeste de dicho parque, se erigió una estatua de cuerpo entero, con un pedestal que era toda una obra de arte (euforia del momento), de don Francisco Indalecio Madero. Esta estatua, a su tiempo, corrió la misma suerte que el monumento a la Madre en que pusiera toda su dedicación el artista y dibujante Miguel Puente Vialmonte.

Pero el parque no había sido concluido totalmente veinte años después de su inauguración, sobre todo por el lado poniendo del mismo, en que solamente se había construido una barda que abarcaba la tercera parte del lindero, rematada con una banca a la que solamente podía llegarse por arte de escalamiento debido a la depresión del terreno. Sin embargo, esa banca era nuestro mejor palco para observar “las toreadas” o corridas de toros, en la plaza o corral que se instalaba en el sitio que ahora ocupa el Palacio Municipal, al celebrarse las tradicionales Fiestas Patrias.

De cualquier manera, el parque llenaba su función y las familias se recreaban los domingos por las noches oyendo las ejecuciones de la banda de músicos regional o militar, que nunca faltaban, sentadas en aquellas clásicas bancas de hierro y de madera que aún se encuentran en algunos lugares de este Estado, de Tabasco y de Chiapas. En una pista circular equidistante del kiosco, endurecida a base de una capa de grava con arcilla, los hombres en una dirección y las mujeres en sentido contrario, daban vueltas y vueltas durante el tiempo que duraba la serenata, y desde lejos se veía la nube de polvo que los paseantes levantaban

El Parque Independencia se venía terminando poco a poco, hasta que en el año de 1934 don Benjamín García, que manejaba la administración pública, dedicó especial atención a la obra, y no solamente dio conclusión a la misma, sino que nos dejó un bellissimo Teatro al Aire Libre, de líneas y motivos de cultura autóctono, orgullo de su diseñador ingeniero Abelardo Figueroa.

Por lo que el kiosco, sufrió una transformación en la que aportando los fondos necesarios mi amigo Ramón Figuerola Ruiz, a cambio de una concesión cuya renuncia ahora se le aplaude, le dio utilidad a la parte baja de dicho kiosco, que antaño de nada servía.

Yo sugeriría, que al igual que se hizo en la Plaza de Armas de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, aprovechando

el desnivel del terreno, se considerara el proyecto de un estacionamiento de automóviles que no solamente sería de beneficio social, sino también de ingreso económico para el Municipio.

LUZ ELÉCTRICA.

Prácticamente y por muchos años, la administración gubernamental nada tenía que ver con la administración del fluido eléctrico a la población, concretándose a cubrir el importe del alumbrado público, que hasta por el año de 1916 consistió en farolas de hierro y vidrio, colocados en las esquinas, que el policía de punto se encargaba de encender a las seis de la tarde y apagándolos a las seis de la mañana diariamente. Hasta mediados de 1934, los particulares contrataban su servicio con la empresa de los Ferrocarriles Nacionales, que para este efecto contaba con una oficina establecida al Sur de la Casa Redonda de los propios ferrocarriles, cercana al edificio de ladrillo rojo en que estaban los generadores movidos éstos por motores de combustible. Don Guillermo Sánchez, persona muy amable y muy activa estaba al frente de ese servicio público del ferrocarril. Conocimos a varios electricistas y operadores, lamentando que sus hombres se nos hayan olvidado, y que solamente nos vengan a la memoria el recuerdo de Verita y de Vergara. Ya por ese tiempo solamente había servicio de alumbrado para la población de las 7 a las 11 de la noche, pues la demanda había rebasado la capacidad de producción del fluido, aunque durante el día se proporcionaba corriente eléctrica a los talleres, molinos, bombeo de agua potable, y otros. Un ingeniero o general, de apellidos Casillas, quedó al frente de la oficina del alumbrado, instalándose en los bajos del Casino Puerto México, por la calle Hidalgo, teniendo como ayudante al cariñosamente conocido como Pedro Borrego

Figuerola. A indicación del Gobernador del Estado Adalberto Tejeda y con el entusiasmo e iniciativa de prominentes hombres de negocios, como el licenciado Amado J. Trejo, don Agustín Brunet, don Ricardo Corrons, don Jorge Tubilla, don Jacinto Roque Lemarroy, don Manuel M. Castellanos, don José Vega Carballedo, don Máximo Jara de Minatitlán, don Juan Osorio Sr., don Manuel Candanedo, don Luis Bolio, don Carlos Pallás, don Nicanor González, se construyó la Empresa Hidroeléctrica de Minatitlán en el año de 1930, la cual llevó al cabo de cuatro años la introducción de la energía eléctrica procedente del Huazuntlán, en la Sierra de Sotepan, en junio de 1934 a Coatzacoalcos. Es de justicia reconocer que dicha empresa, constituida legalmente como Cooperativa, fue ampliamente financiada por todas las clases sociales de la población, que adquirieron las acciones emitidas con

valor de cinco pesos cada una. Se sabe que la Unión de Obreros, Artesanos y Jornaleros, fue una de las organizaciones obreras que mayor número de acciones adquirió. Modificación a la Ley de Cooperativas que solamente admitía como socios de ellas a los que personalmente le prestaran sus servicios, dio motivo a que las acciones en su mayoría fueran recogidas, pagándose el doble del valor de adquisición, aun cuando en sí la empresa hidroeléctrica, para algunos, había multiplicado con creces su valor real. Sin embargo, con el sacrificio de todos se trajo el fluido eléctrico en el momento en que se necesitaba.

Muchos y muy grandes obstáculos tuvieron que vencer quienes, bajo la dirección de los ingenieros Rafael I. Pensado y Luis G. Rendón, trabajaron en la sierra localizando terrenos, desmontando, abriendo caminos para transportar las tuberías y maquinaria, volando con dinamita las rocas, construyendo las bases para la planta, los tanques de reposo, los canales desviadores de la caída de agua, la conexión de las tuberías que llevarían la fuerza del agua a las turbinas, el trazo del camino que recorrerían los postes de concreto,

la colocación de las crucetas y el tendido de las líneas, así como la construcción de las subestaciones, y quienes con todo éxito, por caminos que no lo eran, pudieron llevar la maquinaria, la tubería, y todos los materiales hasta lo alto de la Sierra.

Pero poco después la producción de la planta número uno ya no era suficiente, iniciándose los trabajos de la planta número Dos que quedaron suspendidos, aunque ya se había instalado una Termoeléctrica, propiedad del Gobierno Federal, en el kilómetro 2 del ferrocarril contigua a la Laguna de los Vidal, que se interconectó al servicio general, todo lo cual resultó obsoleto con la llegada de las líneas de electricidad producida en Mal Paso, Chiapas, y la Comisión Federal de Electricidad absorbió la hidroeléctrica.

Nos es grato recordar, porque tuvimos la oportunidad de convivir con ellos, en varias ocasiones, como integrantes del Club “Hidro-Amigos”, grupo singular que se formó con los jefes, empleados y trabajadores de la hidroeléctrica y por los amigos de ellos, el club que mensualmente celebraba un convivio festejando a quienes en el mes cumplían calendario, a los siguiente: Eulalio Vela, Jorge F. Caballero, doctores Ricardo López Pavón y Melchor Colón y Camacho, Lino Turcott, Arnulfo Limón, Gabriel Aguirre, Pantaleón Villaseca, José López Montealegre, Francisco Ledesma Soto, Darío Alor, Willinkin, Tito Absalón, Ramón Figuerola, Lic. Narciso Trejo, Ramón Rodríguez, don Luis Lara, etc. Ese club tenía su reglamento, se nombraba un “dictador” o maestro de ceremonias, y únicamente estaba permitido tomar dos vasos de cocktail “Hidroamigos” y 4 cervezas. Receta del Cocktail: Dos botellas de Habanero Urquiola, una botella de Cinzano, limón, unas hojas de hierbabuena y hielo en abundancia.

SEGURIDAD PÚBLICA.

En la parte alta del edificio de madera y lámina conocido como “Miramar”, ubicado en la esquina de las calles primera de Lerdo y sexta de Corregidora, estaba la Tesorería Municipal, la Presidencia y la Sala de Cabildos. En el extremo Norte de la planta baja, pero construida de ladrillo y cemento con su correspondiente reja de acceso dando frente a la sala de armas de la policía municipal, se hallaba la cárcel pública, que por muchos años fue el centro de operaciones de aquel famoso policía conocido por Pilicú, quien además de tener a su cargo la vigilancia de la prisión, era también quien con golpes dados en un riel con un martillo, anunciaba como si fuera reloj público las horas del día y de la noche.

En cada esquina, por las noches, había un policía vigilante, que también hacía las veces de “sereno” y que se encargaba de encender por la tarde y apagar por la mañana el farol de alumbrado de petróleo y en algunos casos de aceite de lámpara.

Provisto de su silbato y de su linterna de petróleo en la mano, el policía vigilante daba vuelta cada media hora a la manzana de casas que le correspondía. Generalmente estos servidores públicos eran vecinos de absoluta confianza, a quienes en caso necesario, si uno salía, podía dejar las llaves de la casa con al seguridad de que no se haría mal uso de tanta confianza.

Por otra parte, existía un servicio de vigilancia a caballo, conocido como “la ronda”, compuesto por un cabo y tres o cuatro policías, que además de cuidar también de la seguridad de los habitantes, estaban pendientes de que los policías de manzana no se durmieran. Esos policías de a caballo, no solamente eran buenos jinetes, sino que también sabían manejar la reata de lazar y en no pocas ocasiones detuvieron a algún delincuente que trataba de evadirlos corriendo, echándoles un buen pial o una mangana.

En aquel tiempo las manzanas de casas no pasaban de cuarenta y la vigilancia era efectiva. No se sabía de asaltos, atracos y robos. Tampoco se supo de connivencias entre policías y ladrones. Uno piensa, ¿cómo es posible que en épocas en que los presupuestos eran tan raquíuticos los pocos fondos del erario municipal se enfocaban correcta y honestamente a satisfacer la seguridad, la tranquilidad y la paz públicas?

Entonces no había tantas policías de tan diversa denominación como las hay ahora. ¿Será ilusorio pensar que ya con las reformas al artículo 115 Constitucional, nuestro Municipio Libre podrá devolver a la ciudadanía su derecho a la seguridad?

PANTEONES

Platicaban los antiguos habitantes de este puerto que el primer lugar consagrado al entierro de los muertos estuvo ubicado en paloma de entonces y que hoy forma la manzana comprendida entre las calles La Llave, Gutiérrez Zamora, 16 de Septiembre y 5 de Mayo o Carranza. Después pasó al terreno que sigue ocupando el viejo panteón municipal entre Hidalgo y Bravo, mismo que en la época del Presidente Abel Toache se amplió hasta la hoy calle de Aldama, construyéndosele su barda perimetral y la entrada con sus tres obeliscos ornamentales. En la época del Presidente Marino Moreno Nextle, se pavimentaron los pasillos principales de circulación del interior, y se construyeron piletas de abastecimiento de agua, introduciéndose también postes con alumbrado.

Al principio no había funerarias aquí, por lo cual al acaecer un funesto suceso, los familiares y en algunos casos los vecinos del difunto, se encargaban de buscar al carpintero que haría la caja, quien se presentaba con su “metro”, tomaba

la medida y regresaba con madera y los clavos necesarios para cumplir con su encomienda en el mismo domicilio del duelo. Los golpes del martillo del carpintero se entremezclaban con las letanías de los rezos. También se acudía a la imprenta más próxima (que no había tantas) a ordenar la confección de esquelas, mismas que eran repartidas personalmente, comunicando el deceso, lugar del velorio y hora del entierro, en las casas de los parientes y amigos del difunto. De igual manera se adquirían pan, café, botellas de licor, cigarros y barajas para disfrute y entretenimiento de los asistentes al velorio, que en su mayoría se habían presentando portando sus ofrendas florales. Algunas familias agradecían en forma más espléndida la buena voluntad del acompañamiento del pésame, obsequiando tamales que en muchas ocasiones habían sido confeccionados en el mismo domicilio de los dolientes, sacrificando para ello al cochino o cerdo de que eran propietarios.

Las dos primeras agencias funerarias que recordamos fueron las establecidas por los carpinteros Miguel Santos Piquet y Joaquín Celaya, luego tuvimos la de Prieto y la de Díaz. Los entierros, que pasaban previamente por la iglesia de San José, a menos que el difunto no hubiese sido católico, tenían señalada su ruta al único panteón existente, el municipal ya dicho, partiendo de la calle 5 de Mayo, hoy Carnaza, seguían por Juárez o por Hidalgo, teniendo que sortear en la quinta calle de Juárez o en la sexta de Hidalgo, en tiempos de lluvias, grandes lagunatos que se formaban de acera a acera.

La subida del panteón, bien empinada, fue motivo algunas veces de que el conductor de la carroza, camión Ford modelo T de media tonelada, tuviese que bajarse y ayudar con su fuerza personal a la máquina, a la cual el terreno de arena suelta le dificultaba el ascenso, teniendo en muchas ocasiones, para vencer el obstáculo de la arena en pendiente, que imprimir gran velocidad al vehículo desde antes de

llegar a la calle Bravo, para llegar en una sola carrera a la cima, aunque el cortejo de acompañamiento quedara atrás rezagado cien o más metros. Esta parte infame del acceso del panteón quedó superada al llegar la pavimentación de la calle Hidalgo, construyéndose una amplia rampa para vehículos hasta la puerta del cementerio, y en sus lados escalinatas de doble paso para los peatones.

Propiamente no hubo orden desde un principio en la colocación de tumbas, aún cuando siempre se siguió la costumbre de que los cuerpos tuviesen una misma orientación, los pies al Este y la cabeza al Oeste. Por ello resultó que cuando se pusieron los pasillos pavimentados para mejor comodidad en la circulación interna del panteón, más que uniformes andadores resultaron accidentadas veredas.

Como ya se dijo, al ser insuficiente la superficie con que contaba primordialmente el panteón, y aprovechando que había terreno desocupado hacia el Oeste, del hato de Las Barrillas, como conocía la propiedad de la viuda de Ting, la autoridad municipal amplió en un cien por ciento la extensión de la necrópolis, a pesar de las protestas de quienes ya tenían en posesión esos terrenos. Actualmente se cuenta con dos panteones más, uno municipal denominado Jardín y otro particular conocido como Colinas de la Paz. Iniciado el primero por la administración municipal del doctor Marco Antonio Castellanos Jr., y terminado por don Juan Osorio López, con el concurso eficaz y decidido de dos de sus colaboradores, el ingeniero José I. Carrión, subjefe del Departamento de Obras Públicas, y el señor Carlos Sansores Ruiz, oficial del Registro Civil. Es de primer orden y cuenta con capillas y salas de velación; los lugares para las fosas están numerados y simétricos, con su acceso pavimentado por la Avenida Uno. El otro, que lentamente va poblándose, tiene

efectivamente el aspecto de una colina, austero y señorial, en donde se sabe que no van a permitir monumentos, situado a unos ocho kilómetros de distancia por la carretera vieja a Minatitlán.

De nuestro antiguo panteón, a pesar de su desarreglada alineación de las tumbas y monumentos, se desprende el cariño y el amor, ya que ahí reposan los que con su esfuerzo y voluntad contribuyeron al desarrollo primordial de Coatzacoalcos, resultándonos más familiar. Hay el deseo unánime de que se converse este panteón como una reliquia familiar, para que no desaparezca el santuario de nuestros ancestros, los forjadores de Coatzacoalcos.

RASTRO

Por muchos años estuvo el rastro en la esquina de las calles de Bravo y Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica, en la parte baja del cerro ocupado por el cementerio, zona pantanosa prolongación de los charcos permanentes que comenzaban desde las calles quinta y sexta de Hidalgo. Ese rastro era exclusivo para ganado bovino, ya que el sacrificio de cerdos, cabras y borregos era domiciliario. Un enorme hacinamiento de huesos, cascos, cabeza, y cuernos, coronados permanentemente por grandes cantidades de zopilotes, conocidos también como “combos” o “nopos”, especie volátil ya casi desconocida en Coatzacoalcos y que tantos beneficios prestaba a la población pues su afición a la carroña constituían verdaderos agentes sanitarios que daban cuenta de cuanto animal perecía en la ciudad, encargándose también de hacer desaparecer vía sus estómagos, las vísceras de pescados, pollería y otros desechos culinarios que las amas de casa ya no tenían necesidad de guardar para cuando pasara el carro de la basura, evitándose nauseabundos olores.

A las cuatro de la tarde comenzaba el sacrificio de las reses, y era notable la presencia de los Bringas, los Alor, los Vidal, los Rivera, los Vargas, los Parada, los Rosaldo, etc.,

etc., desarrollando una inusitada actividad destazadora, para que a las cinco ya estuviesen las carnes en canal a bordo del camioncito italiano Colombo. También quedaban listos los cueros que irían al saladero y embarcados luego para la ciudad de México o para el extranjero, ya fuera para la negociación de don Pedro Carrillo, o por la Agencia de Hamburgo & Snack con oficinas en la primera calle de Juárez. Parece ser, sin asegurarlo, que un americano de apellido Sommers también estaba dedicado a ese negocio de los cueros, y cuya viuda le sobrevivió por varios años, siendo a la muerte de ésta rematada su propiedad en la primera calle de Zaragoza por el Estado.

Un moderno y funcional rastro, ubicado en la calle Román Marín, frente a la Estación de Bomberos, fue inaugurado por el Presidente de la República, Licenciado Gustavo Díaz Ordaz, en marzo de 1967. Don José Manuel García Cartagena, administrador, y su ayudante Roberto Magaña Hernández, nos informan que actualmente la matanza es de sesenta a setenta reses diarias, habiendo sido mucho mayor cuando el auge de la construcción de “La Cangrejera” que llegó hasta 100. Se sacrificaban unos cuarenta cerdos también. Dos médicos por parte de Salubridad y uno por parte del municipio, en su rama zootécnica, se encargan de vigilar la buena salud del ganado que se sacrifica. Las pieles son entregadas al señor Arvizu de Minatitlán, quien las envía a León, Guanajuato. Ya no hay exportación. Hace como seis años dejó de funcionar el frigorífico. El empleado más antiguo del rastro el don Pablo Ramón Cano, con más de treinta años de servicio.

CINES

El primer cine de que se tiene recuerdo lo ubican en la segunda calle del Ferrocarril, ahora de Rodríguez Malpica.

Luego viene el Cine Estévez, que cambió su nombre al de Cine Lux cuando lo administraba don Guillermo Clemow, siempre estuvo en la tercera calle de Juárez, y es el mismo, nada más que modernizado, Cine Ideal.

Don Manuel Dávila Madrid, en local construido ex profeso en la acera sur de la primea calle de Hidalgo, allá por el año de 1920 estableció el Cine Madrid, que no duró mucho tiempo.

Después fue construido, en la acera norte de la segunda calle de La Llave, el Cine “Chapultepec”, que administraba don Juan Absalón, estableciendo la modalidad de obsequiar al público, cuando se trataba de aquellas kilométricas cintas de quince episodios, un episodio que se proyectaba a media calle en pantalla provisional.

Don Alejandro Bringas se entusiasmó y construyó de ladrillo y cemento, aún cuando con techo de lámina, en la esquina de las calles de Carranza y Zaragoza, el Cine Imperial, que aún después de los años treinta se consideraba como de lo más moderno en Coatzacoalcos, con su amplio foro para representaciones teatrales, su inmensa sala de luneta con servicio de ventiladores eléctricos, y su galería.

Pero volvamos al Cine Ideal. El acayuqueño don Fidel Lara tomó en arrendamiento el local de la segunda calle de Corregidora, bajos del Hotel Central, y estableció su negocio de cine, con el nombre de “Cine Ideal”. Posteriormente pasó a hacerse cargo del que venía funcionando como Cine Lux, y desde entonces ahí tenemos ese cine, como el decano de las salas de espectáculos, que tantos recuerdos guardó para la sociedad de entonces. En sus principios, antes de tomar el nombre de Idea, además de la sala correspondiente a luneta, tenía palcos de lado y lado, destacando el destinado a la Autoridad Municipal con su correspondiente letrero. En la parte superior de los palcos estaba la galería. Como las películas que se exhibieron hasta principios de 1929 siempre fueron películas silenciosas o mudas, las funciones de los domingos eran amenizadas por las alegres piezas de música

que media hora antes de la hora fijada para el comienzo del espectáculo, producía en su marimba el conocido Semeí Roque. En este cine se representaron famosas obras de teatro, ejecutadas por aficionados locales, entre ellos don Lorenzo E. Castillo, sin faltar el “apuntador” don Mateo Cristiá. Ahí fue velado en su paso desde la América del Sur, el cuerpo del extinto poeta mexicano Jesús Urueta, y quedó preparado el estafalco para velar los restos de los aviadores españoles del “Cuatro Vientos” que una “balcazarada” había hecho creer ya estaban localizados.

Con los tres millones de pesos que el Ayuntamiento presidido en su primera vez por don Taurino Caamaño Ramos, obtuvo de la primera expropiación del “ejido” de Palma Sola, se construyó el Cine Auditorio Municipal, en la cuarta calle de La Llave, con la premeditada idea de que aún las clases sociales más deterioradas en su economía pudiesen gozar de un espectáculo popular, pues el precio de cuatro y cinco pesos que ya costaba la entrada en otros cines, no estaba al alcance de todas las fortunas. Sin embargo, tal utopía no duró mucho. El alto costo del alquiler de las películas (treinta, cuarenta, y en ocasiones hasta el sesenta por ciento de la entrada bruta), orillaron a la administración a dejar en manos de la iniciativa privada el negocio, por no ser negocio. Reportaba pérdidas.

Desapareció el Cine Chapultepec, el Cine Teatro Imperial se transformó en locales comerciales de alquiler, quedando únicamente al servicio del pueblo el Cine Ideal, pero surgieron otras salas, como el Cine Puerto, el Real Cinema, el Cine Teatro Juárez, el Cinema 2000, el Miramar y el Petrocinemas.

HOSPITALES

Por muchos años, en las afueras de la población, que

apenas si llegaba más allá de la calle Allende, y ubicado en lo que es hoy la tercera calle de Bravo, fue establecido el Hospital Civil, que constaba de dos construcciones de madera y lámina, lugar al cual iban a parar los enfermos y accidentados carentes de recursos económicos o de familiares que se hiciesen cargo de ellos, con su correspondiente cuarto para contagiosos; lugar que se consideraba peligroso visitar, por lo cual la mayoría de la gente se mantenía a distancia. Posteriormente, con el avance de la higiene fue olvidándose la conseja de temeridad a contagios, y la población comenzó a servirse de los escasos servicios que podían administrarse a los menesterosos gratuitamente, estableciéndose después los tratamientos de distinción con el correspondiente pago de las cuotas de recuperación. En la esquina de las calles Rodríguez Malpica y Morelos hubo un establecimiento conocido como Hospital de la Scop. En la esquina de Colón y Rodríguez Malpica estuvo otro local conocido como Hospital de los empleados federales. En los terrenos del Cuartel Militar hay una dependencia hospitalaria para los miembros del Ejército. En la esquina de Morelos y Lerdo tenemos el Hospital del ISSSTE, y gracias a las cantidades que por concepto de impuesto recibe el Gobierno, ha sido posible convertir aquel antiguo hospital civil, en una institución hospitalaria de primer orden.

MÉDICOS

Aun cuando incurriremos en muchas omisiones, ya que estas remembranzas están basadas principalmente en recuerdos personales no documentados, y aun cuando tales omisiones pudiesen considerarse ingratitudes, que no lo son, vamos a mencionar a algunos de los médicos de que tenemos memoria. Supimos que existieron, pues ya no nos tocó conocerlos, dos magníficos médicos, uno de apellido Alcalá y otro de nombre José Martínez cuyo monumento popular está bien visible en el panteón viejo. De nuestra

época tuvimos al doctor Victoriano Montalvo, con su botica en la primera calle de Hidalgo, en donde departíamos con sus hijos Manuel, Estuardo y Augusto, siendo Manuel un entusiasta organizador de bailes entre amigos, a cuota prorrateada, y Talo un magnífico compañero de escuela. En la esquina de las calles segunda de Lerdo y séptima de Corregidora, en dos señoriales casas de madera y techos de teja francesa, conocimos al doctor John J. Sparks que en una de dichas casas tenía su oficina del Viceconsulado de la Gran Bretaña, su consultorio y su laboratorio y farmacia. En otra casa habitaba con su esposa y sus dos hijas. Por dos pesos únicamente daba la consulta y proporcionaba la pócima, el jarabe, las píldoras o la pomada a sus pacientes, que en su mayoría eran de la clase menesterosa. Hacía las visitas médicas a domicilio trasladándose en su hermoso caballo, que montaba al estilo inglés, siempre elegantemente vestido de traje filipino y con su casco de corcho. En agradecimiento a su amor a la humanidad, hoy lleva su nombre una de las calles de esta población. No menos abnegados y amables lo fueron los médicos que poco a poco vinieron a llenar las necesidades de una población creciente. Tuvimos al doctor Armando Castellanos de la Huerta, magnífico cirujano, a quien conocimos primero en los bajos del Edificio Bringas en la cuarta calle de Zaragoza, después de la “Casa Williams”, palacete de la tercera calle de 5 de Mayo, hoy Carranza, hombre aficionado a la radiotelefonía, cuando el radioaficionado tenía que construir su propio receptor, pues los aparatos comerciales (Radiales de audífonos o de magna voz) fue hasta el año de 1924 cuando comenzaron a llegar a manos del público. Aquí los vendía don Aurelio Camporro Candanedo. El doctor don Pedro Patraca, también muy estimado, cuyo consultorio conocimos en la tercera calle de Corregidora, donde está hoy la Casa Chiu, siendo Presidente

Municipal llevó a buen fin la construcción del Primer Palacio Municipal, al Occidente del Parque Independencia, dejándose de utilizar el antiguo de Miramar. Posteriormente, al doctor Armando Castellanos de la Huerta le tocó construir el actual Palacio Municipal, demoliéndose el del doctor Patraca. Siendo Presidente Municipal don Taurino Caamaño, se colocó un reloj de tres carátulas que luego se descompuso y desapareció, substituyéndose por el que ahora tenemos, por disposición del presidente Licenciado Juan Hillman. Volviendo a los médicos, diremos que se consideró milagrosa la salvación, en aquel entonces que los recursos de la ciencia eran tan rudimentarios y escasos, y más en poblaciones como la nuestra, alejadas de la metrópoli, con la atinada intervención del doctor Pedro Patraca, de aquel comerciante oaxaqueño de verduras del mercado, que ahora sí, llevando los intestinos en las manos como resultado de tremenda cuchillada que le dieron, se presentó caminando a curación, y lo del no menos conocido ferretero que por discusión sobre un terreno con un ex presidente municipal, recibiera de éste un balazo en pleno vientre. Conocimos después a los doctores Melchor Colón y Camacho, Ricardo López Pavón, Raúl Blackaller, Antonio Madrazo, Enrique Esparza, J. M. García Sánchez, Pedro Torres Enríquez, Benjamín Cámara y Gómez, doctor Rincón, doctora Rendón, Manuel Carrillo Zamora, Felipe Covarrubias Preciado, Pablo de la Fuente

González, Jorge Herrera Lópezdellergo, Juan Ávila Rebollo, Manuel Arenas, Juan Rella que nos deleitaba con sus crónicas cotidianas de béisbol publicadas en la prensa local bajo el título “Desde la tribuna Roja”. De los dentistas antiguos tenemos anotados a Octavio Riquer Flores, Gutemberg Díaz, Juan Morales, José Escamilla Andueza, Carlos Orlaineta, Gilberto Rincón, César Bravo, Francisco Castillejos Ferrando y Sabina Ortiz Barragán. El primero de abril de 1940 se constituyó la Unión Médica del Istmo, siendo su primer presidente el doctor Armando Castellanos de la Huerta,

quien también estuvo al frente de ella del 942 al 943 y del 948 al 949. Después siguieron: Francisco Castillejos, 941/942. Luis Vidal Fuster, 944/945. J. A. Torres Septién, 945/946. Benjamín Cámara, 945/946 y 953/954 y 960/961. Melchor Colón C., 947/948, 964/965 y 965/966. Raúl Blackaller, 950/951. Pedro M. Rosaldo, 952/953. Juan de Dios Rodríguez Gómez, 955/956 y 966/68. Juan Ávila Rebollo, 1956/1957. Marco Antonio Castellanos, 1957/1958 y 971/972. Vicente Zárate, 958/959. Ignacio Vela, 962/963 y 963/964. Ricardo Castillo M., 968/969. Alberto Segovia Escalera, 969/970. Jorge Herrera Lópezdellergo, 970/971. Luis Vidal Fuster 972/973. José Lemarroy Carrión, 973/974. Félix Fortuna, 974/975. Miguel Santos Ordaz, 975/976. J. Fco. López H. 976/977. Luis H. Uriarte Mejía, 977/978. Felipe Guerrero, 978/979. Jesús Hernández Pimentel, 979/980. Maura L. Santos Navarro, 980/981, Raúl Pérez R., 981/982. Carlos Valenzuela del Rivero, 983/984.

Por formar parte de la historia de Coatzacoalcos, como tantos otros ilustres forjadores de nuestro rincón de Patria, por considerarlo de justicia, incluimos en estos apuntes lo que el profesor Francisco H. Santos, mentor de muchas generaciones de coatzacoalquenses, expresara el 18 de junio de 1965 en memoria del doctor Armando Castellano de la Huerta:

“Cuando aún nuestro corazón está bajo la impresión dolorosa por la muerte de los queridos amigos Lorenzo E. Castillo y León Malpica M., nuestro respetado y querido amigo también, doctor Armando Castellanos Huerta, emprende ese viaje sin retorno, llenado de luto su hora, y, la sociedad porteña en general, con su partida pierde a uno de sus más distinguidos miembros:

“El señor doctor Armando Castellanos, llegó a Coatzacoalcos en el año de 1918, dos años antes que yo

llegara, y, dada su juventud, se dedicó con todo ahínco a su noble labor de profesional. Recuerdo que una vez me dijo: “no olvido que recién llegado a Coatzacoalcos, en mis largos recorridos que hacía a pie por el lado del Hospital General para ver a mis enfermos, algunas veces sentí desmayarme fatigado por los abrasadores rayos del sol tropical”.

“Su celo en el cumplimiento del deber, como dijera el ilustre médico Belisario Domínguez, dio lugar a la alta estimación que tanto sus colegas como la sociedad tuviera para su persona, atento y afectuoso para todos”.

“El doctor Castellanos se distinguió también por ser altamente sociable. Además de atender con su celo acostumbrado la salubridad del puerto, comisión que por varios años desempeñó, jamás esquivó cuantas comisiones honoríficas y útiles en la sociedad le fueron conferidas, como fue, desempeñar gustoso por el largo espacio de cuatro años la Veneratura de la Respetable Logia “Coatzacoalcos 52”. A su iniciativa y con la valiosa cooperación de distinguidas damas de nuestra sociedad porteña, se llevaron importantes obras de mejoramiento en el Panteón General. Al establecer la Gran Logia Independiente Mexicana una Escuela Comercial, con categoría de Secundaria, en el Edificio aún no terminado del que habría de ser el Centro Escolar Vicente Guerrero, el doctor Castellanos tuvo a su cargo dos cátedras”.

“A iniciativa del doctor José G. Espinosa, en nuestro Templo Masónico fue fundada la Escuela Secundaria, pero dado el gran número de alumnos inscritos nos vimos precisados a solicitar de la

Sociedad Mutualista de Artesanos su amplio salón, donde ya funcionaba una academia de taquimecanografía gratuita, que dirigían los señores profesor Rómulo Cachón Ponce y Desiderio Cadenas Granados, y obtenida la anuencia, oficialmente fue inaugurada la Secundaria por el señor Licenciado Gonzalo Vázquez Vela, Gobernador Constitucional del Estado, con asistencia de don Benjamín

García, Presidente Municipal de Coatzacoalcos”.

“Pero la obra cumbre iniciada por el doctor Castellanos, siendo presidente de la comuna porteña, fue la creación del magnífico Palacio Municipal, uno de los mejores de la región, siendo inaugurado con la asistencia de una numerosa representación del Gobierno del Estado, y que será hoy y siempre un timbre de gloria para el distinguido galeno que supo dar con su obra constructiva y patriótica el más bello ejemplo de ciudadanía y amor al terruño, por lo que su memoria será imperecedera”.

“Para terminar, va de mi parte la más justa condolencia a su digna esposa señora Teresa Alor hoy viuda de Castellanos, para Teresita, tan estimada por su amado padre y que hoy es toda una señora reina de su hogar, y, para los hijos doctores también, herederos de la alta y noble profesión del ser querido que se apartó de nosotros, y que seguramente sabrán imitar la brillante actuación de él siguiendo el camino recto que supo marcarles”.

“Hermano Castellanos, no te digo adiós, sino hasta luego. Descansa en paz”. Firmado: Prof. Francisco H. Santos.

MOLINOS

Competían en precio (entonces ocho y diez centavos el kilo de masa), y también en calidad, los tres primero molinos de nixtamal que conocimos, los cuales, con maíz de la región y del Estado de Chiapas, producían una masa blanquísima resultado principalmente de la calidad del maíz, de su buen cocimiento y por cuanto hace a la suavidad de la masa, resultado del arte de “picar” las piedras del molino. El de don Valentín Rueda, ubicado en la esquina de las calles de Hidalgo y 5 de Mayo; el de don José González, “El Globo”, en la cuarta calle de Corregidora; y el de don Joaquín Cadenas Suárez, que hasta 1913 estuvo en la primera calle de Zaragoza,

siendo destruido por el incendio que también acabó con el Hotel California contiguo al mismo. En 1916, en terrenos que habían sido de una maderería, en la primera calle de Juárez, volvió a instalarse este molino, mismo que en 1920 pasó a la segunda calle de Juárez, junto a la casa de don Tomás Ruiz, y por último a la acera de enfrente, donde hoy está la Farmacia Principal. Entonces los molinos tenían que comenzar a trabajar a las tres de la mañana, pues a esa hora llegaban las tehuanas con su maíz de elote tierno cocido, para que les fuera molido a fin de hacer el atole de champurrado que vendían en el mercado. Por tratarse de un producto de poca dureza era necesario abrirle al molino las piedras, operación que después se revertía y que ya no volvía a hacerse sino hasta el día siguiente, pues había que dejar listo el molino para producir la masa común y corriente. Conocimos también los molinos de don Arnulfo Toledo, en la cuarta calle de Juárez, el de un señor conocido por “Puerto Rico” en la cuarta calle de Gutiérrez Zamora. Luego se estableció el de un señor de apellido Andrade, en la sexta calle de Zaragoza, y el de los hermanos Blanco en la cuarta calle de Díaz Mirón. Los últimos trabajadores de El Molino de Todos de J. Cadenas, fueron los señores Gonzalo Ramírez, Ezequiel Montaña y Agustín Hernández, conocido éste después como “El Técnico”.

ASERRADEROS

Hubo uno en la orilla del río, al comienzo de la escollera Oeste, precisamente donde desembocaba el pequeño arroyo procedente de la Laguna de Gracia, que era manejado por

el negro Pelayo siendo su propietario el señor Macheleid (Majalai). Otro aserradero se instaló a la altura del muelle Siete, por el ingeniero Manuel M. Torres. Dorados tiempos aquellos en que por veinte pesos le llenaban de pedazos sobrantes de caoba y cedro un camión de dos toneladas. Una empresa denominada “Tehuantepec Luber Co.”, inició

la construcción de un aserradero en terreno adyacente al puente del Ferrocarril del Río Calzadas, que abandonó por exigencias laborales.

ESCUELAS

El viejo marino español, don Marcos López, que había oteado el horizonte marítimo con su catalejo pirata, hacía funcionar el rudimentario teléfono que lo ponía en comunicación con el Resguardo Marítimo y anunciaba “¡Un pailebot al Este...!”

Además de desempeñar su cargo de Vigía, y encargarse de encender y apagar el Faro, ubicado éste en su correspondiente torre cilíndrica, a suficiente altura, en el comienzo de la segunda calle de Lerdo, esquina con Corregidora, don Marcos López personalmente impartía enseñanza primaria en su escuela llamada “de párvulos”, en casa de madera y lámina, contigua y al Norte de la residencia del Cónsul Británico en la séptima calle de Corregidora. Todo mundo sabía que su lema era “la letra con sangre entra” y pese a ello los padres de aquella época, años de 1917/18, se encontraban satisfechos con la rigidez de su enseñanza. Se aprendía a leer, primero en la cartilla de “San Miguel” y después en los libros primero y segundo de “Mantilla”, se aprendía a escribir primero en la pizarra, y luego en el cuaderno, y se aprendían los números y las cuatro operaciones esenciales. Allí aprendieron, con quien éstos recuerdos narra, entre otros, Roque Borrego Cruz, José Cruz Fuentes, Lorenzo Turca, Rafael García, José Nouche, Luis Madrazo, Francisco Castillejos, Carlos Loyo. En el patio de esa escuela, colindante con la casa de la familia de don Manuel Ladrón de Guevara, el viejo, cerco de nopales de por medio, estaba instalado un “volantín”, o sea, un tronco de unos veinte centímetros de diámetro enterrado, sobresaliendo un metro, en el cual, mediante un grueso clavo

de vía que servía de eje, giraba otro madero suficientemente ancho y de unos tres metros de largo, en cuyos extremos se montaban los muchachos después de darle el impulso necesario para obtener la momentánea felicidad de ser transportados durante algunas vueltas. Era indudable que cuando alguien no se sujetaba bien, la velocidad imprimida al “volantín” llegaba a despedirlo del madero yendo a parar a la nopalera, con el regocijo de los presentes. Otras veces, aprovechando los tubos de fierro fundido de las líneas de agua o de drenaje que habían quedado al aire por la erosión, y que iban de lado a lado de la calle, se hacía sobre ellos carreras y demostraciones de equilibrio. También, en el terreno de la acera de enfrente, en el cual se construiría posteriormente el hotel de solteros de la Compañía Petrolera “El Águila”, se organizaba el juego de la “máquina loca” con la carrera y de repente, el de adelante se frenaba y muchos por la inercia rodaban por el suelo.

La escuela de don Marcos López, o del Vigía, era exclusivamente para varones. En ese tiempo, doña Esthercita Casasúa tenía una escuela también de primeras letras para niños y niñas, en la tercera calle de Gutiérrez Zamora.

En la cuarta calle de Morelos, contigua a la casa de dos pisos, de madera y lámina, de la familia Rosaldo, funcionaba la llamada escuela real, o sea del gobierno, que en un principio se llamó “Miguel Hidalgo” y después le cambiaron a “Carlos A. Carrillo”. Era de madera y lámina, exclusiva para varones, con su patio para recreo en la esquina de las calles Zaragoza y Morelos. Además de la pieza destinada a la Dirección, tenía sus cinco salones de clases, pues hasta el año de 1923 la instrucción primaria superior solamente llegaba al quinto año. Recordamos que su primer Director fue don Ruperto Bravo. También fueron directores los profesores Raúl Fuentes Calvo y Arnulfo García, Profesores: Martiniano Chacón, Francisco H. Santos, Alfredo Alcocer, Marcelino Carrizosa, Calixto Osornio, Pablo Hernández, Manuel Fernández,

profesor Morosito. Alumnos Francisco, Pedro, Manuel y Ramón Figuerola, Augurio, Moisés, Aldegundo, Donato y Juvenal Vidal; Raymundo Cañón, Ignacio Ojeda, Agustín Toledo, José Celaya, José Rodríguez Turcott, Celso, Miguel, Ramón y Ricardo Lavié; Diego Moscoso, Francisco y Pánfilo Castillejos; Luis, Adelaido y Pablo Ríos; Enrique, Samuel, José Manuel y Julián Bringas; José Castro Arana, Roque Borrego Cruz, Mario Pavón Abdalá, Miguel y Flavio Pavón, Edesio Rodríguez Cámara, Freddy Carpenter, Salomón Férez, Lorenzo Torea, Manuel Nouche, José Cruz Fuentes, Eulalio, Mauro y Mario Vela; Jesús Pereyra, Raymundo Fernández, Elodino Pétriz, Domingo Ríos, Ricardo Zea Salas, Raymundo González, Elpidio López, José Lotfe, Víctor, Alfonso y José Tubilla; Carlos Iglesias, Antonio Marti, Estuardo Montalvo, Julio, Carlos y Horacio Porter; “la chaparra” Ramos Beltrán, Fermín y León Tello, Rogelio Rentería, Carlos Loyo, Luis y Alberto Lara, Horacio y César Bravo Sanmiguel, Juan José Otero, Samuel Rodríguez, Carlos y Modesto Absalón, Francisco Castillo, Eustorgio Chiñas, Sergio Ramírez Colberg, Tomás y José Daniel Ruiz, Marcos Ortiz, Juan Alor Riveroll, Rafael Orozco, Pedro Carrillo Alor, Basilio Velasco, Xicontécatl Leyva Alemán y tantos y tanto más.

La escuela “real”, o se al escuela de gobierno para niñas, llamada “Leona Vicario”, también en casa de madera y lámina, con su piso en alto, estaba en la segunda calle de Zaragoza. Recordamos entre las maestras de dicha escuela a doña Eduardo Rueda, Isabel Alor de Carrillo, María Ramos, Herminia y Albertina García.

¿Quién no recuerda al profesor Manuel Martínez Apresa? Antes de hacerse cargo de la Inspección Fiscal del Petróleo ubicada junto a la joyería de don Pedro Pineda, el inmueble que fue demolido para levantar el edificio de Deportes El Tigre, en la tercera calle de Hidalgo, el profesor Martínez

Apresa tuvo por muchos años el cargo de maestro de geografía en la Escuela Carlos A. Carrillo, siendo además un profundo conocedor de las artes y las ciencias, erudito en mora, ética, lógica y filosofía.

En un terreno cedido para el fin indicado, o sea la construcción de una escuela, ubicado en la esquina de Juárez y Morelos, donde hoy se levanta el edificio del Banco Nacional de México, cesión que bondadosamente hiciera el señor Anacleto Chablé que en su tiempo abrigó la esperanza de llegar a ser Presidente Municipal, desde el año de 1922 comenzó a construirse de ladrillo y techo de losa de concreto, en dos plantas, lo que habría de ser el Centro Escolar Vicente Guerrero. Donativos en especie y en dinero, mano de obra a mitad de precio por conocidos maestros albañiles como don Abundio Ortiz, don Carlos Mortera, Nazario González (chambelona), Pablo González, Luis Montes, Rafael Gutiérrez Alegría, y otros que escapan a nuestra memoria, con sus respectivos ayudantes, hicieron que la obra fuera avanzando poco a poco. En el año de 1924 ya estaban concluidos dos salones de la planta baja, lado Oriente, y en ellos se instaló la Escuela Universitaria Comercial presidida por don José María Campistro de Cáceres, que funcionaba diariamente de las 6 a las 8 a.m. y de las 18 a las 20 horas, con el fin de que quienes trabajaban pudieran contar con un horario adecuado. Además del citado Campistro de Cáceres, impartían cátedra, el doctor Armando Castellanos de la Huerta, el profesor Francisco H. Santos, el maestro de dibujo Manuel Licon, el maestro de música Manuel María Castillo y otros más cuyos nombres se nos olvidan. Esta escuela, considerada como apéndice universitario, funcionó durante dos años, 1924 y 1925 a cuyo término se estableció la primer biblioteca pública que estuvo a cargo de la señora Carola Muñoz viuda de González. Concluida la construcción total del edificio, acogió en sus salones a todo el alumnado de las antiguas escuelas “Carlos A. Carrillo” de varones y “Leona Vicario”

de mujeres, constituyéndose así en el Centro Escolar Vicente Guerrero, el profesor Domínguez, el profesor Ortega y otros. En su magnífico reloj, colocado en la parte superior de la

fachada Norte de dicho centro, reloj que duró muchos años sin descomponerse, se veía el año “1930”.

Por ser insuficiente ya para la población escolar, y contando el Municipio con un terreno suficientemente amplio contiguo al vivero forestal, al Oeste de la calle Bravo, entre Revolución y Díaz Mirón, la administración municipal de don Taurino Caamaño procedió a la construcción del nuevo Centro Escolar, que además cuenta con patio para recreo, de lo que se carecía en el edificio de Juárez y Morelos, vendiendo éste al Banco Nacional de México.

Otras escuelas primarias fueron surgiendo para llenar las necesidades de la población, entre ellas la llamada de doña Merceditas, ubicada en la segunda calle de La Llave, esquina con Corregidora, en donde además de doña Merceditas, y las hermanas Peniche, impartía clases la señora Elvira López de Osorio, maestra titulada.

Trabajadores petroleros hoy jubilados de la Sec. 31 del STPRM, algunos ya fallecidos, pusieron todo su empeño y lograron que Petróleos Mexicanos, aún sin obligación legal, accediera a establecer la llamada Escuela Artículo 123, que primeramente funcionó en la tercera calle de La Llave, junto a la Sociedad Mutualista de Artesanos y luego en la tercera Calle de Lerdo, donde actualmente se encuentra. Y es curioso lo que ocurre, que muchos de aquellos que gestionaron y lograron esa conquista sindical, cuando tratan de inscribir a sus nietos, son discriminados por quienes llegaron después a las filas sindicales.

De una memoria del profesor Rubén Acosta Navarro, que nos fue proporcionada por su hijo el Licenciado Sergio Acosta Vasconcelos, extractamos lo siguiente: “En 1924 se fundó

una escuela Artículo 123 en la ciudad de Coatzacoalcos, para tener a los hijos de los trabajadores, y fui nombrado Director de esa escuela, que era una casa familiar medianamente acondicionada y en la cual se trabajaba de una manera incómoda. En el año de 1950, Petróleos Mexicanos construyó un edificio amplio, con todas las comodidades, con una cancha de basquetbol, frontón, teatro al aire libre, patios de recreo, etc., etc., en una palabra, un edificio escolar de los más modernos y en el que de inmediato se llenaron los veinte salones disponibles. Esta escuela lleva por nombre Tomasa Valdés viuda de Alemán, nombre de la madre del Presidente de la República Miguel Alemán Valdéz, siendo él quien inauguró el edificio, estando de Gerente de la Zona Sur de Petróleos Mexicanos el ingeniero José J. Nettel Flores. Estuvieron presentes altas personalidades municipales y funcionarios de la paraestatal, haciendo la entrega del plantel al Director del mismo, el Inspector Escolar de la Zona, profesor Manuel Malpica. Posteriormente recibió la Inspección el profesor Adrián Zamora López. En el año de 1953, fui nombrado Inspector Escolar Federal en la zona de San Juan Evangelista, Veracruz, pero en el año de 1954, por gestiones que ante la Secretaría de Educación Pública hizo el Ing. José J. Nettel Flores, obteniendo que me mandaran nuevamente como Director de la Escuela Art. 123 en Coatzacoalcos. El 1 de junio de 1960 asumí el cargo de Inspector Escolar Federal en la Zona 22ava., zona escolar que abarcaba toda la región, las escuelas primarias Artículo 123 de todos los campos petroleros, Agua Dulce, Minatitlán, Las Choapas, Nanchital, Francisca, Cuichapa y Acayucan, así como las Escuelas Primarias Federales “Constitución”, “María Enriqueta Camarillo”, (que ayudó a la fundación de la Escuela Federal de la Colonia Prócoro Alor). Las escuelas de Allende, Ver., las escuelas primarias federales de los Ferrocarriles Unidos del Sureste, las escuelas particulares incorporadas a la Federación como el colegio

“Clara Aguilera”.

La dirección de la Escuela Artículo 123 la recibió el profesor Carlos Contreras Campos, de manos del profesor Rubén Acosta Navarro. El profesor Acosta falleció el 10 de enero de 1970.

A base de donativos particulares y de los productos de los bailes populares que sábado a sábado se efectuaban en los llamados “Playón Norte” y “Playón Sur”, se reunieron fondos para construir los locales de madera y lámina en que iniciaron la impartición de clases las hoy modernas escuelas “Francisco Javier Mina” y “Niños Héroe”.

Al formarse la colonia “Benito Juárez”, que arranca a partir de la calle Bravo hacia el Oeste, también se estableció la Escuela “Benito Juárez”, siendo el profesor Francisco Mata Aguilar el “alma máter” de dicha escuela.

Respecto de la Escuela Secundaria, hoy Escuela Secundaria y de Bachilleres General Miguel Alemán ubicada en toda una manzana que circundan las calles de 16 de Septiembre, por el Oriente, Quevedo por el Norte, Allende por Occidente y Madero por el Sur, diremos que nació de la idea que tuvieron los miembros de la Logia Masónica “Coatzacoalcos 52”, y que en forma experimental funcionó como el Edificio de la Sociedad Mutualista de Artesanos, como su Presidente doctor Armando Castellanos de la Huerta, a cuya inauguración concurrió personalmente el entonces Gobernador del Estado de Veracruz, Licenciado Gonzalo Vázquez Vela. Posteriormente obtenido el reconocimiento oficial de las autoridades educativas, la secundaria pasó a ocupar la planta alta del edificio ubicado en la esquina de las calles Hidalgo y Morelos, conocido dicho edificio como El Nuevo Continente. Corresponde la Dirección de la Secundaria al Licenciado Juan de Dios Rodríguez Gómez. Se iniciaron los trabajos de construcción de la Escuela Secundaria en la dirección que

hoy ocupa, habiendo sido directores de la misma el profesor José María López Pavón, el doctor René Marín Baruch, el Licenciado Francisco Montes de Oca, el Doctor Juan Antonio Torres Septién, el Licenciado José Carlos Palacios Márquez, el Doctor Torres Septién fungió como director desde 1946 hasta 1961. Entre los catedráticos que recordamos de aquella época estuvieron: El Ing. Mauricio Herrera, la Doctora Yolanda Rendón, la señorita Ma. De los Ángeles Herrera, el señor Emilio Ayache, el Doctor Marco Antonio Castellanos, el dibujante Miguel Puente Viamonte, el Ing. Carlos Graham, el Ing. Abelardo Figueroa, el Profesor Francisco Mata Aguilar, el Ing. Manlio Abel P. Dávila, el Profesor Jorge Ortega Delgado, el Ing. Rubén Barocio, el Profesor Manuel Domínguez, el Ing. Mario Valdés, el Ing. Armendáriz, el Ingeniero Abundio Juárez, el Profesor Manuel Martínez Apresa, y los señores Virgilio Ahuja, Mauro Millán Mercado y Ricardo Fontes. La escuela secundaria, que posteriormente fue elevada a la categoría de Secundaria y de Bachilleres, en sus principios tuvo muchas carencias, pero el entusiasmo de sus maestros, el esfuerzo de sus distintas Sociedades de Padres de Familia, la rectitud y energía de sus directores, y la amplia colaboración de sus alumnos, lograron en no pocas ocasiones una distinción especial, como cuando el señor Licenciado Fernando López Arias, siendo Procurador General de la República, gestionó y obtuvo que la Secretaría de Educación proveyera al laboratorio de dicha escuela con dieciocho flamantes microscopios. Muchas generaciones de buenos profesionistas van ya egresadas de tan importante centro educativo.

En las postrimerías del año 1954 y a principios de 1955, se inició en esta ciudad un movimiento encaminado a la creación de una escuela secundaria nocturna, movimiento que fue encabezado por un grupo de jóvenes obreros que trabajaban como aprendices en el Taller Mecánico de Pemex en Nanchital. Las Logias Masónicas “Independiente

Mexicana I”, “Coatzacoalcos 52” y “Libertad 21”, acordaron apoyar dicho movimiento, y después de varias gestiones se logró que la nueva Universidad Veracruzana autorizara el funcionamiento de esta nueva escuela cuyos beneficios son

indiscutibles. En efecto, el 28 de febrero de 1955, en la Escuela Secundaria y de Bachilleres General Miguel Alemán se reunieron, con el Director de la misma Doctor J. Antonio Torres Septién y los profesores Manuel Martínez, Francisco Cárdenas Rojas, Jorge Ortega Delgado, Julio Vindiola López, Dagoberto Muñoz y Oscar Nava, Doctor Mario Hernández Cancino, y señores Hermilo Córdova m., Juan Lezama y José Alberto Ocampo. El Doctor Torres Septién expuso que ya había inscritos 29 alumnos, que agradecía a los catedráticos propuestos ahí presentes su disposición a impartir las clases sin retribución económica, pero que ya había recibido autorización para formar la nómina del personal docente en iguales condiciones económicas a la de la Escuela Secundaria Diurna, con el mismo programa educativo de ésta, exceptuando oficios y educación física, y que la clases comenzarían a partir del día 1 de marzo del mismo año, con horario de las 18 a las 22 horas. La cátedras quedaron distribuidas en la siguiente forma: Matemáticas, Ing. Julio Vindiola, Gramática (Lenguaje y Literatura), Profesor Jorge Ortega Delgado. Inglés, señor Juan Lezama, Biología, Doctor Pablo de la Fuente. Geografía Física, Profesor Manuel Martínez Apresa. Historia Universal, Doctor Mario Hernández Cancino. Dibujo de imitación, Ingeniero Oscar Nava. Civismo, Profesor Francisco Cárdenas Rojas. Cultura musical, Profesor Andrés Flores Cruz. El 18 de febrero de 1980, al celebrarse el vigésimo quinto aniversario de la fundación de la escuela secundaria nocturna, se comprobó que el esfuerzo de los iniciadores no fue en vano, que durante esos veinticinco años generaciones de jóvenes secundarios fueron a

nutrirse con mejores conocimientos en el bachillerato y que, si bien no todos alcanzaron sus metas, la mayoría engrosó las filas de la Universidad Veracruzana en Coatzacoalcos. En esa celebración del vigésimo quinto aniversario, fueron recordados los nombres de los primeros alumnos que en número de treinta y cinco, se anotaron originalmente, que son: Alor Celaya, Lorenzo. Borrego Priego, Ulises. Bremont Montijo, Daniel. Cruz Cruz, Hilario. Cruz Espinosa, Javier. Cruz Sulpisichi, Juli. Carbó Jiménez, Carlos. Domínguez García, Carlos. Fonseca Mendoza, Higinio. Falcón Magaña, Hugo. Portier Palma, Enrique. Franco Nava, Eduardo. García Sánchez, César. García Yépez, Octavio. González Mayo, Lucio. Hidalgo Ledesma, Rubén. Isassi Orozco, Víctor Manuel. Ibáñez Palma, Rafael. López Guerra, José. López Trujillo, Arturo. Moreno Alarcón, Aracelia. Moreno Alarcón, Moisés. Olvera Martínez, Antonio. Olmedo García, Rubén. Olmedo García, Héctor. Prieto Trujillo, Francisco. Ramírez Alor, José. Rito de la Rosa, Daniel. Rodríguez Rueda, Ricardo. Romero Fuentes, Aníbal. Salcedo Gómez, Juan. Segura Rodríguez, David. Virgen Gómez, Miguel Agustín. Vázquez Elvira, Rubén. Yépez Lovera, Ricardo. Aquellos jóvenes obreros y empleados que en 1955 tuvieron fe y deseos de saber más y que fueron auspiciados por la Francmasonería, deben sentirse orgullosos hoy, ya padres de familia muchos de ellos, por haber sido los pioneros de esta obra.

El 30 de diciembre de 1980, y en ocasión de una proposición publicada localmente para que se pusieran nombres a algunas de las calles de una colonia urbana, uno de los todavía antiguos nativos de Puerto México, hoy Coatzacoalcos, que vive, Juvenal A. Vidal Hernández, dijo por escrito al señor Presidente Municipal don Juan Osorio López, lo siguiente: “viene a mi memoria aquel digno y siempre llorado artesano de tez morrena, oriundo tabasqueño señor don Natividad A. Chablé que amara tanto esta tierra en donde aún descansa en paz, que a la misma hizo, por decirlo

así, total entrega, realizando magníficas y muy grandes obras sociales, no representando autoridad alguna. Y sólo por amor y mucho amor, fue el único iniciador creativo de la edificación de la primera escuela como obra “decente”, que más tarde llevara el nombre de Centro Escolar “Vicente Guerrero” (hasta nuestros días), habiendo sido el mismo a quien tocara colocar la primera piedra de tan magna obra y por convencimiento artesanal, con un grupo de albañiles a su mando, logró levantar la obra hasta la altura de tres cuartos de paredones, cuyo recuerdo hoy lo guarda una institución bancaria (Banco Nacional de México). No obstante, y dada su inquietud de prodigarnos a las generaciones futuras de aquel entonces, como gran benefactor voluntario a

nuestra tierra, aprovechando un interinato de la Dirección Local, logró con gran tezón introducir la red eléctrica a nuestra ciudad, ya que la misma y por aquellos tiempos nuestra pequeña comunidad se alumbraba con faroles de petróleo, porque ese beneficio solamente era exclusivo del entonces recién inaugurado Ferrocarril de Tehuantepec. A nuestro gran benefactor de esta pequeña historia hasta hoy se le tiene ignorado. ¿Por qué tanta infamia? Y todavía más, si queremos en realidad ser agradecidos rindiendo pleitesía a quienes nos debemos del principio, y hoy, nada nos piden en su bien o su provecho, no habremos de olvidar en el vehículo de la ingratitud a los también siempre recordados Doctor José Campistro de Cáceres y a su muy digno colega Doctor Armando Castellanos de la Huerta, que allá por los años veinte, formaron para bien de la humanidad y en su progreso del puerto, la primera Escuela de Enfermería y Obstetricia, precisamente en uno de los salones de la hoy demolida Escuela Vicente Guerrero, que por cierto, fue de poca duración, pero su intento y buena voluntad, fue lo primero. Y que para mejor corolarlo le tocó como Presidente

legarnos el flamante Palacio Municipal. Creo también de justicia que echemos una mirada al pasado y en lo que toca a quienes marcharon por delante en el renglón educativo y de instrucción, no podremos pasar por alto la valiosa presencia del C. Profesor Manuel Pánfilo Hernández y Carlos Alor que como primeros pioneros en su abnegada misión de maestros, tomaron parte como Director y Ayudante respectivamente de la entonces Escuela Primaria “Hijos de Juárez” iniciada en una casona de palma en la esquina de las calles Zaragoza y Morelos y que, como ironía del destino, más tarde fuera vendido el terreno para una institución bancario “Banco Veracruzano” y/o “Serfín”. Posteriormente le siguieron en su orden otros abnegados mentores, como son el ya desaparecido Profesor Guillermo Márquez y también el Profesor Ruberto Bravo, a quienes les tocara laborar en las generaciones que se formaron en la entonces llamada Escuela “Miguel Hidalgo” construida ya de madera y lámina y que posteriormente y ya en la generación nuestra se denominara “Escuela Primaria Elemental Carlos A. Carrillo”, fusionada con la Escuela de Niñas “Josefa Ortiz de Domínguez”, en donde abnegados y mal pagados maestros impartieron clases los siempre inolvidables profesores Guillermo Álvarez Echegaray (Inspector), Raúl Fuentes Calvo, Martiniano M. Chacón, Manuel García, Carmen Pérez y Soto, Elodia Casanova, Herminia García, Consuelo Salazar, Francisco H. Santos, Albertina García, Inés Morosini, Carmen Zenteno, Aurora Carpi, Ángel Baena Romero, Elvira López, y otra larga lista de maestros de gran abnegación, por cierto muy pagados y que sí debe ser perpetuada su memoria”.

Hemos considerado conveniente la transcripción anterior pues viene a completar nuestros datos sobre la Escuela Primaria de los años diez y veintes, mencionándose los nombres de los maestros que omitimos, y aprovechamos para recordar que en la escuela “Carlos A. Carrillo”, también estuvieron como alumnos Demetrio y Nicasio Rodríguez,

Jesús Chiñas Corón, Ernesto, Porfirio y Luis Toledo, Enrique Posán, Cruz Araiza, Zeferino Cañón, hermanos Sulvarán, Alfonso Hernández, Máximo, Federico y Rafael Anaya, Javier Anaya, Rosendo Guillén, José Morgan, Manuel Cortés Sánchez, Antonio Machorro, Mario, Ricardo y Juan Vidaña, Gustavo Carrillo, Eduardo, Jesús y Salvador Bozada. Igualmente aprovechamos para rectificar que la escuela Primaria de Niñas de la segunda calle de Zaragoza se llamó “Josefa Ortiz de Domínguez”, y no “Leona Vicario” como equivocadamente señalamos.

HOTELES

De los hoteles más antiguos tenemos desde luego el que, en aquellos dichosos tiempos de la “boleada” de zapatos a cinco centavos, constituía el de Cinco Estrellas, por su comodidad, por sus amplios cuartos ventilados (cuando se dejaban las ventanas abiertas, pues aún no entraba la moda de los ventiladores) y su vista panorámica del río Coatzacoalcos. Nos referimos al Hotel Colón, que de paredes de madera y techos de lámina de zinc estaba ubicado en la esquina de las calles Cristóbal Colón y Miguel Hidalgo, en el segundo piso con sus amplios corredores y

elegante balaustrada o barandal. En la planta baja o primer piso, como aquí decíamos, estaba el mejor “bar” y el mejor restaurante de la ciudad, administrado por don Cecilio Alegría. Ahí se reunían los señores de dinero y alguno que otro ciudadano aficionado al dominó, al “tute”, a los buenos licores, al billar, y a la buena mesa. En su amplio comedor se celebraban banquetes sociales y políticos, y fue lugar de esparcimiento para la juventud de entonces ya que las fiestas y los bailes de algunos “clubes” recreativos, como el denominado “Club Ilusión” ahí se celebraban. En dicho hotel se alojó el general Álvaro Obregón en 1920, cuando vino en

su campaña electoral para Presidente de la República.

Antes hubo otro hotel, también de madera y lámina y dos pisos, ubicado en la primera calle de Zaragoza, llamado Hotel California, que en el año de 1913 un incendio lo acabó.

En la esquina de las calles Hidalgo y Morelos, donde hoy está el Hotel Valgrande, existió y fue muy famoso el Hotel Carta Blanca, propiedad de la familia de don José María Sánchez quien era muy aficionado a la política y que en no pocas ocasiones se tuvo que enfrentar a sus contrarios cuando en pleno acto de elecciones venía el robo de ánforas y destrucción de mesas y sillas, como la que ocurrió en la casilla número uno, de Corregidora e Hidalgo, en la jornada electoral de don Amadeo González Caballero para Presidente Municipal, en que lamentablemente resultó herido de un balazo el Capitán García, a quien tuvieron que amputarle la pierna. En esa ocasión se encontraba en la ciudad don Adolfo Ruiz Cortines, Gobernador del Estado, quien con esa parsimonia que lo caracterizaba, cuando fue una comisión de ciudadanos a entrevistarle en el Palacio Municipal y explicar, por voz de un comerciante de loza y peltre del mercado cuyo nombre se nos escapa pero que era conocido como el Coronel Tropeleas, cómo habían ocurrido los hechos y tratar de sincerarse, don Adolfo les dijo: “No lo vuelvan a hacer”. Ya para entonces don Mariano Moreno Nextle con su ímpetu y fogosidad propios de su carácter juvenil, había comenzado a hacer sus pinitos en la política.

Otro de los hoteles antiguos del Coatzacoalcos de Ayer lo fue el Hotel París, cuyo nombre cambió después a Hotel Willis, en propiedad de la familia Torres (una de las familias más antiguas de Coatzacoalcos, cuyos varones en su mayoría fueron esforzados marinos). Estaban el Hotel París ubicado en la primea calle de Corregidora, y por muchos años fue administrado por ciudadanos chinos. En su planta baja funcionaba un restaurante de buena comida mexicana y también de buen precio (ochenta centavos la comida

corrida).

En la segunda calle de Hidalgo, uno frente al otro, se construyeron los hoteles de don Jorge Tubilla y de don Salomón Salvador, también viejos habitantes que a base de esfuerzo y tesón contribuyeron a la modernización que iba adquiriendo Coatzacoalcos, y cuyos descendientes, mexicanos por nacimiento y por amor a nuestro país, continúan contribuyendo a nuestro progreso. Esos dos hoteles, el Tubilla y el Salvador, fueron los primeros de ladrillo y cemento que conocimos aquí, pues aun el que dejó la Compañía Pearson, constructora de la llamada Casa de Piedra, en la esquina de las calles Ferrocarril y Cristóbal Colón, fue de madera y techo de lámina.

En la segunda calle del Ferrocarril, hoy Hilario Rodríguez Malpica, se construyeron el Hotel San Antonio y el Jardín.

Doña Delfina Palacios, que por mucho tiempo tuvo alquilado el Bar y el Restaurante del Hotel Colón, llevó a cabo la construcción del hotel que se ubica en la cuarta calle de Hidalgo, que primeramente se conoció como Hotel Palacios y después como Hotel Moreno.

En el terreno que antes fue de la familia de Xicoténcatl Leyva Alemán, don Jacinto Roque Lemarroy y sus hijos llevaron a cabo la construcción del Hotel Lemarroy, sito en la esquina de las calles de Zaragoza y Corregidora, que después cambió de nombre llamándose Coatzacoalcos.

Don Margarito Cortázar, por su parte, construyó en la esquina de las Calles de Colón y Juárez, el Hotel que lleva su nombre. Contiguo a este hotel, formando esquina en las calles Colón e Hidalgo, don Carlos Mortera, viejo maestro constructor que tiene en su haber la erección de nuestra elegante Iglesia San José, hoy Catedral, se encargó, por cuenta de don Matías López Cañón, de levantar los tres pisos del Hotel Oliden. El mismo don Matías, en donde estuvo

el Hotel Carta Blanca, mandó construir el Hotel Valgrande orgullo de la ciudad.

Don Carlos Pallás, que tuvo el Hotel Imperial, en vieja cason de madera y lámina de dos pisos, en la esquina de Corregidora y Rodríguez Malpica, construyó el Hotel Pallás, en las esquina de Juárez y Colón.

COSTUMBRES

Coatzacoalcos era una ciudad apacible que carecía de lo que se dio en llamar “vida nocturna”, y cuyos sitios de esparcimiento eran escasísimos. La población estaba formada principalmente de tres distinguidas capas sociales, los comerciantes grandes y pequeños, los obreros y los artesanos, que en general casi constituían una sola familia, por tratarse de una población pequeña en que todos se conocían, se respetaban y se ayudaban. Todo mundo era gente de trabajo, siendo muy pocos los que tenían alguna pasión por la política, considerando ésta en su verdadero sentido o sea el arte del buen gobierno. Si se iba a las urnas era más bien por el respeto a las leyes que por la ambición de obtener canonjías y prebendas. Recordamos que el Doctor Patraca, suplente de un diputado federal, en ocasión en que tuvo que trasladarse a la ciudad de México para ocupar la vacante del propietario de la curul, no obstante encontrarse con que su antecesor había cobrado ya las dietas de todo el periodo, no escatimó esfuerzos para ayudar a sus coterráneos que iban a solicitarle, y en no pocas ocasiones alojó en su propio domicilio a quienes económicamente estaban fregados. La costumbre aquí era de ir muy temprano al trabajo por la mañana y volver muy temprano por la noche a casa a descansar.

Las funciones de cine por muchos años fueron solamente los domingos. El cine mudo, que en cuadros por separado traía escrito lo que se había dicho o hablado en la escena anterior, era un acicate para que todo mundo se esforzara

por aprender a leer, y que de otro modo se quedaban sin entender la película, a menos que alguien le fuese leyendo los títulos pero en voz muy baja para no perturbar a los demás.

Entonces no había semana inglesa. A las escuelas primarias se asistía de lunes a sábado, aunque había descanso los miércoles en la tarde y los sábados en la tarde. Los comerciantes abrían sus establecimientos también los domingos en la mañana, y era muy raro el artesano que teniendo algún trabajo que entregar a tiempo no estuviese terminado el propio domingo.

Independientemente de concurrir a la playa a los baños de mar, en su temporada de marzo a mayo, cuando los vientos del sur dejaban tersa la superficie del mar y se podía uno bañar y nadar sin la molestia de las olas, de asistir a misa cantada los domingos en aquel caserón de madera y lámina infestado de alacranes que fue el asiento de la primera Iglesia San José, las familias acudían a caminar por los muelles, recrearse con la majestuosidad de los trasatlánticos que venían por las materias primas, observar atentamente el trabajo de los estibadores y el funcionamiento de las

potentes grúas. Otras familias hacían excursiones al ciruelar del kilómetro dos del Ferrocarril y no pocas se reunían en aquellos solares colmados de árboles silvestres, como el jobo, el zapotillo, el pionche, el uvero, el acotope, la frutilla, el tamarindo, el palo mulato, el framboyán, el higo amate, el aguacate, y que además de sombra proporcionaban la ilusión de estar dentro del bosque y de la ciudad. Una de las propiedades rumbo al Playón Norte que más se admiraba por su abundancia de vegetación, lo fue sin duda la de la familia Morossini, sin descartar desde luego, la de la familia de don Ramón y don Timoteo Pereyra que comenzaba desde la hoy esquina de Morelos y Gutiérrez Zamora.

Ya dijimos en capítulo precedente de la costumbre de los

domingos por la noche de concurrir a dar vueltas al parque Independencia, oyendo las audiciones musicales que en la parte superior del bellissimo kiosco producían orquestas locales, conjuntos de marimba, y en no pocas ocasiones la Banda de Música de la Secretaría de Guerra y Marina, cuando visitaba el puerto algún barco de guerra, o cuando teníamos la presencia del propio Secretario de Guerra y Marina, o del Jefe de las Operaciones Militares del Istmo.

Algunas familias acostumbraban excursionar por la vía fluvial, yendo a la hoy Congregación de Allende, al rancho de la familia Vela por la laguna de Pajaritos, o bien hasta Nanchital.

En tiempos de carnavales o de fiestas patrias, siempre quedaba incluido en el programa el número correspondiente a un paseo por el río y a veces hasta el mar, en embarcaciones apropiadas o en algún boque de la Armada Nacional que estuviese en el puerto. Muchas veces ese paseo gratuito para todo público se hizo utilizando algún remolcador de la Compañía de Petróleos El Águila.

Además de la costumbre de elevar pandorgas, barriletes, papalotes, palomas y otros artefactos confeccionados de varillas de caña de oate y de papel, aprovechando las corrientes de aire producidas casi todo el año por las brisas del mar, los muchachos acostumbraban poner a rodar por las calles recién aplanadas por la lluvia, y de Norte a Sur, el artefacto consistente en una rueda de cartón de unos quince centímetros de diámetro, en cuya superficie se habían recortado seis u ocho gajos simétricos, partiendo del centro, y doblados hacia afuera, formando las aletas propulsoras que el viento se encargaba de hacer girar. Uno de los juegos infantiles que estimamos se practica en todo el mundo, pero que aquí ya hemos dejado de ver, es el del aro de madera o de metal, que se lleva rodando por el suelo, impulsándolo y manteniéndolo en equilibrio con un gancho al final de una varilla.

Los adultos se entretenían con el fuego del tango consistente en colocar un carrete vacío de aquellos en que venía el hilo del número cero, a una distancia de cuatro a cinco metros de la raya señalada para lanzar una rondana o pieza circular de metal de suficiente peso, que tiraría el carrete y el dinero colocado sobre el mismo, importe de las apuestas, que ganaría quien mejor tiro tuviera para derribar el tango propiamente dicho.

Además del amplio patio de la casa de la familia de don Celso Lavié, la muchachada de aquel entonces se reunía también en el patio de la casa de don Federico Carpenter, para jugar a las canicas. Había varios juegos, como el de la rima, consistente en hacer rebotar una canica de algún muro o pared por el jugador número uno, pasando a continuación el contrario, o sea el jugador número dos, a hacer rebotar su canica procurando que ésta cayese a una distancia de la otra no mayor de una “cuarta” o un “jemo”, según se estipulara, cuarta o jemo que se medían con las manos y los dedos de la misma abiertos por quien tiraba, dándole derecho a ganarse la canica del contrario si la suya estaba a la distancia o dentro de la medida estipulada, el juego resultaba ventajoso para quienes tenían las manos bien grandes, como en el caso de Germán Vicenté quien no siempre encontraba con quién jugar a la rima por lo mismo. Aunque había en el comercio canicas de barro, éstas casi nunca se utilizaban en los juegos por su fragilidad, prefiriéndose las llamadas canicas de piedra, y en algunos casos las de vidrio o de ágata. Otro de los juegos de canicas muy usuales era el del “ron”, en el cual podían tomar parte dos o más jugadores. En el piso de tierra se pintaba un círculo, poniéndose en el centro del mismo la canica de uno de los jugadores y colocándose las demás equidistantes en la línea de la circunferencia, una por cada jugador. Con otra canica y desde una distancia apropiada donde se pintaba en

el suelo la línea de tiro, cada jugador lanzaba su tiro con la fuerza impulsora de los dedos índice y pulgar de su mano, y si lograba pegarle a alguna de las que estaban colocadas en el círculo se quedaba con ella, teniendo derecho a seguir tirando desde el sitio donde había quedado su canica de tiro, hasta que fallaba. A continuación tiraba el que tenía el segundo lugar, luego el tercero y así sucesivamente. Miguel Lavié siempre ganaba por su mucho tino.

También en los patios mencionados se jugaba a los trompos. De igual manera que en el juego del “ron” de las canicas, en el suelo se dibujaba un círculo más o menos de medio metro de diámetro, en cuyo centro se colocaba el dinero si el juego era de apuestas, o simplemente el trompo del jugador que en las eliminatorias previas hubiese quedado en el último lugar. El chiste era sacar del círculo las apuestas o el trompo “fletado”, tirando a bailar su trompo cada jugador, con derecho a quedarse con lo que lograra sacar del círculo. El del trompo “fletado” tenía derecho a usar otro trompo para rescatar el suyo, en la inteligencia de que si algún otro trompo no salía del círculo, ahí se quedaba también para provecho de quien llegara a sacarlo. Los mejores trompos se construían con madera de guayabo y sus puntas resistían más si en vez de clavos se usaban tornillos.

Antes de que llegasen los modernos juegos de béisbol, de fútbol, o de básquetbol, los chicos se divertían con el juego llamado de “las quemadas”, utilizando como campo para ello, las arenosas calles de la ciudad, entonces libres de tráfico automotriz. En una superficie no mayor de treinta metros cuadrados, en uno de cuyos extremos se colocaba el “jom” y en el otro las bases primera y segunda, todas a igual distancia formando un triángulo, se desarrollaba el juego, en el cual había dos partidos contendientes, los de adentro, o sea los que “bateaban” y los de afuera, o sea los que “servían”. Desde el jom, con la mano empuñada, el bateador en turno golpeaba la pelota blanda que podía ser de las usadas en el tenis, o de

hule huecas, o simplemente una bola amarrada, de papel o de trapo, lanzándola dentro del campo, y corría a las bases en donde quedaba “seif” si en el curso de su carrera no era “quemado” por alguno de los jugadores que servían y que estaban en el campo de juego estratégicamente colocados, quienes con la mayor fuerza física de que disponían le tiraban al corredor la pelota pegándole en cualquier parte de su cuerpo. Los de adentro seguían “bateando” y corriendo para sumar carreras, mientras que no se completaran las tres quemadas de reglamento, cambiándose entonces los papeles.

Cuando se celebraban los carnavales con su reina y su rey feo, con sus desfiles de carros alegóricos impresionantes como aquel de la Cerveza Carta Blanca distribuida entonces por los señores A. Brunet y Compañía, que además de llevar una botellota lucía la belleza y hermosura de la guapísima Celia Larsen entre otras no menos bellas y hermosas jóvenes de la época, era de admirar el colorido y bullanguería de la “Estudiantina” con que el maestro carpintero don Ángel Castro contribuía a las festividades, así como el Dragón obsequiado por la Colonia China, y el oso del señor Platas, que sujeto a una fuerte cadena le hacía bailar al son de la pandereta y con el

estribillo de “baile, baile, Carolina”. El oso del señor Playas, cuyo reloj pendiente de la cintura marcaba no las horas sino las “veintitanas pichanchas”, era inofensivo, (como comprenderán se trataba de un hombre bien disfrazado de osos), y no tenía reparo alguno en aceptar las golosinas o los tragos de licor que a pico de botella le introducían por la boca, hasta que un día, un maloso tuvo la satánica idea de meterle un cuete encendido, y desde entonces, el oso fue provisto de largas y afiladas uñas (agujas de arria) y con ello evitó que volvieran a jugarle otra broma pesada.

En la celebración de las fiestas patrias, principalmente las de Independencia del mes de septiembre, además de la quema de vistosos castillos con arte pirotécnico, para diversión de chicos y grandes se acostumbraba el “toro encohetado”, que posiblemente emulando a la tradicional estampida de los toros bravos de Pamplona, España, hacen correr a todo aquel que se encontrase en el trayecto de su recorrido, y no pocos resultaban chamuscados por los proyectiles de pólvora que dicho toro iba esparciendo, sin peligro alguno para la persona colocada debajo del mismo, que estaba perfectamente protegida con la coraza de carrizos que formaba el caparazón del animal encohetado.

Desde el día 16 de diciembre cada año comenzaban a celebrarse las tradicionales Posadas Navideñas, y desde ese día por las noches, grupos de chamacos y chamacas salían con sus ramas adornadas de papeles de colores y de faroles, yendo de casa en casa pidiendo su aguinaldo y cantando los versos apropiados para tal fin. Como no siempre se contaba con los faroles chinos, los muchachos se ingeniaban haciendo sus faroles con cáscaras de naranjas partidas a la mitad, en cuyo interior se colocaba un trocito de vela encendida. Después vino la moda de las casitas, y grupos de vecinos o de damas portando verdaderos nacimientos en sus casitas, obtenían fondos para obras benéficas de carácter social, haciéndose acompañar por buenos conjuntos de guitarras y trovadores que cantaban Naranjas y Limas.

El 30 y 31 de diciembre de cada año, vecinos entusiastas, que aún los hay y lo practican, llevaban a cabo la culminación de las fiestas decembrinas fabricando muñecos de tamaño natural, rellenos de cohetes y paja que quemarían a la media noche, después de haber visitado algunos domicilios pidiendo “una limosna para este pobre viejo, que ha dejado hijos, que ha dejado hijos, para el año nuevo”.

S.T.I.C. Con las iniciales S.T.I.C. se denomina al Sindicato de Trabajadores de la Industria Cinematográfica de la

República Mexicana, cuya Sección Número 42 radica en este puerto y tiene jurisdicción aquí, en Nanchital, en Agua Dulce y en Cuichapa.

El 11 de agosto de 1938, y bajo el nombre de Sindicato de Trabajadores Cinematógrafos, Espectáculos Públicos y Similares, los señores Abraham Vicente Enríquez, Mauro Millán, Jesús Fuenes, Maximiliano Anaya, Guillermo Clemow, Pedro Reyes Estudillo, Domingo Solano y otros, que anteriormente estuvieron formando parte del Sindicato de Dependientes y Similares, C.R.O.M. determinaron formar su propio Sindicato, al amparo de la Federación Regional de la C.T.M., que sesionaba en el mismo local donde estuvo el Frente Único de Trabajadores, o sea en la esquina de la calle Corregidora y callejón Brunet. Establecieron sus oficinas en casa propiedad de don Narciso Méndez, en la quinta calle de Hidalgo. Su primera Directiva la integraron, como Secretario General, Maximino Anaya; de Trabajo y Conflictos, Pedro Reyes Estudillo; Tesorero, María Luisa Aguilar de Anaya; de Actas, Jesús Casanova Martínez; de Organización y Propaganda, Mariano González Terán.

Del 1 al 4 de octubre de 1939 hubo un congreso en Guadalajara, Jal., en donde quedó formado el S.T.I.C., correspondiéndole al grupo de Coatzacoalcos la Sección 42 del mismo. Establecieron sus oficinas, desde 1956, en edificio propio de Allende 1207. Sus primeros Secretarios Generales fueron respectivamente Salvador Carrillo E., y Juan Téllez Vargas.

La Directiva actual del Sindicato, Sección 42, está compuesta por Carmelo Enríquez de la Cruz, Secretario General; Jesús Fuentes Sánchez, Secretario del Interior; Juan Urbano López, Secretario del Exterior; Sofía Solano de Dodero, Secretaria de Finanzas; Minerva Malpica Eguízar, Secretaria de Actas y Acuerdos.

Son sus Delegados; en el Cine Ideal, Matías Flores R. En el Cine Auditorio, Renato Gallegos Abad; en el Cine Puerto, Faustino Gómez Castillejos; en el Cine Real Cinema, Pedro Reyes Estudillo; en el Cine Puerto, Serafina Gutiérrez Solís; en el Cine Miramar, Felipe Chablé Martínez; en el Cinema 2000, Catarino R. Hernández. En Agua Dulce, Pablo Jiménez Solís; en Nanchital, Felipe de la Rosa; y en Cuichapa, Amado Hernández Rodríguez. En total la Sección 42 del STIC cuenta con 98 socios de planta y 28 eventuales. Recordamos con todo cariño a don Abraham Vicente Enríquez, a don Guillermo Clemow y al joven luchador Juan Gómez Yépez.

MISCELÁNEA

Antiguamente, cuando aún no se disfrutaba totalmente del beneficio de las Leyes de Reforma que instituyeron el Registro Civil de las personas, cuando se necesitaba saber la edad de algún ciudadano, se recurría al recuerdo de un ciclón o huracán, quizá el único en un siglo, pues la naturaleza puso a salvo a Coatzacoalcos del azote de huracanes y ciclones gracias a la defensa que para la cuenca representan los cerros de San Martín y Santa Martha, que desvían hacia el Noroeste las corrientes violentas que logran colarse del Mar Caribe por el Canal de Yucatán, en la época de tales fenómenos. Dicho ciclón, ocurrido en el año de 1888, que azotó principalmente la zona conocida como la sabana, Canticas, Las Barrillas, llegando hasta Chinameca y otros pueblos aledaños, servía de referencia para establecer la edad aproximada de cada quien, basándose en que al ocurrir el meteoro manifestaban tener ocho, nueve o equis años. Así por ejemplo, en el año de 1920, alguien que recordaba tenía más o menos quince años cuando el “ventarrón”, resultaba ser de 32 años aproximadamente.

El cálculo en esa forma sirvió al chinamecano Atanasio Basulto Armas, trabajador que fue de la Compañía El Águila y luego Petróleos Mexicanos, para localizar su acta de

nacimiento, mejor dicho, su Fe de Bautismo, en la Iglesia parroquial de Chinameca, en donde existían Libros, tal vez aún existen, registrando todos los actos sacramentales de la Iglesia efectuados en diversos pueblos de la región. Ahí vimos anotado el matrimonio de don Pedro Rosaldo con doña María Flores, lo que nos hace suponer que aún en Coatzacoalcos no se llevaba el Registro Parroquial.

Nos platica el señor Gerardo Leyva Flores, hijo del doctor José Ma. Leyva de Montes de Oca, Teniente Coronel del Ejército Constitucionalista y Médico Sanitario Federal en Coatzacoalcos, que en el año de 1913, o quizá 1912, una tromba cayó sobre Coatzacoalcos, procedente del Golfo de México, que se levantó a unos dos kilómetros de las escolleras, llevándose también por los aires a dos mujeres, hasta una altura de un metro, y dejándolas caer a doscientos metros de distancia en la misma playa. Los alumnos de la única Escuela Pública, cuya dirección tiene olvidada, pero que sí recuerdo, que ahí estudiaba el señor Javier Anaya Villazón, salieron presurosos a ver el remolino de agua de mar, que por su negrura y volumen había oscurecido el ambiente, semejando un gran embudo, con la parte ancha para arriba, encontrándose con la novedad que había llovido pescado, lo que fue confirmado ampliamente por los comerciantes pajapenses que ese día procedían de Las

Barrillas (con su carga de ostiones a cuatro reales, o séase cincuenta centavos la media costalilla), que a la vez recogieron pescado del llovido incluyéndolo en su venta. Que a su familia, bien conocida por las actividades del Doctor Leyva, le llegaron a regalar de ese pescado algunos ahijados pajapeños que tenía. Es de hacer notar que además de Médico de Sanidad Federal, el Teniente Coronel Leyva de Montes de Oca participaba, por instrucción del Presidente Venustiano Carranza, en la instalación de un tren de hospital

que circulaba de aquí por todo el Istmo y hasta el puerto de Veracruz. También el doctor Leyva había participado en el segundo brote de Revolución en Acayucan, Veracruz, en compañía del General Alemán.

Sin embargo, el señor Eduardo González Salas, quien actualmente es Vocal de la Junta Municipal de Conciliación, nos dijo que la tromba de que se ha hablado fue en 1911 ó 1912, pero si bien se levantó frente a las playas de Puerto México, fue a producir la lluvia de pescado allá en Monterrey.

El 26 de agosto de 1959, el temblor de tierra que casi acabó con Jáltipan, sólo causó daños de consideración en dos propiedades, y éstas por estar construidas en donde ya el suelo no era tan aguantador. Fueron las casa de los señores Capitán Ignacio Pimienta, Práctico del Puerto, y don Emigdio Hernández Reyes, ubicadas en el Playón Sur, en la calle Román Marín, que hasta por los años treinta todavía era zona pantanosa y fue rellenada después, casas que se sumieron.

Aunque en varias ocasiones se han sentido fuertes temblores en Coatzacoalcos, siempre los daños han sido mínimo, y según los viejos pobladores que aún llegamos a conocer, ello se debe precisamente a la constitución arenosa del suelo que cual blando lecho sirve de amortiguador a la ondas sísmicas, cosa que no ocurre en el llamado Playón Sur, que por su origen pantanoso provoca los hundimientos.

Inconsecuencia podemos decir que Coatzacoalcos está a salvo de ciclones, terremotos y aun de inundaciones, salvo algunas colonias que se inundan cuando hay lluvias torrenciales. Sin embargo de consuelo que tal salvedad nos infunde, estamos en gran peligro por causa de la contaminación venenosa del ambiente de que desaparezca toda materia orgánica, inclusive la vida humana.

Pergeñábamos las líneas de esta entrada cotidiana, cuando nos llegó la triste noticia del fallecimiento de un antiguo nativo y vecino de Coatzacoalcos, a quien teníamos

en la mira para obtener algunos datos más Del Ayer, pues fue compañero de escuela desde 1916, y después compañero de trabajo. Hasta su muerte amigo íntimo. Descanse en paz don Roque Borrego Cruz.

De la misma fuente de recuerdo que abrevamos en las ocasiones que tenemos pláticas con don Eduardo González Salas, aprovechamos este Capítulo de Miscelánea, para dar a conocer lo siguiente:

La venta de los solares que posteriormente se donaron para la construcción de la Escuela o Centro Escolar Vicente Guerrero, esquina de Juárez y Morelos, donde ahora está Banamex, la hizo don Sóstenes Vargas, allá por el año de 1895. Entre los compradores estuvo el padre de don Eduardo, quien con su familia vivían en la cuarta calle del Ferrocarril, esquina con la calle del Cinco de Mayo, teniendo como vecinos a los hermanos Daniel y Jesús Pimentel. Luego seguía doña Teresa Uriarte. Después seguía la familia Pecho, Laura y Felipa. Una de ellas fue esposa de Federico Lazz, grueso de los muelles, Después seguía doña Paula Lola, abuela de Aurorita Roberts y don Antelmo que era maquinista de la lancha de la Sanidad. En la cuarta calle del Ferrocarril había grandes pantanos que llegaban hasta la hoy calle de Bravo. Había monte en lo que después se llamó Playón Sur, con

lagartos, tortugas y pochitoques. Había casas construidas con polines altos, algunas de tabas costaneras y costales. Por ahí vivían Eduardo, César y Francisco Villa y José Cardona, entonces de trece o catorce años de edad. En la misma acera Norte seguía la casa de don Enrique Mata, que tuvo un puesto de mariscos y otro de mercería en el mercado, hermano de Baltasar Mata. Recuerdo que en donde hoy está la Casa Vasconcelos que vende instrumentos musicales, había una cuartería de madera de una señora llamada Manuelita, que tenía una escuelita particular de párvulos, existiendo en el

patio un frondoso árbol de ciruela.

En 1906 se terminaron las obras del puerto, muelles, escolleras, red de agua potable y de drenaje, y en 1907 llegó a esta ciudad el Presidente de la República don Porfirio Díaz, con un convoy de ocho trenes, con todo su gabinete, a inaugurar dichas obras y el Ferrocarril Nacional de Tehuantepec. El Presidente personalmente colocó un saco de azúcar mascabado en un cargamento que había entrado por Salina Cruz, en una corredora eléctrica, saco que se cargó en los barcos Luchenbaden, de la Hawaiian, que saldría a Nueva Cork. Había otros barcos como el Texas, el Oregon y el Massachussets, así como el Georgia y el Kentucky. El aguador del muelle se llamaba Armando Morales Vargas.

Lo que se llamó el Patio del Ferrocarril estuvo circundado por un cerco de barrotes de hierro, cerco que salía desde la Estación hasta el Kilómetro Dos. Tenía tres puertas de entrada, respectivamente a la altura de las hoy calles de Corregidora, Carranza y 16 de Septiembre, siendo la segunda de ellas por la que entraba gran cantidad de trabajadores de los muelles.

En el Kilómetro Dos había dos tanques grandes de combustible para las máquinas del Ferrocarril. Al llegar el tren de pasajeros procedente de Salina Cruz, se iba recto por atrás de la Casa Redonda llevándose únicamente los carros de carga, pues lo de pasaje que había traído y el de Correo y Express, los tomaba la máquina de patio para llevarlos de reserva a la Estación, de manera que los carros de Primera Clase llegaran por delante.

Entonces todas las máquinas eran de vapor, aunque al principio usaron leña como combustible, como las números 505 y 530, después pasaron a carbón de piedra y luego a petróleo combustible. Entre otros maquinistas estuvieron un señor Marín, casado con doña Rosa Silva. Al principio, los maquinistas casi todos eran extranjeros, algunos de la raza negra, pero al venir el triunfo del Primer Jefe Venustiano

Carranza se substituyeron por mexicana. Entre los nuevos maquinistas vinieron Mauro Armenta, Abundio, Ramón González, Joaquín Pereyra, y otros. Como Jefes de la Casa Redonda, don Eudoxio Benítez y después don Manuel Basurto. Uno de los primero Decretos del Presidente Carranza fue requisar los Ferrocarriles y todos los barcos de bandera mexicana, quedando en sus tripulaciones únicamente mexicana.

En los muelles laboraban en la carga y descarga además de los mexicanos, principalmente istmeños, grupos de chinos, japoneses, negros y hasta hindúes. No se conocían aún las máquinas de diesel ni eléctricas. El Ferrocarril fue dirigido por extranjeros desde su construcción hasta el triunfo de la Revolución de Carranza, quien puso mexicanos en la dirección, tanto en los ferrocarriles como en los barcos mercantes, y de guerra, pues aún en éstos había extranjeros. Casi todos los capitanes y maquinistas de los barcos mercantes eran españoles.

En la vía que iba por lo que hoy es malecón Ávila Camacho, bordeando el barranco y la orilla del río, no había una sola casa familiar, sólo estaba una fábrica de aguas gaseosas y hielo, propiedad de unos alemanes, la que administraba don David López Cañón, y el químico gaseosero era don

Patrocinio Sánchez. Quedaba poro más o menos al comenzar la subida de la calle Lerdo. Por diferencias con los alemanes don David López Cañón y don Patrocinio Sánchez se fueron a establecer una tienda de abarrotes, y ahí mismo una fábrica de gaseosas, en la esquina de Hidalgo y Cinco de Mayo. Don Eduardo González estuvo trabajando con ellos una temporada, como lavador de botellas, y luego, envasador de vino tinto que llagaba de España en grandes barricas, de doscientos a ochocientos litros, llamadas “bacoy”. La botella entera de vino costaba entonces (años 1911-1912) veinticuatro

centavos. Vendían jamón de pierna, español, licores varios por botella cerrada, como anís, anicete, manzanilla.

Por donde está hoy la tienda de don Amado Guzmán, esquina de Zamora y Carranza, había un montecito, y una casita que decían ser de un señor Proconio Huerta, quien tenía varios hijos. Este señor, a un molino de mano le puso una tolva y una polea que movía con motor de gasolina marca Wolverine. Ese fue el primer molino. Don Eduardo fue muy amigo de los hijos del señor Huerta, que luego se fueron a Veracruz, uno de ellos como maquinista de un barquito llamado Tecolutla. Cerca de ahí estaban la oficina y la bodega de petróleo refinado de la Waterpierce, el Gallito, que venía de Texas, Estados Unidos. Casi toda esa oficina y bodega llegaban hasta el centro de la calle hoy de Lerdo. Ahí había una gran loma. Una botella de petróleo blanco, cristalino, costaba seis centavos, y la media botella tres centavos, o cuartilla. Esto fue en 1908, aproximadamente.

En 1886 se principiaron las exploraciones petroleras que se iniciaron en Jáltipan, en donde encontraron una sustancia que dijeron era alquitrán, y no siguieron el trabajo de perforación. Se pasaron a San Cristóbal, donde salió el primer petróleo en 1903, lo que dio lugar a la construcción de la Refinería de Minatitlán, que ahora refina de otros campos menos de San Cristóbal, porque los yacimientos fueron muy pobres, según dijeron los informes, aunque nunca se supo la realidad de su política pues era muy frecuente que taparan pozos diciendo que resultaron improductivos.

El primer barco petrolero de la Compañía El Águila vino con bandera inglesa, pero fue cambiado a nacional; era el San Cristóbal, regresando a su tierra la tripulación extranjera. Por 1914 ó 1915 se quemó dicho barco en el muelle 4, donde estaba el patio de tanques y barriles. Un remolcador lo sacó ardiendo hasta mar adentro. Uno de los varios tripulantes que resultaron gravemente quemados se llamaba Antonio Mora. Otro de los quemados tuvo luego una tienda que se

llamó el Árbol de Oro.

Siendo Presidente Municipal don Máximo Cruz, candidato triunfante del Partido Laborista Mexicano formado con elementos de la Unión de Estibadores, hoy Cooperativa, uno de los Ediles, un señor oaxaqueño, chaparrito, que vivía atrás de la tienda del quemado, tuvieron una dificultad que dirimieron en el kilómetro 2 del patio del Ferrocarril. El quemado tenía su pistola y el otro llevaba un cuchillo. Aquel abatió al regidor y se fue a entregar directamente a la policía siendo asesinado dentro de la cárcel como a los cuatro meses.

En ese tiempo el señor Eduardo González, nuestro narrador, era Secretario del hospital Valentín Gómez Farías. Los salones del Hospital eran de madera y lámina con piso de cemento. Había cuatro pabellones, uno de mujeres, otro de hombres, otro de contagiosos, y otro para los enfermos mentales. En el centro estaba la casa de la rectoría y la cocina. Había una vereda, año de 1907, para ir al Hospital, que estaba muy lejos, pasando montes y pantanos. En el Hospital ejercía como internista el doctor Victoriano Montalvo. Después vino el médico acayuqueño don Pedro Patraca a cuyo cargo quedó el Hospital. Tenía el Hospital su botiquín, como substancias químicas y medicinas, para surtir las recetas, aunque algunas se surtían en la Botica Central. El personal lo constituían un Médico-Director, un Administrador, un Secretario, una afanadora, una lavandera, y

algunas enfermeras. El Director no tenía sueldo, y así estaban los demás médicos que concurrían a prestar sus servicios, como el Doctor Armando Castellanos. F. Santos, y otros.

En la construcción de las escolleras trabajó como gruelero el señor Valentín Romero, y también el señor José María Rueda que vivió en casa de la cuarta calle de Juárez, junto a la primera

construcción del licenciado Amado J. Trejo, teniendo como vecino al maestro carpintero Ángel Castro que fue quien primero introdujo en Coatzacoalcos la fabricación en serie de sillas de madera y cedro con asiento tejido de paja o bejuco. Las grúas, movidas por vapor, se trasladaban por sí mismas, utilizando la vía del ferrocarril hasta el lugar donde se tiraban al mar las moles de piedra de hasta veinte toneladas de peso. Una vez que se terminaron de construir los muelles de acero, como se les llamaba en aquella época, empezaron a venir barcos de distintas partes del mundo.

El drenaje tenía una casa magníficamente hecha de concreto y de piedra, con el techo en forma de dos aguas. Adentro de la casa había dos máquinas compresoras de aire, que eran las que desalojaban las aguas negras mandándolas hasta la punta de la escollera occidental por medio de una tubería de hierro de 12” de diámetro. Esas máquinas fueron traídas de Inglaterra. El sistema tenía cuatro sifones, uno en Los Pinos, subterráneo, otro en 16 de Septiembre esquina con Ferrocarril, otro estaba en Llave con allende, y el otro donde está ahora el Servicio Médico de Pemex, en Colón y Llave.

Los ingenieros de la Compañía Person, trazaron las ciudades de Veracruz, Coatzacoalcos, Matías Romero y Salina Cruz, siguiéndose para Coatzacoalcos el proyecto del Ingeniero Drumont, de 1890, que estableció el fundo legal desde la calle del Ferrocarril por el Sur, hasta la calle de Díaz Mirón por el Norte, y desde la Ribera del Coatzacoalcos por el Oriente, hasta la calle de Guerrero por el Occidente. Nos cuenta el señor Eduardo González Salas, pues dice que a él le consta que hubo un punto de orientación o referencia principal, colocado en el centro de la tercera calle de Zaragoza, frente a donde está hoy el kínder Turnbull de Muñoz, consistente en un compás marino o rosa náutica, colocado sobre una base de concreto, con su tapadera de lámina, con bisagras y cerradura. Era el punto de referencia o nivel. Que él y sus compañeros de escuela, cuando iban

a la “Miguel Hidalgo”, por ahí pasaban y lo veían. Quién o quiénes le quitaron el primer candado y luego la tapa, nunca se supo, y menos la desaparición completa cuando hicieron la pavimentación.

La Estación del Ferrocarril se encuentra a dos metros sobre el nivel del mar, según letrero que ahí existió. Naturalmente que nos referimos a la vieja Estación del Ferrocarril de Tehuantepec.

Continúa don Eduardo González Salas: “En 1910 tenía yo doce años de edad. Me acuerdo del viejo mercado que estaba en el mismo lugar del actual Mercado Coatzacoalcos, tenía el mismo tamaño, pero diferente forma. Era de puestos de madera y lámina. Tenía una gran noria que manaba agua abundante, suficiente para las necesidades del mercado y de las familias de la comunidad que vivían alrededor del mismo en casas de dos pisos, de madera y lámina también, todo uniforme, formando un anillo cuadrangular que rodeaba el mercado. Después, en el centro, había un pasillo como de cuatro metros de ancho, donde se expendían las verduras y hortalizas. Ya funcionaban entonces las panaderías de don Pedro Ochoa y El Noy. Carniceros: Rómulo Guízar, Sóstenes Vargas, Juan Parada, entre otros”.

Ese fue el mercado que un incendio destruyó en el año de 1915, y todavía en el año de 1916 los diversos comerciantes continuaban ocupando con sus puestos provisionales, desde la primera calle de Colón, hasta la tercera calle de Juárez. Lo puestos de pescado y mariscos, y verduras, quedaban en la calle Colón. Abarrotes, fondas y demás, en la calle Juárez. Antes nos e vendían aves aliñadas en el mercado, sino vivas. Los canates y otros productos de cacería que se vendían enteros. Una gallina costaba entonces seis reales. El kilo de carne con hueso, \$0.35, maciza \$0.70 centavos.

JUEGOS

Los muchachos grandes, en las noches de plenilunio, en sus respectivas barriadas, y cuidando que no se les pasara la hora de estar de regreso en sus hogares (9 p.m.) para acostarse a dormir, cuántas veces sudorosos y empolvados de arena, de aquella arena de las calles que las lluvias habían lavado días antes y que se antojaba tomarla por puñados gozando la delicia de ver cómo se iba deslizándose entre los dedos de las manos, se reunían para jugar al burro veracruzano. Mediante sorteo o selección de común acuerdo (nos e conocía entonces la magia del dedazo); uno de los jugadores tenía que “fletarse”, o sea, hacer el papel del burro, consistente éste en doblar la mitad el cuerpo, estando parado, a manera de formar la mesa o cama sobre la cual se iría desarrollando el juego por todos los demás, uno por uno, que se apoyaban en la espalda del fletado al pasar sobre el mismo diciendo las palabras cabalísticas adecuadas al movimiento que se iba ejecutando. “Primera, sin tocar en ella”, se levantaba una pierna y se hacía pasar sobre la espalda del burro sin tocarlo. “Segunda, bien sentado y mal arregostado”, se sentaba uno un momento sobre el burro. “Tercera, su rodillera hasta que el burro quiera”, se hincaba una rodilla sobre el burro hasta que éste se la sacudía. “Cuarta, un sentón son consideración”, se ejecutaba el sentón en forma violenta. “Quinta, la chiva se brinca”, se brincaba sobre el burro apoyándose en su espalda con las manos. “Sexta, cupatesta”, se brincaba sobre el burro dándole una nalgada al pasar. “Siete, patada y puñete”, al brincar sobre el chivo se le daba un talonazo en las asentaderas a la vez que un puñetazo en la espalda. “Ocho, para su bizcocho”, brinco y nalgada.

“Nueve, para tu nieve”, ídem. “Diez, te brinco al revés”. Este brinco se daba en dirección contraria de como fueron los otros. “Once, la onza es chorizón”, simple brinco (nunca se supo qué quería decir eso de que la onza es chorizón). “Doce, la vieja tose”, brinco. “Trece, el rabo te crece y por la

mañana no te amanece”, brinco precedido del señalamiento con la mano del lugar supuesto del rabo. Catorce, la vieja cose”, brinco. “Quince, el diablo te corte y te trinche”, brinco precedido de la acción de cortar y trinchar la espalda. “Dieciséis, para tu mamey”, brinco. “Diecisiete, para tu filete”, brinco. “Dieciocho, otra vez para tu bizcocho”, brinco. “Diecinueve, otra vez para tu nieve”, brinco. “Veinte, pasando un puente”, brinco. “Veintiuno, me voy para la casa de mi tío Bruno”, brinco. “Veintidós, para tu jicarita de arroz”, brinco. “Veintitrés, me voy para San Andrés”, brinco. “Veinticuatro, me voy para Guanajuato”, brinco. “Veinticinco, alcánzame si te brinco”. A esta guisa, el “burro” se levantaba y perseguía al brincador, que si era alcanzado le tocaría fletarse a su vez.

Las niñas acostumbraban diversos juegos, como el de la Víbora de la Mar. Dos de ellas, paradas frente a frente, en lo alto alzaban sus manos para formar con sus brazos el área de puente, y las demás, formadas en fila, pasaban por debajo de dicha área, (tal como ahora se usa en las calabaceadas de los matrimonios en que el velo de la novia es el arco bajo el cual hay que pasar en fila) y van alegremente cantando “a la víbora, víbora de la mar, por aquí pueden pasar. La de adelante corre mucho, la de atrás se quedará”. Al pasar la última de la fila, las que hacen el arco bajan sus brazos y la aprisionan, quedándose ahí junto a ellas, hasta que haya otra prisionera, pues la fila vuelve a pasar cantando bajo el arco, y se van formando tantos arcos en hilera como alcancen las jugadoras, resultando un espectáculo muy bello que semeja un puente de ferrocarril de esos que tiene su armadura de hierro en forma de casa. El juego de “Pan y Quesito”, consistía en colocarse las jugadoras individualmente en determinados lugares, casi siempre equidistantes, y cambiarse con rapidez y destreza de una “casita” a la otra, de manera que quien

queda sin lugar para ir de casa en casa preguntando por un pan y quesito y reciben la respuesta de que “en la otra casita”, tenga dificultad para apoderarse de alguno de los sitios o casitas que momentáneamente dejan vacantes las que entre sí se van cambiando de lugares. Juegan hasta que se cansan o se fastidian. Otro juego de muchachas que antes resultaba divertido, pero que al igual que los demás entretenimientos de antaño ahora resultarían ridículos, era el de “Gilito de Oro” o quizá “Hilito de Oro”, en el que formando círculo y agarradas de la mano, haciendo coro y girando a la derecha o izquierda, cantaban la siguiente historia: “Gilito, gilito de oro, yo jugando al ajedrez, le dije a una señora ¡qué buenas hijas tenéis! –Las tenga o no las tenga, yo las sabré mantener, pan y chile que yo coma comerán ellas también, zapatilla que yo calce, calzarán ellas también. Ya me voy muy enojado por los caminos del Rey. –Vuelve, vuelve, caballero, no seáis tan descortés, que de las hijas que tengo escoged la que queréis”. También había el juego cantado de “Al ánimo, al ánimo que el puente está caído. Al ánimo, al ánimo que con qué lo compondremos no tenemos dinero. Al ánimo, al ánimo, con cáscaras de huevo mandaré a componer”. O aquél otro de “Doña Blanca no está aquí, está cubierta de oro y plata. Construyamos un pilar para ver a doña Blanca”. Y ese otro en que secretamente las muchachas se fijaban cada una para sí determinado color, y otra ajena a tal secreto llegaba tocando “tan, tan”. Le respondían que qué quería, y al decir que quería un listón, le preguntaban “de qué color”, y si adivinaban al decir de cuál, se iban pasando a su bando las que resultaban señaladas.

GEOPOLÍTICA

Cuenta la leyenda que cuando el dios Quetzalcóatl determinó retirarse de su amada Tula, emprendió viaje al Oriente embarcándose aquí en Coatzacoalcos en una balsa, y con apariencia de serpiente emplumada desapareció de la

vista de los pobladores de esta región y de quienes lo habían acompañado desde la alta meseta de Tenochtitlán, para ir a convertirse en el lucero del crepúsculo. Quizá de ahí nació el nombre de nuestra actual ciudad, ya que Coatzacoalcos en náhuatl quiere decir “el lugar donde se escondió la culebra”.

Los navegantes españoles, compañeros de la expedición de Hernán Cortés que salió de la isla de Cuba, en su recorrido por estas costas vinieron a conocer la existencia de nuestro río Coatzacoalcos, que posteriormente exploraron y por lo inhóspito de las playas contiguas a su desembocadura, se fueron río arriba para establecer un poblado a unas cuatro leguas de su desembocadura, en terrenos conocidos como Barragantiglán, poblado al cual le pusieron por nombre Villa del Espíritu Santo, que no duró mucho tiempo, ya que al incrementarse la acción de los bucaneros o piratas que desde sus madrigueras o refugios en el archipiélago de la Antillas acostumbraban llegar con sus vandálicas depredaciones hasta tierra adentro, sufrió destrucción y el pillaje, desapareciendo totalmente pues sus pocos moradores huyeron hacia otros poblados selváticos para salvar cuando menos la vida. Se infiere que gente acostumbrada a la pesca marítima fue poblando poco a poco la playa de la margen izquierda del Coatzacoalcos para dar lugar a la formación de la base de lo que al correr de los años vendría a constituir nuestro actual Coatzacoalcos.

La idea de unir el Atlántico y el Pacífico por medio de un canal, aprovechando las aguas navegables del Coatzacoalcos hasta más allá de los límites del hoy Estado de Oaxaca, y después las corrientes fluviales que desembocan al mar en aquel Estado, fue un sueño tanto para los conquistadores y colonizadores españoles, como de nuestros gobernantes cuando consumada la Independencia que iniciara don Miguel Hidalgo y Costilla, ya teníamos una patria definida,

y también, después, por visionarios hombres de empresa. Se organizaron expediciones y se hicieron estudios que jamás se llevaron a la práctica, optándose por comunicar ambos océanos por medio del Ferrocarril de Tehuantepec. Vino el auge con el tráfico internacional Coatzacoalcos-Salina Cruz, a partir de 1907, que decayó verticalmente cuando comenzó a funcionar el canal de Panamá.

Los asentamientos humanos en la margen izquierda del río Coatzacoalcos, antes de tomar su nombre actual, constituían poblado rudimentario conocido con el nombre de La Barra.

En los años 20 del siglo pasado, sin contar aún con muelles u otros dispositivos, el Gobierno tuvo a bien considerar disponible para el tráfico de altura al poblado de Coatzacoalcos, teniendo que rectificarse tal consideración y pasando a Minatitlán, la ejecución de las maniobras y trámites aduanales correspondientes.

En 1840 Coatzacoalcos quedó incluido en la jurisdicción distrital de Minatitlán, considerándosele como Ranchería. Antes dependía de Ixhuatlán. Posteriormente queda incluida en lo que fue Cantón de Acayucan, la Villa de Coatzacoalcos. Su nombre de Coatzacoalcos se cambia al de Puerto México por el Gobernador Teodoro Dehesa en el año de 1890, y se le restituyó su antiguo de Coatzacoalcos en noviembre de 1936, siendo Gobernador del Estado el licenciado Miguel Alemán Valdés. Coatzacoalcos fue elevado a la categoría de Ciudad según decreto Num. 14 expedido por el Gobernador León Aillaud el día 1 de julio de 1911. En el año de 1916 la ciudad no tenía más de ocho mil habitantes.

El 22 de diciembre de 1984, por acuerdo de la Comuna presidida por el Licenciado Juan Hillman Jiménez, se llevó a cabo una ceremonia en el Teatro al Aire Libre de Nuestro Parque Independencia, para conmemorar el CIII Aniversario de fundación del Municipio de Coatzacoalcos (que no había sido posible hacerlo el 14 de dicho mes por causa del mal tiempo) y en dicha ceremonia dijimos lo siguiente:

“En este acto se conmemora uno de los acontecimientos que nos merecen respeto y cariño, o sea la elevación al rango de municipio, comparable a la obtención de la mayoría de edad, decretada por el gobierno de nuestro Estado el 14 de diciembre de 1881, a la entonces todavía Congregación de Coatzacoalcos. Por lo tanto, en este mes, se cumple el Centésimo Tercer Aniversario de la distinción concedida por su importancia al poblado. ¿Cómo nació y cómo fue desarrollándose hasta la magnitud que hoy ostenta? Es lo que basado en los que otros han investigado y lo que el suscrito ha vivido trataré de reseñar. De lo que cuenta Bernal Díaz del Castillo, historiador de la conquista de la Nueva España, se desprende que el navegante español Gonzalo de Sandoval, en el año de 1518, descubrió la barra de nuestro río Coatzacoalcos, que con su margen izquierda bordeaba una isla cubierta de alta y abundante vegetación. En efecto, la tierra firme en cuya parte nororiental está enclavada nuestra ciudad y puerto de Coatzacoalcos, no es sino una isla, circundada al Norte por el mar, al Oriente con el río de su nombre, al Sur y Occidente por el río Calzadas y la Laguna del Ostión que desemboca en las Barrillas. A la fecha, algunos la recuerdan con el nombre de Isla Mariana, nombre que desde luego le fue puesto por los conquistadores de nuestra Patria, al comisionarse a Diego de Ordaz por Hernán Cortés para explorar el río y sondear la barra. En los años de 1522 ó 1523, comisionado por el propio Hernán Cortés, funda Gonzalo de Sandoval la Villa del Espíritu Santo, aguas arriba y en la margen derecha de nuestro río, que tiempo después desapareció al ser atacada y destruida por el pirata Lorencillo. Algunos de los sobrevivientes que huyeron, vinieron al lugar que había de ser el asiento definitivo de nuestra urbe actual. Ni la fuerza de los vientos en la época de nortes, ni la incomodidad de vivir entre las arenas de los médanos, pudieron impedir

que poco a poco se fuera agrandando el poblado, y aunque siempre hubo la intención de construir un canal que uniera el Golfo de México con el Océano Pacífico, todo quedó en proyectos y designaciones. Cuando desaparecieron los catorce Cantones en que estuvo dividido el Estado de Veracruz y se formaron los Distritos Judiciales, Coatzacoalcos siguió perteneciendo políticamente a Minatitlán, hasta que posteriormente se constituyó en Distrito también. Al ponerse en servicio el Canal de Tehuantepec, quedó el puerto sumido en su acostumbrada quietud, vino la devaluación de la propiedad (todavía en 1930 los solares del Municipio en la tercera calle de La Llave se vendieron en ochocientos y mil pesos cada uno). Coatzacoalcos quedó reducido a partir de 1915, como dijera el músico poeta Agustín Lara, en puerto de pescadores que arrulla el mar. Los muelles y las grúas siguieron trabajando para el tráfico de altura y cabotaje. Chiapas, Tabasco y nuestra región de Sotavento, producían café, plátano, cacao, tabaco, maderas preciosas, azúcar, piña, maíz y hasta frijol para la exportación. Del extranjero nos llegaban cemento, vinos, quesos, jamones, lámina acanalada, harina, manteca, maquinaria, etc. Y el dólar no llegó a estar a más del dos por uno, circulaba el oro y la plata, había leche fresca suficiente, carnes en abundancia y en fin, con recursos propios subsistía Coatzacoalcos, que de ocho mil habitantes en 1916 llegaba actualmente a más de trescientos mil. El primer Presidente Municipal de Coatzacoalcos fue don Ambrosio Solorza, y aunque en algunas ocasiones tuvimos que soportar los Concejos Municipales, en general podemos decir que todos nuestros gobernantes dejaron su huella de cultura o de progreso en su actuación. Citaremos unos cuantos ejemplos: el doctor Pedro Patraca construyó el primer Palacio Municipal digno de tal nombre, pues desapareció el palomar, conocido como Miramar, en que por mucho tiempo estuvieron las oficinas municipales y judiciales, calle Corregidora esquina con

Lerdo. El doctor Armando Castellano de la Huerta construyó el segundo Palacio Municipal, elegante y digno. Don Amadeo González construyó el Parque Deportivo Miguel Alemán y el Mercado Constitución. Don Abel N. Toache, entre otras obras, delimitó el Panteón Municipal y erigió el monumento a don Venustiano Carranza. Don Taurino Caamaño nos dejó el Auditorio Municipal y las obras de captación de agua potable de Canticas. En el periodo de don Pedro H. León se inició la construcción de la Escuela o Centro Escolar Vicente Guerrero, en la esquina de las calles Juárez y Morelos, en los solares que bondadosamente cedió a la población don Anacleto Natividad Chablé. Don Luis Toledo Barradas construyó las Escuelas Niños Héroe y 20 de Noviembre. Don Mariano Moreno Nextle hizo el Mercado Morelos. Don Arnulfo González construyó el Penal de Palma Sola. Don Cristóbal de Castro nos quitó el Teatro al Aire Libre que el hoy desaparecido ingeniero Abelardo Figueroa construyera en tiempos del alcalde don Benjamín García, pero nos dejó una fuente monumental en el Parque Independencia. Después de los primeros años de la expropiación petrolera, cuando por las gestiones del Presidente de la República don Miguel Alemán se incrementaron la exploración y explotación de nuestro principal recurso no renovable, y se inició también la explotación del azufre y su correspondiente exportación, Coatzacoalcos, como el Ave Fénix, no de sus cenizas, porque no había sucumbido sino que estaba de pie, con el valor y el esfuerzo de sus habitantes, inició su arranque hacia una meta que no nos podemos imaginar por su inmensidad. Empresas constructoras de plantas, de carreteras, consorcios de transportación, de servicios, de comunicaciones, etc., hacen pensar en un futuro feliz, solamente empañado por algunas lacras, como la falta de seguridad para el ciudadano humilde, que sólo con inteligencia y honestidad se podrán erradicar.

Panorama actual, una ciudad limpia, que a ritmo acelerado aumenta la electrificación de sus colonias, la introducción de las redes de agua potable, la pavimentación que cual reptil imponente avanza y avanza, cubriendo más y más las calles, para beneplácito de todos”.

Este final del discurso tan lleno de optimismo, se empaña violentamente con el monstruo de la contaminación que amenaza impedir que todo organismo y ser viviente pudiera llegar al año 2000.

EL LÁPIZ ROJO

Debe haber sido por el año de 1920 que tuvimos conocimiento de la presencia en Coatzacoalcos, entonces Puerto México, de la familia de don José Vicenté Valdés, originario de la Isla de Cuba, y de su esposa doña María Sánchez Pérez, propietarios que fueron de una casa construida de ladrillo rojo, del que hacían los hermanos Ramón y Timoteo Pereyra en su gravera del kilómetro 17 del Ferrocarril, casa ubicada en la tercera calle de Zaragoza la cual después vendieron yéndose a vivir a una casa de material como inquilinos del doctor Victoriano Montalvo en la cuarta calle de Hidalgo, casa que actualmente sufrió una transformación con la magnífica remodelación que hicieron sus actuales propietarios, la familia del arquitecto Milton Todd Colorado. Seis hijos hicieron la felicidad del matrimonio Vicenté Sánchez: Germán, Alberto, Alicia, José, Rodolfo, y Antonio. Dos de ellos ya fallecieron, Germán que casó con María del Carmen Lara Céspedes, y José esposo que fue de Amalia Torres cuyo padre tuvo una panadería en Allende Sur. Alberto, Rodolfo y Antonio se matrimoniaron respectivamente con Victoria González, Dolores Jiménez e Inés Ledesma. Los nietos de don José Vicenté y de doña María Sánchez, son: Martha Vicenté González, Rodolfo, Carlos Alberto y Sergio Vicenté Jiménez, y José Antonio, María Inés, Patricia, Alicia Eugenia y Carlos Alberto Vicenté Ledesma.

Don José Vicenté Valdés tuvo una papelería e imprenta en un local construido en propiedad de la familia Carpenter, en la segunda calle de Juárez, negocio que se llamó desde entonces El Lápiz Rojo. Pocos años después, la imprenta el Lápiz Rojo se pasó a un local de ladrillo rojo y techo de lámina ubicado en la tercera calle de Corregidora, en donde Germán y Alberto, que ya habían terminado la escuela primaria, ayudaban a su padre, aquél como prensista y Alberto como cajista. Esto fue en los años de 1923 al 38, cuando habiendo adquirido medio solar en la tercera calle de Hidalgo, el maestro albañil don Victoriano Rodas les construyó a los hermanos Vicenté Sánchez el edificio de dos pisos en cuya parte baja está hasta ahora la imprenta, con el mismo y primitivo nombre de El Lápiz Rojo. Aunque no era la única imprenta en Puerto México, siempre había mucho trabajo en ella. Ahí se elaboraban en exclusiva los programas de las funciones del Cine Lux, hoy Cine Ideal, anunciando las películas italianas de la U.F.A., y las mexicanas del director Manuel Contreras Torres, sin faltar las americanas de Eddie Polo, Art Accord y otras que venían en episodios. Don José Vicenté Valdés editó el primer diario de la ciudad llamado “El Juvenal”, del que no nos ha sido posible conseguir un solo ejemplar. También se editó en la imprenta El Lápiz Rojo, el periódico semanal llamado “El Escolar”, de los alumnos del Quinto Año de Primaria de la Escuela “Carlos A. Carrillo”, en 1922.

PAJAPAN

Exceptuando las hortalizas de los chinos establecidas al sur de la ciudad, fuera de los límites del Patio del Ferrocarril, y lo que por río llegaba de Allende y Pajaritos, Coatzacoalcos no tenía propiamente producción de alimentos vegetales (como ni la tiene hoy), pues la tierra aprovechable, el occidente de la calle de Guerrero, donde terminaba el fundo

legal, y en poca extensión, se dedicaba a la siembra de zacate principalmente para alimentar a las bestias de carga, pues los ranchos de ganado quedaban fuera de la jurisdicción, aunque muchos de los habitantes a principios del siglo cultivaban en sus patios, para consumo doméstico, además de árboles frutales, caña de azúcar, hierbabuena, ruda, albahaca, chipile, chaya, acuyo, chile piquín, chilpaya, zacate limón, verdolaga, camote, yuca, sandía, melón, calabaza, tomate, cebollón, quelite, chayote, etcétera.

Del Estado de Oaxaca, por el Ferrocarril de Tehuantepec, y de la Región de Maltrata y del Estado de Puebla, por la vía del Ferrocarril de Veracruz al Istmo, se recibía todo lo demás, sin descontar el Estado de Tabasco y la región de Acayucan, San Juan Evangelista y San Andrés Tuxtla. Proveedor potencial de maíz siempre lo fue el Estado de Chiapas, de donde también venía manteca de cerdo.

Sin embargo, era una tradición y se esperaba siempre con ansiedad la llegada de los campesinos-comerciantes de Pajapan, municipio enclavado en los alrededores de los cerros de San Martín y Santa Martha y reconocidos sus habitantes como gente laboriosa y muy productiva. Hacían su camino de Pajapan a Coatzacoalcos, generalmente por la playa, cruzando en cayucos o balsas el brazo de mar denominado Las Barrillas. Unos venían a pie, y otros en bestias que no siempre montaban, cargando sus costales de frijol, de maíz, y sobre todo los blanquillos (taxis) que bien empacados y amarrados en horas de mazorca de maíz, eran preferidos por las amas de casa, ya que aún carentes de vías de comunicación llegaban más frescos que los procedentes de Maltrata. Aprovechaban los pajapeños su viaje para tener de pasada de la Laguna del Ostión, este sabroso molusco pequeño de tamaño, pero muy agradable en sabor, siendo su precio en aquel tiempo tan bajo, que una docena de ostiones en su concha, con su limón y salsa dulce o picante, los vendía en su puesto de mariscos don Isidoro Maceda, tan sólo por

treinta centavos. Además del maíz y del frijol, considerado éste tan bueno como el de San Andrés, pero mejor que el de Chiapas, traían algunas frutas, como mango, sandía, icaco, papaya, zapote mamey, pomarrosa, guaya, ciruela, tomate chiquito, y algunas otras.

En su viaje de regreso aprovechaban a llevar algunos artículos de que carecían, como el petróleo para su alumbrado, jabón, telas (manta principalmente), machetes, clavos, tarpalas y otros útiles.

Considerando el pueblo en general de Coatzacoalcos que la aportación alimentaria que hacían los campesinos-comerciantes de Pajapan era de primer orden y de gran necesidad, no pocas veces se manifestaba la protesta unánime por la exacción que algunos agentes fiscales pretendían efectuar en la reducida economía de nuestros proveedores, exigiéndoles pago de impuestos y llegando a decomisarles su mercancía cuando no cubrían la cuota señalada. Entre los principales defensores de los pajapeños para que se les eximiera de todo tributo alcabatorio, y sin miedo a represalias o atropellos destacaban siempre Lorenzo Torea, Manolo Arriola y don Isidoro Maceda.

Allá por el año de 1962, narramos viaje efectuado al pueblo de Pajapan, que nos permitimos reproducir para que se evalúe la diferencia de ayer a hoy: Vamos a Pajapan. La partida estaba fijada para las seis de la mañana, ya que la camioneta que vendría por nosotros debería salir a las cuatro del mismo día del pueblo que deseábamos visitar. Pero no fue sino hasta las doce, por razones que no viene al caso mencionar, que emprendimos el viaje. Cuántos años habían transcurrido sin que se nos presentara la oportunidad de conocer el pueblo de Pajapan, y la ocasión actual no la íbamos a dejar pasar. La ruta obligada y actualmente la única, es la que nos conduce primero, por la antigua carretera de este puerto a Minatitlán.

Trece kilómetros de lo que antiguamente fuera una vía de comunicación en perfecto estado, pero que ahora es sencillamente una ruina, no obstante la infinidad de ranchos que se suceden de lado y lado, con potencial económico y con necesidad de la comunicación. Nos acordamos del General Durán, aquel digno Jefe de la Guarnición Militar, a quien se debió la iniciativa de este camino carretero, y nos acordamos también de los cinco centavos aumentados a cada botella de cerveza “vieja” y por el terreno de don Carmen Riquer, utilizando la brecha y el rústico carril, con camellones que no permiten el paso sino de vehículo de piso alto, continuamos hacia la Congregación de Las Barrillas. Son aproximadamente otros trece kilómetros de piso arenoso, con infinidad de curvas, subidas y bajadas, las que hay que recorrer, pasándose también por ranchos que destacan por su ganadería escogida, mencionándonos los de los hermanos Martínez y el de Chan, entre otros. Hay grandes sabanas, como también grandes matorrales, y a medida que uno se acerca a Las Barrillas, se hace más tupida la vegetación.

Divisamos el mar cuando llegamos al caserío. Previamente nuestra vista se ha recreado con la exuberancia que muestran los sembrados de maíz, y la abundancia de cocoteros.

Llegamos a la Escuela de la Congregación, y ahí nos damos cuenta del adelanto que llevan los trabajos de construcción de la cancha para juegos de volibol y básquetbol. En una rústica balsa, hecha con tambos vacíos de petróleo y con maderas rollizas, amén de algunos tablones para el acceso y descarga, cruzamos el brazo de mar por el cual desagua la Laguna del Ostión, balsa que únicamente permite un solo vehículo; ya del otro lado, se inicia el acceso a la tierra que nos era desconocida.

Una hora de camino, primero de terreno arenoso en donde crecen silvestremente los icacos cargadísimos de fruta, y luego por la agreste montaña, en terreno rocoso y resbaladizo, subiendo, subiendo siempre, nos pone en los

aledaños del pueblo de Pajapan, admirándonos de la cantidad de árboles frutales, sobre todo de zapote mamey, que ahí se cultivan. Un poco más adelante, y ya estamos en el corazón del pueblo, una meseta en plena sierra que, según nos dicen, está a 1,200 metros sobre el nivel del mar.

Es un espectáculo maravilloso el que se presenta a los ojos del viajero. La montaña conocida como Sierra de San Martín, que desde nuestra playa en Puerto vemos tan alta y tan lejana, ahora está ahí nada más, y sin dejar de ser bonita, ya no está tan alta. Subimos al cerro llamado Pelón, y desde ahí contemplamos un profundo valle y el cerro de San Martín a nuestra altura.

Clima agradable, brisa constante, lo azul de la montaña, las atenciones que nos prestan autoridades y vecinos, nos hacen pasar unas horas deliciosas. Hemos venido a conocer un pedazo de nuestro Estado Veracruzano, tan cerca y a la vez tan lejano, por la falta de una buena vía de comunicación, y qué mejor ocasión que ésta en que se está celebrando la festividad de San Antonio.

Nuestros anfitriones son, desde luego, el Presidente Municipal Nemesio Antonio, el Síndico Juan Martínez Encarnación, el Regidor Primo Facundo Antonio, el Tesorero Municipal Fernando Pereyra, el hermano de éste, Lucio, que es Juez Auxiliar Municipal; y sobre todo el Secretario del Ayuntamiento y a la vez Director de la Escuela, el buen amigo profesor Guillermo Salinas Mendoza. Con bebida espumosa de moderación damos cuenta de unos lomos de venado asado y de dos gallinas asadas al pastor. Luego nos encaminamos a la plaza principal, en donde todo es bullicio y alegría, saludamos al cura señor Élfego Rico que vino desde Puerto a oficiar, y nos mezclamos con el pueblo que celebra su fiesta de San Antonio, aun cuando se nos dice que la titular es la del 8 de marzo (San Juan de Dios).

La tarde que ha transcurrido agradablemente, amenizada la reunión con las alegres notas del Conjunto Musical que aquí tienen formado, va a transformarse en noche. El pico de la montaña comienza a cubrirse con su manto de nubes, que ya los rayos del sol apenas iluminan. A contra luz se destaca lo que fuera flamante Palacio Municipal pero que por efectos del macrosismo de 1959 quedó inhabitable. Pasamos a cenar a la casa del Secretario del Ayuntamiento, y con las primeras sombras emprendemos el regreso, pensando que quizá algunos de nuestros representantes en las Cámaras esté ya tratando de lograr para Pajapan su incorporación a la vida civilizada.

Hasta ahí lo decíamos en el año de 1962. Gracias a Dios y a la buena voluntad de los hombres se cumplieron nuestros deseos: Don Taurino Caamaño en su paso por la Legislatura Veracruzana, gestionó y obtuvo que se construyera un camino carretero que unió la Transístmica con San Juan Volador, pasando por Chinameca, Oteapan, Xacalapa, San Pedro Soteapan, Mecayapan, Tatahuicapan y Pajapan, camino que se ha conservado transitable menos hasta el Campo de la Hidroeléctrica, ya que el resto del camino está muy deteriorado.

Grandes proyectos, aunados a grandes préstamos del extranjero, para inclinar más la cerviz y continuar bajo la férula del gran amo, que a semejanza de los peones de las haciendas del tiempo del porfirismo deudores de por vida y endrogándose cada día más con el hacendado, tenían que servirle indefinidamente, trajeron a la región de Pajapan y Las Barrillas el programa de la construcción de un nuevo puerto dizque industrial, aunque a los ya existentes se les dejara abandonados en sus necesidades apremiantes de conservación, mejoramiento y ampliación. Millones de pesos, parte de las millonadas de dólares que debemos a los depositantes de sus ahorros en los Bancos de Nueva York, Londres, París, Tokio, Roma, etc., ilusoriamente se gastaron

en el Proyecto del Puerto del Ostión, que por su propia inutilidad se vino abajo, pero no sin antes arrasar con las ya cimentadas agricultura y ganadería de tales regiones.

Ahora los antiguos campesinos-comerciantes de Pajapan vienen a Coatzacoalcos, no a traer sus ancestrales productos de alimento y vida, sino a comprar maíz y otros artículos que ya no siembran por efectos de la civilización. El panorama es muy distinto al descrito en nuestra crónica de 1962. Lo confirma nuestro amigo Dimas López Castillejos, quien con frecuencia pasa en su helicóptero por Las Barrillas y Pajapan creyendo que esa zona devastada se semeja a Los Ardenes o Verdun, después de sufrir los estragos de las grandes guerras mundiales.

IMPRENTAS

En un concurso patrocinado por una revista española, hará veinticinco o treinta años, respecto a qué o cuál había sido el invento que mejores beneficios dio a la humanidad, resultó ganador el invento del gran Gutenberg, o sea la Imprenta, ya que por medio de la palabra escrita se transmite educación, cultura y progreso, cuando buen uso se hace de la libertad de imprenta, pues como aseveró don Miguel de Cervantes Saavedra, en su inmortal Quijote de la Mancha, es la lengua el mejor platillo como lo es también el peor, según se le use, en forma metafórica. Si muchos de los conocimientos adquiridos por los hombres prehistóricos se hubiesen escrito, no se habrían perdido en el devenir de los tiempos, teniendo que conformarnos con lo poco que se ha obtenido de las pinturas rupestres, en los jeroglíficos de las estelas y de los códices.

En el transcurso de la segunda década del siglo XX, había en Coatzacoalcos, además de la imprenta del señor Natividad Chablé, la de don Rosalino Palma en su establecimiento

“El Arca de Noé”, ubicada en los bajos de lo que fue Casa de Huéspedes La Central, ubicada en la segunda calle de Corregidora. No estamos muy seguros, pero nos parece que en la imprenta de don Rosalino se editaba el semanario Istmo.

Debe haber sido por el año de 1920 ó 1921, cuando don José Vicenté Valdés estableció en la segunda calle de Juárez, su papelería e imprenta “El Lápiz Rojo”, que luego se pasó a un local en la tercera calle de Corregidora, más o menos donde están ahora los Bonos del Ahorro Nacional, dejando de ser papelería y quedando solamente como imprenta. Ahí lo ayudaban sus hijos Germán y (Ponce 1) Alberto, pues José, Rodolfo y Antonio aún estaban chicos. Además de su prensa, movida por medio de pedal, contaba con una guillotina también mecánica, y un buen surtido de tipos de las distintas medidas. Cada mes, usando fuego de leña, se fundían los rodillos de hule que habrían de reemplazar a los que estaban en uso en la prensa. Esta imprenta tenía una exclusiva la impresión de los programas del Cine Teatro Estévez, cuyo nombre cambió luego a Cine Lux, y ahora Cine Ideal. El Lápiz Rojo se cambió a su edificio de dos pisos de la tercera calle de Hidalgo, donde actualmente continúa.

Don León Malpica, don Antonio Garza Ruiz, don Manuel Ramos y don Juvenal A. Vidal H., también tuvieron imprentas establecidas y publicaron periódicos semanarios entre ellos El Observador, Diario del Istmo y El Zopilote y La Nigua.

FUNDADORES DE COATZACOALCOS

Aún nos falta describir el resto de las calles que formaban en sí, hasta el año de 1930, el fundo legal de la Ciudad, desde la calle Rodríguez Malpica hasta la playa, y desde la calle Bravo hasta la de Colón, pero esto será para cuando haya ocasión de producir una segunda parte de estas más bien memorias que datos históricos, o cuando tengamos tiempo y disposición para hacer el catálogo de las familias que vinieron

a dar su aporte para los cimientos de este coloso llamado con toda razón “La Puerta del Sureste”. Con la súplica muy atenta para quienes se tomen la molestia de leer lo que hemos escrito, por las fallas y errores en que hayamos incurrido, y por dejar de mencionar en la lista que a continuación presentamos alguno de los importantes precursores de este querido terruño, precursores de la época actual, que la anterior desconocemos, vamos a concluir nuestro humilde trabajo conformándonos con que un solo 1% pueda ser de utilidad para el fin perseguido en este concurso: Doña Paula Godínez (cariñosamente doña Paula Lola), bisabuela del dinámico e inquieto periodista Ricardo Domínguez Roberts. Don Pedro Ruiz, tronco de numerosa familia. Don Ignacio Vela, don Pedro Rosaldo, don Jorge Caballero, don Ambrosio Solorza, don Juan Cruz Carrillo, don Manuel Bringas, don Ismael Pavón, el Doctor Leyva, don Pedro Téllez, don Ramón y don Timoteo Pereyra, señor Morosinni, don Manuel y don Alejandro Bringas, don Fernando Segovia, don Juan P. Larsen, y ahora, para seguir un método, diremos por profesiones, aclarando que se mencionarán todos aquellos de quienes nos acordemos, que ya estaban en Coatzacoalcos hace cincuenta años por lo menos:

ABARROTEROS: Don Nicanor González y don Manuel Soberón, don Francisco Puig Villar, el señor Chiu, don José María Ruiz, don Jorge Tubilla, don Saturnino Domínguez, don Manuel Castellano, don Ramón Madrazo Salinas, los hermanos Samuel, Celso y Ramón Madrazo, don Pedro Zavala.

ABOGADOS: Licenciados Jacinto Pereyra, Amado J. Trejo, Juan de Dios Rodríguez, Octavio S. Carrión, Víctor Manuel Rueda, Hipólito Jerezano.

AGENTES ADUANALES: Tomás Ruiz, Manuel Candanedo, Aurelio Camporro, Raúl Ramos, Miguel y Francisco Guzmán,

Federico Anaya, Mateo Rosales.

ALMACENES DE ROPA: Salomón Lotfe, Miguel Yunes, Juan Seeman, Said Tanus, Salomón Salvador, los hermanos Ayache, Julián Habib, María Férez.

BOTICARIOS: Don Gonzalo y don Máximo Ávila, don Polito González, don Guillermo Díaz, don Manuel Montalvo, don Gilberto Esparza, don Carlos López.

BILLARES: Don Celso Lavié, don Alejandro Bringas, don Francisco Orozco, don José Gómez Absalón, don Pepe Sánchez.

BARES: Don José Gómez, don Vicente Orozco, don Porfirio Rodríguez, don Mardonio del Ángel, don José Argüelles, don Guncho, don Pablo Ríos, don Manuel Moreira, don Saturnino Prieto, Benito Suyama, M. Mariño.

CAL: Don Carlos Sarabia.

CEMENTO: Don Manuel M. Castellanos, don Pedro Rosaldo.

CAMIONES Y AUTOMÓVILES: Juan Osorio López, Blanca Candanedo.

CAMISERÍAS: Don José Lavié, señor Ferreiro.

CARPINTEROS: Pelayo Cuesta, José Celaya, Miguel Santos Piquet, C.C. Williams, los hermanos Colorado, don Fernando Castro, don Salvador Ordóñez, los hermanos Fidel y Rogelio Ordóñez, don Celestino Vázquez, don Atanacio Basulto, don Afonso Granados, Salvador Silva, José Caba, Sr. Naa.

CONSTRUCTORES ALBAÑILES: Don Abundio Ortiz, don Carlos Mortera, don Pablo González, don Caralampio Figueroa, Chambelona.

CERVECEROS: Don José Vega Carballedo, don Nicanor González Orozco, don Pedro Figuerola.

CONTADORES: Francisco España Orozco, Abraham Rodríguez Ch., Guillermo Pintos Lacunza.

CONSTRUCTORES DE CAMINOS: Don Leandro García, don Cástulo Lagunes.

DENTISTAS: Don Geo Lerch, don José Escamilla Andueza,

don Gútemberg Díaz, Carlos Orlaineta.

DULCEROS: Don Baltazar Mata, el turco Chambrú, nombrado “Cachejé”.

ELECTRICISTAS: Maestro Varguitas, Maestro Vergara, Alfonso Florencia.

FERRETEROS: Emilio Frank, Agustín Brunet, Carlos Pallás, Carlos Krausse.

FERROCARRILEROS: Don Juan González, don Endoxio Benítez, don Manuel Basurto, don Manuel Flores Curiel, señor Bribiesca, Demetrio Vallejo.

FOTÓGRAFOS: Señor Geo Lerch, don Joaquín Aldana, don Joaquín Vázquez, don Guadalupe Antonio Ávalos, don Alfonso Gutiérrez.

GANADEROS: Don Manuel Bringas, don Manuel Vidal y sus hijos Donato y Augurio, don Donato Alor, don Rodrigo Rosaldo, don Miguel Pons.

GASOLINA Y LUBRICANTES: Don José Ramón Baca, don Jacinto Roque Lemarroy, don Ismael Pavón, don Manuel Díaz Cueto, don Amadeo González Caballero.

FRUTAS Y LEGUMBRES: Don Luis Cázares, don Facundo Conde.

HELADOS Y NIEVES: Don Francisco Sánchez, don Fructuoso Soto.

HERREROS: Don Antonio Rodríguez, don Pedro Serrat, don Calixto Fernández.

CARBONEROS: Don Antonio Martí, don Chema Rueda, el japonés de la esquina de Juárez y 16 de Septiembre.

FONTANEROS: Don Antonio Laviella, don Felipe Alcántara, don Arnulfo Toledo, Ernesto Rodríguez.

INGENIEROS CONSTRUCTORES: Don Atanacio Barandarián, don Abelardo Figueroa, don Manlio Abel P. Dávila, don Arnulfo González Espinoza.

INGENIEROS CIVILES: Filiberto Cisneros, Félix Parado, A.

M. de Ibarrola.

JOYEROS Y RELOJEROS: Don Pedro Pineda, don Anastacio Pavón, don Alfredo Fraile, don José Cassú, don Mateo Cristiá, don Vicente Matute.

HOTELEROS: Don Cecilio Alegría, don José María Sánchez, don Jorge Tubilla, don Salomón Salvador, doña Delfina Palacios, don Matías López Cañón, don Margarito Cortazar.

HIELERÍAS: Don Manuel Iglesias, don Alfonso Brunet.

HOJALATEROS: Luis Platas, el Yanqui.

IMPRENTAS: Don José Vicenté, don Anacleto Chablé, don Rosalino Palma, don León Malpica, don Antonio Garza Ruiz, señor Castro, don Juvenal A. Vidal H.

LIBRERÍAS: Don Lorenzo E. Castillo.

LECHEROS: Don Luis Arias, don Manuel Valencia, don Francisco V. López.

FABRICANTE DE GASEOSAS: Patrocinio Sánchez, Juan Felgueroso, Ricardo Desmchamps.

MADEREROS: Ing. Manuel Contreras, don Luis Bolio, G.L. Andersen, Quiquicho Sedas.

MARCOS Y MOLDURAS: Manuel Vasconcelos.

MARISCOS: Isidoro Maceda, Juan Cruz Barcelo.

MARMOLERÍAS: Enrique Portier.

MECÁNICOS: Federico Gilmore, Felipa Luna Campos, Tacho.

MÉDICOS: Dr. Antonio Martínez, Dr. Victoriano Montalvo, Dr. John Sparks, Dr. Pedro Patraca. Dr. Armando Castellanos de la Huerta, Dr. Blackaller, Dr. Benjamín Cámara Gómez, Dr. Enrique Esparza, Dr. García Sánchez, Dr. Ricardo López Pavón.

MOLINOS DE NIXTAMAL: Don Valentín Rueda, don José González, don Joaquín Cadenas Suárez, don Juan Blanco, don Leorge García.

PANADEROS: Don Antonio González Noy, don Pedro Ochoa, don José Hernández, don Teófilo Gil Zavala.

PELUQUEROS: Don Narciso Méndez, don Antonio

Panamá, don Alfonso Hernández Bichurria, don Ruperto Alfonso Patraca, don Manuel Limón, señor Fonseca.

PINTURAS Y BARNICES: Don Germán Vázquez.

SASTRES: Don Fidel Méndez, don Gabriel Aguirre.

VARADEROS: Maestro Vera.

ZAPATEROS: La familia Martín, el señor McLeod, don Cutberto Ríos.

FUNDO LEGAL

Se conoce como fundo legal la extensión territorial que le corresponde a un poblado, sea congregación, villa o ciudad, para que en ella se establezcan los habitantes del mismo y los servicios necesarios de la comunidad.

Hasta antes de la primera expropiación del llamado Ejido de Palma Sola, el Fundo Legal de Coatzacoalcos estaba constreñido a la superficie abarcada desde la calle del Ferrocarril (hoy Rodríguez Malpica) por el Sur, y desde la ribera del Coatzacoalcos, por el Oriente, hasta la calle de Guerrero, por el Occidente, aun cuando ya la población se había extendido, prácticamente, por los llamados playones Norte y Sur, hasta la playa y hasta la vía del Ferrocarril respectivamente.

Un ciudadano norteamericano de apellido Ting, propietario de la enorme extensión de tierra llamada Hato de Las Barrillas fu quien cedió en el año de 1890 la superficie que constituyó el primer fundo legal de la ciudad, y de acuerdo con el proyecto de un ingeniero Drumont, se trazaron las calles y las 42 manzanas en que se dividió dicho fundo legal, trazo que se ha conservado hasta la fecha y que si bien conserva la anchura dada a las calles, desaparecieron los callejones de cinco metros de ancho por todo el largo de las manzanas que servirían principalmente para el desalojo de la basura de la población. Esos callejones se fueron vendiendo poco a poco

por diversas autoridades municipales, aunque siempre con la aprobación correspondiente de la Legislatura.

Con algunas excepciones, en general las manzanas son de 65 metros de ancho por 190 metros de largo, o sea, que por los lados Oriente y Poniente, hay seis solares de diez metros de frente, más los cinco metros del callejón, y por los lados Norte y Sur, hay diez solares de trece metros de frente, más los lados de treinta metros cada uno de los solares esquineros.

Los terrenos al Norte y Noroeste de la ciudad, colindando con la playa, pertenecientes a la familia Izaguirre, pasaron también a formar parte del fundo legal al ser adquiridos por particulares y por quienes formaron las colonias María de la Piedad, Puerto México, Petrolera y otras.

La colonia Benito Juárez quedó incluida en la primera expropiación que el Gobierno del Estado hizo del Ejido Palma Sola, a partir de la calle Guerrero.

En próximos capítulos señalaremos lo que hubo en cada una de las primeras manzanas del fundo legal, y si es posible, los nombres de los vecinos correspondientes.

CALLE DEL FERROCARRIL

Esta era una calle de tres cuadras y media cuando mucho, comenzando del río y terminando en los pantanos que al ser rellenados con arena formaron el Playón Sur. En la esquina formada por la primera calle de la hoy Rodríguez Malpica y la calle de Colón, en que actualmente está la gasolinera Los Pinos, había una elegante construcción de madera y techo de lámina que fue hotel de los Ferrocarriles Nacionales, inmueble que sirvió en el año de 1924, al evacuar la plaza los revolucionarios Delahuertistas, como alojamiento de militares y prisión de ciudadanos de Coatzacoalcos y de la región a quienes se les atribuyó haber estado en contra del Gobierno del Presidente Obregón, más que nada por el hecho de haber sido obligados a prestar servicios, como en el caso de

don Carlos Grossman, comerciante establecido en Francita, acusado de proporcionar ayuda económica a los rebeldes, o el del Ingeniero Barandarián que por su profesión y a fuerza dirigió los trabajos de unas rudimentarias trincheras dizque para defender a la población. Ese edificio elegante, de dos pisos, con sus amplios corredores y barandales, poco a poco el paso de los años lo fue destruyendo, y hasta los corpulentos pinos que dieron nombre al lugar, vetustos y reseco tuvieron que ser derribados para evitar repetición de accidentes como el de una señor tehuana que perdió un brazo al caerle en él pesada rama de un añoso pino. Ese sitio fue también asiento de peluqueros al aire libre, antes de que se destinara a gasolinera.

Contigua a Los Pinos, seguía la casa habitación del Jefe de Telégrafos, un señor de apellido Puebla, y a continuación la oficina propiamente de los Telégrafos Nacionales, también de madera y lámina, con su piso en alto por el desnivel entre la calle y su parte posterior, colindando con el callejón que acortaba el paso para la Estación y oficinas del Express del Ferrocarril, vía pública que posteriormente quedó cancelada con la construcción, que podrá o no ser la lonchería denominada “La Jarochita”. Cuando los Telégrafos Nacionales se mudaron a otro sitio, en su local se estableció, allá por el año de 1932, la Junta Federal de Conciliación Número 13, unos de cuyos Presidentes lo fueron los Inspectores Federales del Trabajo, Severo Zapata y Rodolfo López España. En el Telégrafo conocimos desde 1926 a Bardomiano Hernández Reyes, y en la Junta Federal de Conciliación al todavía imberbe Gregorio Rustríán Garfías, muchacho muy inteligente y muy activo, que se desempeñaba como Secretario competente, cualidades que le dieron paso en la vida para llegar a ser el Gerente de la Sucursal de la Agencia Ford en Minatitlán de la cual hoy está jubilado.

Después del callejón mencionado, que quedaba a la altura de la calle de Corregidora, venía una serie de casas del Ferrocarril en que se alojaban empleados de categoría del mismo, como el señor Salinas, el señor Duplán, y sus respectivas familias. En una de esas viviendas por muchos años tuvo su domicilio el directivo sindical ferrocarrilero, que murió siendo Diputado Federal, Demetrio Vallejo.

Pasando el callejón de La Ceiba, que aún existe, a la altura de la calle Morelos, seguían más habitaciones de personal de los Ferrocarriles, aunque había algunos terrenos baldíos que adquiridos luego por particulares, dieron lugar a la construcción de casa de mampostería como la de don Isidoro Gutiérrez, líder sindical petrolero y la de don David Tiburcio con su cantina el “1-20”. En la esquina de la cuarta calle de 5 de Mayo, hoy Carranza, junto a la Compresora, estaba un local o bodega, especie de subestación eléctrica, y después seguían pocas construcciones de madera y lámina, sobre altos polines por las lagunas que ahí se formaban, con sus accesos de puentes de madera. Por ahí quedaba la casa de doña Paula Lola, persona muy amable y querida por lo vecinos, que vivía con su nieta Aurorita Roberts.

Toda la acera Sur que hemos descrito de esta antigua calle del Ferrocarril, después Colón hasta Morelos, llevaba aparejado un gran colector de aguas pluviales, construido de cemento y grava, que iba a descargar a una alcantarilla directamente al río.

De lo que había en la acera Norte de la citada calle del Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica, hablaremos según nuestro programa al ir describiendo una a una las manzanas de la población en aquel entonces. Mientras tanto agregaremos que las tres y media cuerdas de dicha calle, con excepción de la primera de ellas en que había una arenosa pendiente o subida, de Colón a Corregidora, estaban más o menos planas hasta llegar a los pantanos o lagunetas de su extremo poniente.

El colector de aguas pluviales a que nos hemos referido en párrafo precedente, en partes cubierto y en partes al aire libre, recogía las corrientes que bajaban por las calles de Corregidora y Morelos. Por ahí se fueron al Coatzacoalcos los cientos de miles de metros cúbicos de grava y arcilla que con que en un principio se revistieron las principales calles de la población. La chamacada de entonces aprovechaba el paso de un gran aguacero, para recoger de las calles las piedras chinas de buen tamaño que habían quedado al descubierto para jugar a la “matatena”.

MANZANA 1. Esta manzana, del fundo legal de la población, estaba y aún está, limitada por la primera calle de Colón, la primera calle de Corregidora, la primera calle del Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica, y la primera calle de Hidalgo.

Partiendo de la calle Colón hacia Corregidora, en la acera Norte de la primera del Ferrocarril solamente había terrenos baldíos, enmontados, excepción hecha de la esquina con Corregidora en donde estaba una construcción con base de material o mampostería, paredes de madera y techos de lámina, de dos pisos, con amplios corredores, en donde estuvo el depósito de la Cervecería Moctezuma, posteriormente un salón bar de don Manuel Iglesias, y en años más recientes el Hotel Imperial de don Carlos Pallás. Actualmente en los terrenos baldíos están el edificio del que fue Hospital de la Scop, unos restaurantes y la Terminal de una línea de autobuses foráneos. Donde estuvo el Hotel Imperial es un estacionamiento de los camiones de pasajeros A.D.O.

Por el lado de Corregidora, en esta manzana 1, estaba el Hotel de Madera de dos pisos, en cuya planta baja funcionaba un restaurante de chinos, conocido primero como Hotel París, y luego como Hotel Willie. En alguna época sirvió

de establecimiento comercial allá por el año de 1956, a los hermanos Domínguez de la Torre, hijo de don Saturnino Domínguez Sánchez.

Seguía después el Callejón Brunet, pasado el cual y formando esquina, estuvo el Salón Trianón, de don Mardonio del Ángel, sitio en que además de proveer a su clientela de los mejores vinos y licores que nunca le faltaron, sirvió en algunas ocasiones para convivios y banquetes.

El Salón Imperial que seguía a continuación, haciendo esquina con la calle de Hidalgo, con sus mesas de billar, fue primeramente de don Celso Lavié, y después de don Alejandro Bringas, padre de la profesora Oralía Bringas de García. En un amplio corredor se reunían prominentes vecinos a jugar dominó y baraja.

Ya por el lado de Hidalgo seguía una casa de dos pisos, de madera y lámina, en donde estuvo la familia Herrera con su sombrerería El Castor, y después la familia de don Régulo Jiménez. Seguía la cantina de don Pepe Gómez, español conocido como Pepe Barbas. Luego el cine teatro Madrid, donde tuvieron después sus relojerías don José Cossú y don Mateo Cristiá. Seguían los billares del señor Vicente Orozco, luego el Callejón Brunet en el Hotel de don Manuel Dávila Madrid. A continuación una barda muy alta hasta llegar a una casa donde vivió la familia de don Fernando González. Haciendo esquina con la calle Colón, estaba la casa de dos pisos, de madera y lámina, con corredores arriba y abajo, en cuyo piso alto vivió don Cristóbal de Castro Palomino, Cónsul Cubano, con su familia. En la época de frecuentes temblores, en los años treinta, vivieron ahí primero, la familia de Francisco Castillo y después la del Licenciado Amado J. Trejo, Don Pepe Vega Carballedo tenía su establecimiento de licores y cerveza, en botella cerrada, en la planta baja. Por el lado de la calle Colón, estuvieron dos cantinas, una de don Pablo Ríos y la otra de don Manuel Moreira. En la esquina que forman la calle Colón y el Callejón Brunet, estuvo la casa señorial de don

Pedro Ruiz, ciudadano español, comerciante y consignatario de barcos, creador de una gran familia porteña, emparentada con los González, los Figuerola, los De Castro, los Marín, etc., mansión que fue consumida por el fuego iniciado en la Ferretería de los hermanos Brunet. Seguía el callejón Brunet, en cuyo fondo estaba la fábrica de hielo que regenteaba don Alfonso. Luego la ferretería ya dicha. Seguía un edificio de mampostería, que en su planta baja albergó por mucho tiempo el Resguardo Marítimo y en la planta alta la Aduana. Seguidamente venía la Ferretería de don Emilio Frank, en donde laboraba Gilberto Alemán, que llegó a ser Presidente Municipal y don Carlos Krausse, precursor en Coatzacoalcos del “Universal Helpa Lingua” aquel deseo ferviente de algunos inspirados soñadores que pensaron que el establecimiento de una lengua universal, como el Esperanto, entendible por todo mundo, llevaría a la humanidad a entenderse y comprenderse mejor, dejando a un lado la babilónica mezcolanza que constituye la existencia de tantos y tantos idiomas que confunden y alejan de las conciencias la idea de la fraternidad y de la paz. Nos enorgullece ver que hombres de la calidad de don Carlos Krausse, a pesar de sus años y sus achaques, aún concurre puntual al desempeño de sus labores en conocida firma comercial de la ciudad, dando lección y ejemplo a los demás.

En el terreno baldío que seguía después de la ferretería de don Emilio Frank, se establecieron por algún tiempo comercios de comida y bebidas, como el de don Juan Herrera, a donde concurríamos a pasar un buen rato de esparcimiento los sábados a medio día, en compañía de los amigos y compañeros de trabajo José F. Cárdenas, Juan G. Riquer, Pepe Rosiñol, y otros cuyos nombres se nos olvidan.

Cuando se quitó la ferretería de Emilio Frank, el señor Revilla, puso su Restaurante Bilbao, trayendo de nuevo

a Coatzacoalcos la exquisitez y sabrosura de la cocina española.

DÍA DEL MÉDICO

Cada 23 de octubre se celebra en nuestro país el Día del Médico, pero el 23 de octubre de 1965 no se hizo festividad alguna. El motivo fue de todos conocido y nadie habría de discutirles la razón moral con que compartían el dolor de la acción seguida en contra de algunos de sus colegas, a nivel nacional, sintiendo que en el futuro tendrían que habérselas con menos libertad para dar rienda suelta a las explosiones derivadas de los anhelos de superación económica y bienestar cuando, por la socialización de la medicina, tienen que desempeñar sus servicios bajo condiciones de sujeción a determinadas normas y horarios en establecimientos donde dejan de ser autónomos en su profesión, quedando en calidad de asalariados. Y como tales, es natural que piensen en derechos y conquistas, y que se consideren defraudados cuando, obteniendo algún beneficio, éste no se otorgue sino a determinado grupo de privilegiados discriminándose al resto.

Desde luego el médico se debe a su profesión y a sus enfermos; y de la misma manera que el trabajador especializado no puede abandonar el trabajo del cual está encargado sin incurrir en irresponsabilidades, mucho menos podrá hacerlo quien tiene a su cargo la salvación de una o varias vidas. Pero así como la Ley permite la coalización de trabajadores para llevar a cabo una huelga, y en aquellos casos en que exista el peligro de daños irreparables (como cerrar un pozo petrolero o apagar un alto horno) se toman las medidas necesarias para efectuar el movimiento sin mayores daños a la economía nacional; de igual manera podría considerarse el derecho de los médicos asalariados, dentro de las normas legales establecidas. Sin embargo, es de pensarse que en los hospitales y centros de salud públicos,

cada médico es una pieza clave e indispensable para la atención de los enfermos graves y de los accidentados, tan frecuentes en estos tiempos de la alta velocidad y del maquinismo, por lo que se encuentran en desventaja para dejar de laborar sin ser reemplazados, por las consecuencias funestas resultantes para los necesitados de sus preciosos e inaplazables servicios.

¿Quién no ha tenido que solicitar los servicios de un médico? ¿Quién en sus horas de mayor aflicción, por enfermedad o por accidente, no ha comenzado a sentir el alivio con el solo anuncio de que ya viene el doctor? ¿Cuántas veces el médico ha sido llamado a media noche y tiene que dejar su lecho para acudir, bajo una tempestad, a salvar una vida humana o mitigar un dolor?

Digna y honrosa profesión, de abnegación y de lucha, que cuando a veces nos parece altamente cotizada, en realidad no habría dinero con qué retribuir a quien se esmeró por devolvernos la salud, don tan valioso como el mismo tiempo que una vez perdido no se puede recobrar.

Sin hacer menos a los médicos con que actualmente contamos, que por el desarrollo incesante y acelerado de la Ciencia, cuando terminan la carrera se encuentran que lo que aprendieron en los primeros años de estudio ya resulta anticuado, y tienen que ponerse al día para poder aplicar los nuevos métodos, técnicas y drogas, restándole horas a su descanso, aprovechamos esta fecha para recordar con cariño a nuestros médicos que llegaron a laborar a Coatzacoalcos, cuando esto era un pueblo en formación todavía, cuando por los arenales de sus calles únicamente circulaban las carretas y las cabalgaduras, como únicos medios de transporte, y tenían que trasladarse a pie, bajo el sol o bajo la lluvia, a visitar a sus enfermos.

Médicos que han dejado escritas páginas de la historia de

este puerto, algunos finados y otros luchando, como fueron y son los doctores Alcalá, Gordillo, Martínez, J.J. Sparks, Victoriano Montalvo, Enrique Esparza, Melchor Colón y Camacho, Ricardo López Pavón, Benjamín Cámara y Gómez, J. M. García Sánchez, Juan Rella, Antonio Ramos Madrazo, Armando Castellanos de la Huerta, Luis Vidal Fuster, J. A. Torres Septién, Pedro Miguel Rosaldo, Juan de Dios Rodríguez Gómez, Juan Ávila Rebollo, Vicente Zárate, Alberto Segovia Escalera, Jorge Herrera López de Llergo, José Lemarroy Carrión, Carlos Valenzuela del Rivero y muchos más.

Respeto, admiración y gratitud parra todos ellos, para quienes se foguearon en nuestro Hospital Civil y en la Cruz Roja, y en forma muy especial para el doctor Carlos Westerman que aparte de sus magníficas cualidades como persona y como profesional, logró para Coatzacoalcos el Hospital Regional Civil que es un orgullo.

CALAVERAS

Costumbre establecida es la de poner en circulación el Día de Muertos, o sea el dos de noviembre, jocosos y bien intencionados versos, algunas veces publicados en la prensa y otras en círculos privados, en que se exaltan virtudes o se mencionan sucesidos de funcionarios o de amigos, en ocasiones un tanto cuanto atrevidos, llevados siempre a la conclusión, por tal o cual motivo, de la supuestamente del aludido, quien con resignación debe aceptarlos como juego, recordando que el que se enoja pierde.

Y como estos apuntes se refieren principalmente a relatar “Del Coatzacoalcos de Ayer”, aprovecharemos la ocasión para transcribir nuestras Calaveras Puerto Petroleras, aproximadamente de 1957, con la sana intención de revivir recuerdos para quienes aún viven de los que integraban la planta de jefes y empleados en las oficinas de Petróleos Mexicanos en este Puerto.

“Este panteón postinero,
con su barda de cemento,
está dividido en lotes:
uno por Departamento.

Identificar los muertos
no es cosa del otro mundo,
unos huelen a petróleo,
y otros a petate inmundo”.

LA GERENCIA

El Mero Mero Este que está más al frente,
fue amigo de todo el mundo,
era muy digno gerente
y jamás tuvo segundo.

Para tener más ambiente
en Ostoacán perforó.
no hubo petróleo, sino éter
y el éter se lo llevó.

Primer Ayudante: Este ayudaba al Gerente
Y se sentía muy sabroso.
Dejó de hablarle a la gente,
sin pensar el muy chistoso
que en este mundo asqueroso
nada es verdad ni mentira,
lo que es liso no es roñoso
y enconge lo que no estira.

Segundo Ayudante: Aquí está el otro ayudante,

oriundo de Nacuyaca.
Presumía de elegante
pero era pura guataca.

Tomando un café con Franco,
llegó la Muerte a Buscarlo.
Tuvo que ponerse un zanco
porque en verdad era largo.

El Secretario: Este otro, bastante chelo,
vino desde Personal.
A él todo le daba igual
en la tierra y en el cielo.

Tuvo un disgusto con Porter
quien no comió la botana,
quedó en artículo mórtem
y expiró por la mañana.

Oficinista de 1ª: Gerardo era diligente
pues aspiraba a Gerente.
Con Yúdico se ponía
a estudiar filosofía.

Más Yúdico se ausentó
y Gerardo entristeció.
Su muerte fue repentina,
se envenenó con creolina

Oficinista de 2ª: Coleccionaba automóviles
y tuvo varias movidas.
Gutierritos el inmóvil
respiró por las heridas.
Bajando un día la escalera,
tuvo un resbalón fatal,

muriendo en su propia sal.
(Sazonó la gusanera).

Taquígrafa: Al alba murió una dama
taquimeca del Gerente.
La oficina está de duelo.
Todavía en la mañana
la encontramos muy sonriente.
En la tarde cayó al suelo.
Respetamos su memoria,
poniendo fin a la historia.

Mensajera: ¿Por qué se murió Cholita?
¿La regañó Montanaro?
No señor, la pobrecita
no podía leer muy claro,
y por miedo a que la gente
que frecuenta la Gerencia
la creyera incompetente,
se suicidó con magnesia.

Mecánico: Silbando con su guayín
o cantando en su taller,
quiso hacer de un calcetín
su máquina de coser.

Hablaba hasta por los codos
y se metía en todas partes.
Murió aburrido de todos
y lo enterraron en martes.

Mayordomo:
Son víctima del obrero,

soy víctima del patrón.
Si me quejo, me investigan,
y si no me rajo, peor.

Pobre chato, el reumatismo
te llevó hasta el agujero.
Te engañaste a ti mismo,
te obsesionaba el dinero.

LA SUPERINTENDENCIA:

El que se fue: Chiquito pero picoso,
quiso imponer sus ideas.
Dispuso que en cada pozo
se contaran las poleas.

Y en la lucha cuerpo a cuerpo,
que tuvo contra el patrón,
resultó vencido y muerto.
Se fue a México en avión.

El interino: Muy trabajador y atento.
La Zona lo reconoce.
Sus órdenes, al momento,
se cumplen de siete a doce.

Si bueno fue el anterior,
éste no le iba a la zaga,
mas se hirió con una daga
y hoy reposa en el panteón.

Coordinador: ¿Qué pasó don Manuelito,
cuándo tenemos avión?
El vuelo está programado.

Vaya pronto, ligerito,
hasta el campo de aviación.

Era un hombre muy activo,
pero hoy está en el panteón
enterrado y al archivo.

Compras: Con Wilson tuvo un disgusto
y dejó de ir al café.
Era un tipo muy adusto,
amigo de Vicenté.

A Petróleos yo le ahorré
muchos miles en las compras,
eso dijo, y se nos fue
una noche entre las sombras.

Fletes y Carga: El conejito de antaño,
es ahora un personaje.
Dejó de ser del rebaño
y es dueño hasta de un garaje.

Más riñó con Gambirazio
y éste, allá por el Express,
en menos que cuentan tres
lo echó a volar al espacio.

Taquigrafía: Su sana intención sabían
aquellos que la trataban,
y ella siempre sonreía,
con nadie se disgustaba.

Unos signos taquigráficos

que no supo descifrar,
la hicieron ponerse mal
y murió víctima del tráfico.

Telefonista: Y no me estén jorobando,
dijo la telefonista.
Nanchital está ocupado.
Montanaro se enojó
por la respuesta obtenida.
Al gerente se quejó,
y Moncha, hasta la comida,
cuando se murió, arrojó.

Correos: No hay tiburón,
dijo Chepe,
donde anda
su servidor.

Pero esto no valió
cuando se metió en un brete
que el Chato le preparó.

Le envió una carta a la Muerte,
y la Muerte
con más maña que Chepe,
se lo llevó.

Inspector: ¿Por qué a Lenin adoraba
y a Stalin rendía tributo,
le decían el comunista?
Se necesitaba ser bruto,
no saber viniguiyaba.
Siempre pensó en la conquista
para el obrero, y murió
sin lograr la ahora mixta.

PERFORACIÓN:

Jefe: Este que fue un ingeniero
y el puesto llegó a ocupar,
de don Horacio, viajero,
su fuerte era perforar.

Hoy lo lloran con denuedo
don Pablo, Gladys y el Güero.
Cayó en una poza de lodo,
desde la Torre. Ni modo.

Ayudante Técnico: Desde el campo de Agua Dulce
nos mandaron a este vato,
bueno para el chocolate
que nuestro país produce.

Su actuación muy aplaudida,
ducho en la perforación.
Lo mataron de una herida
en el mero corazón.

Ayudante Administrativo: Yerman sausago, muy largo,
amigo de todo el mundo,
tenía un roncar profundo
y le gustaba lo amargo.

Molano le prendió velas
para que pronto expirara.
Murió de un dolor de muelas
que le echó a perder la cara.

Químico: Daba el punto a la barita
y le encantaba el arroz.
El buen amigo Muñoz
descansa en esta garita.

Murió víctima de tos,
se le cerró la garganta
y enrollado en una manta
lo echaron a este panteón.

Taquigrafía: De la tierra del Mayab,
con su blonda cabellera,
vino este puerto a alegrar
una joven quinceañera.

Como sabía hablar inglés
laboró en Perforación,
más la Muerte por los pies
nos la trajo a este panteón.

EXPLORACIÓN:

Jefe: Este otro que ves aquí
mandaba muchas brigadas.
Era jefe de Salim
y tenía buenas puntadas.

Quiso explorar en la luna
y se consiguió un radar
pero la mala fortuna
aquí lo hizo fracasar.

Oficinistas: Salim, Argüelles y Vasco
manejaban la oficina
de Veracruz a Tabasco.

Pero murieron de mohina
al saber que Filiberto
después de una papalina
quedó más vivo que muerto:
se curó con gasolina.

Dibujantes: Un duelo entre los notables
Wilson Viamonte y Del Alto,
de lengua, que no de sables,
se convirtió en tremolina.
La muerte, que es muy ladina,
los agarró por asalto,
los sacó de la oficina
y los convirtió en asfalto.

CONTADURÍA:

Jefe: Este era el rey del volante,
pero mal calculador.
Presumía de Contador
y contaba hasta con guantes.

De rabón Grande un obrero
que no cobró sus quincenas,
le pegó un tiro certero,
y le hizo morder la arena.

Ayudante: De Contaduría nos quedan
todavía treinta esqueletos.
Veamos si están completos,
a ver si no nos enredan

Este que ves, de un pujido
dicen que murió al instante.
La Muerte le echó su guante
sin respetar lo Garrido.

Cajero: De siete vidas los gatos
vuelven a nacer solitos.
Eso le decían a Micho
los demás a cada rato.

Supo aprovechar la vida
cuando salió Regidor.
Hoy tiene una sola herida
el Edil madrugador.

Jefe de Sección: Roque, ¿Porqué no organizas
otra carrera pedestre?
No ves que viene la Muerte
y a todos nos hace trizas?

Sus bromas fueron muy sanas,
nadie supo comprenderlo.
Ahora aquí viene a verlo
para reírse con ganas.

Jefe de Sección: La erupción que le aquejaba
se le curó de repente.
¿Era que no se bañaba?
¿O lo afectaba la gente?

Después de unas vacaciones
en Poza Rica y demás
vino liso, sin pasiones,
más lo mató el aguarrás.

Rayador: Un rayador que sabía
dónde hacer cada descuento,
una mañana muy fría
se quedó como cemento.

Florencio, no seas así,
no me descuenten de más.
No hizo caso el infeliz
y le dieron matacuás.

Rayador: Otro rayador había
pero a tiempo se quitó
de la tentación impía.
No obstante se petateó.

Fue ministro de Trabajo
de la Sección 31,
y por andar con relajo,
lo mataron. Oportuno.

Oficinista: No pidas tanto permiso
que tu trabajo anda mal,
al hijo de Cocoliso
le decían en Personal.

Pero fue muy obstinado.
No hizo casi ni fu ni fa.
Como le falló el papá,
aquí lo tiene, tronchado.

Contador: Se nos estaba olvidando,
por estar lleno de lodo,

Pancho, que vivió libando
pues sabía empinar el codo.

Cuando tenía sus alcoholes
desvelaba al vecindario.
Le echó a la Muerte frijoles
y vino a dar al osario.

Ayudante: Ayudante de Cajero,
estaba un día trabajando,
cuando por un agujero
se lo estaban vacilando.

Lloró la Muerte del rudo
y de nada le valió.
Contar dinero no pudo
y de coraje murió.

Ayudante: Hubo uno en Contaduría
que era el rey de la canción.
Y todos los días salía
a cumplir con su Estación.

Luis Lara quería unos datos,
y como lo encontró
a la Parca lo entregó.
Hoy a él le cantan los gatos.

Empleadas: Pero no todo es hediondo
en este panteón contable,
pues acá, mero en el fondo,
hay un lugar muy amable.

Está cubierto de rosas
y el ambiente es cariñoso.

Aquí yacen las famosas,
de ayer alegría y gozo.

Sus nombres no mencionamos
por no olvidar una de ellas.
Todas fueron muy, muy bellas
y por su muerte lloramos.

Un ramillete de flores
eran en Contaduría
y en la mecanización,
las solteras, las casadas
y hasta las viudas, señor.

Hoy les rendimos honores
con el alma entristecida.
Alegraron nuestras vidas
y al verlas ya tan calladas,
añoramos la alegría
que sus risas provocaban

MÉDICOS:

1.-
El Jefe de los galenos
también pagó su tributo,
por salir de sus terrenos
y por ser un poco brusco.

La farmacia clausuró
pero se la abrió Emiliano.
Del coraje que pasó

murió como un italiano.

2.-
Este otro era el perito,
valuando incapacidades.
Pero Camilo, chiquito,
le dijo cuatro verdades.

Murió de un propio autoexamen
del corazón angustiado.
Equivocó su dictamen
y ahí lo tiene, enterrado.

3.-
Pablo, Pablito, Doc. Pablo,
quisiste ser Presidente,
pero se te apareció el Diablo
con don Amadeo y su gente.

De la tristeza que tuvo,
porque su anhelo no se hizo,
fue víctima de un hechizo
y lo acabaron con tubo.

4.-
Otro galeno del huerto,
deportista y ginecólogo,
discutiendo con un geólogo
del licor , se cayó muerto.

Quiso examinar a Pancho
para ver si estaba beodo,
pero éste le tiró un gancho,
echándole además lodo.

5.-

Primero fue palatero
y ahora tiene gallinas,
sin dejar de ser mueblero
y sigue haciendo mechinias.

Covarrubias lo mandó
a una misión peligrosa
que la muerte le causó.
Aquí yace en la fosa.

PERSONAL:

A.-

¿Es excremento mortal
lo que hiede en esta fosa?
-No, es Pedro con su morral
lleno de esencia de rosas.

¿De qué murió el infeliz?

Murió por un desatino:
Buscar quiso a Constantino
y se estropeó la nariz.

B.-

Tiro el arpa, ya no toco,
dicen que dijo Molano
cuando lo pusieron loco
los del manubrio en la mano.

Cuentan que un Sanandrezcano,
o un pelotero ofendido,
le dio un golpe en la mano
dejándolo malherido.

C.-

De la Terminal funesta
nos llegó movido baile.
El Charleston, casi nadie,
y nos alegró la fiesta.

Pero la Muerte ladina
vino a llevárselo pronto.
Lo encerró en una cantina
con su compadrito Foncho.

D.-

Los Jefes del Personal
aplicaban el contrato,
pero algo andaba mal.

Al exigir un retrato
para dar la credencial,
se enojó el interesado.
Echando una maldición,
sacó su cuchillo afilado,
y se fueron al panteón.
Herido, puja que puja
Robles, Cadenas y Ahuja.

E.-

Con la escopeta en la mano
y con la “bruja a su vera,
no corta el monte, lo vuela,
este Agente de Trabajo.

Ismael se le escurría,
Alcántara lo burlaba,
pero venado que olía,

ése no se le escapaba.

F.-
Otro Agente muy católico,
del huerto de Personal siempre
estaba melancólico.
Lo mataron en canal.

Fue víctima de Castillo
a quien fue a notificar,
pues lo dijo en estribillo
que era puro calamar.

JURÍDICO:

I.-
Del jurídico tenemos,
entre otras calaveras,
la del Jefe que aquí vemos
y que parece de veras.

Defendiendo sus derechos,
tuvo con Tránsito líos,
y al hacer summun de hechos,
lo mataron estos tíos.

II.-
Rigoberto, el abogado,
era oriundo de Guerrero.
Vino aquí muy animado,
dispuesto a rajarse el cuero.

Pero en la Junta,

Chabela le puso una dulce trampa.
Se olvidó hasta de la escuela,
cayendo muerto en la rampa.

III.-
Le decían el mariscal
(esto viene de marisco).
Era oficial de Legal
y siempre andaba muy listo.

Soltero murió, irredento,
y según cuenta Jacinto, lo
asesinó en su recinto
un obrero con descuento.

IV.-
Fue ganadero y fue músico
antes de que Pérez Prado
trajera a México el mambo.
Murió con ácido prúsico,
pues estando en Tonalá,
queriendo alegrar el llano,
en vez de mandar un piano,
le enviaron un piano lá.

V.-
Chita, Celia y Enriqueta,
Yolanda, Emma y Libertad,
muchachitas muy discretas
del feudo de Personal,
están aquí, quietecitas,
entre un lirio y un rosal.
Más adelante encontramos
a Alicia, Julia y Lucía,
también a Ruth y a Pilar.

Están rodeadas de ramos
de jazmines y de azahar.

TERRENOS Y MARINA:

La tristeza nos conmueve,
ya nos podemos andar,
se hace noche y nos llueve,
tendremos que terminar.

En una sola morada
dos jefes muy similares
que formaban los pilares
de la CM.P.A. expropiada,
yacén juntos y sus cuitas
oímos cantar a las musas.

Eran unos menonitas,
pero eran muy buenos cuates.
No compraban cacahuates
por no tirar cascaritas.

Juan Riquer y Palemón
se fueron al muelle un día
entonando una canción.
Y Paredes les decía
que no alcanzarían perdón.
Al cruzar por una vía,
una Diesel los mató.

RITMO DE TECLAS SE ESCUCHA
EN ESTE ÚLTIMO RINCÓN.
ES MUCHO, MURIÓ EN LA LUCHA
Y HOY LO LLORA LA OPINIÓN.

ROMÁN MARÍN.

La calle principal de la Colonia Playón Sur, que arranca de Venustiano Carranza Sur, llega hasta Nicolás Bravo, que interrumpe con el Panteón Viejo Municipal, y surge de nuevo a partir de la calle Aldama, cruza la Avenida Independencia, llega hasta la Avenida Uno y se pierde con la carretera vieja a Minatitlán, lleva el nombre de un ilustre revolucionario: Román Marín Colorado, cuya historia, como la propia calle de su nombre, se pierde en el tráfigo del tiempo y la memoria. Vive aquí en Coatzacoalcos la señora doña Alicia Marín Pérez, viuda de Falcón, hija del prócer mencionado, nacido en Tampico, Tamaulipas, pero quien sólo tenía ocho años de edad cuando su padre murió en aquel puerto jaibo, según nos cuenta, a consecuencia de una enfermedad de la garganta que contrajo cuando estuvo preso recluido en las tinajas del Castillo de San Juan de Ulúa, deceso ocurrido en 1921, siendo trabajador de la Compañía de Petróleo El Águila, no teniendo mayor recuerdo de su citado padre que el de haberlo acompañado en ocasión en que fue a la casa del Obrero Mundial, de Tampico, de cuya organización era integrante. Hemos tratado de obtener, hasta ahora sin resultado, información respecto al Decreto gubernamental, si es que lo hubo, para imponer el nombre de Román Marín a esa calle. Mientras tanto diremos que por la dolosa aplicación de la Ley de 17 de julio de 1889, que ordenó la adjudicación a los vecinos de los fundos legales y ejidos, los terrenos comunales y propios de Ayuntamientos, que formaban los terrenos de los pueblos, trajo consigo la inconformidad de los vecinos de la Sierra de Sotepan, aumentando así los vientos de liberalismo que ya soplaban en el Sur de Veracruz. Don Román Marín Colorado fue originario de Villahermosa, Tabasco, y debe haber nacido por el año de 1885, pues vino a Coatzacoalcos, entonces Puerto México, cuando se estaban construyendo las casas de los Jefes del Ferrocarril en la primera calle de Lerdo, frente al cuartel, donde trabajó como

carpintero el contratista George A Ting; habiendo contraído matrimonio con la señora Altagracia Pérez y teniendo su domicilio en casa de madera y lámina junto a donde está hoy Diario de Sotavento. Fue un entusiasta miembro del Club Político Liberal Vicente Guerrero, del cual eran directivos Enrique Novoa, Margarito Nava, Alfonso Luna, Tirso Hernández y Cándido Donato Padua, que fue disuelto y perseguidos sus integrantes por el Jefe Político de Minatitlán Demetrio Santibáñez. Se dice que don Román Marín vendió sus herramientas de carpintero para hacerse de armas. Habiéndose exiliado en los Estados Unidos de Norteamérica los revolucionario hermanos Flores Magón, donde ahí continuaron alentando a los inconformes (por ser víctimas) de la dictadura porfirista, constituyendo en San Luis Misuri, en 1905, junto con Antonio Villarreal, Juan Sarabia y otros, la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano. En todos los lugares de la República se distribuyó su programa fechado en julio de 1906, comprendiendo los siguientes ocho puntos: Reducción a cuatro años del periodo presidencial. No reelección del Presidente ni de los Gobernadores. Supresión del Servicio Militar Obligatorio. Liberta de Palabra y Prensa. Abolición de la pena de muerte. Jornadas de ocho horas de trabajo. Indemnización a trabajadores accidentados. Declarar nulas las deudas de los trabajadores del campo. Este programa encontró eco en la región de Sotavento, tomándosele como bandera. La persecución y atropello a los indios de la Sierra de Sotapan, que se encontraban muy exaltados, la aprovechó Hilario C. Salas para preparar y hacer estallar el movimiento revolucionario de septiembre de 1906. Con un efectivo de unos mil hombres mal armados, Salas dividió sus fuerzas en tres secciones: la primera, a su mando, para atacar Acayucan; la segunda con Enrique Novoa para tomar Minatitlán; y la tercera de don Juan Alonso y Román Marín

para Puerto México. Cerca de la media noche del treinta de septiembre, Salas atacó Acayucan, sin éxito, resultando herido. Ese mismo 30 de septiembre lo secundaron en el ataque Cecilio A. Morosini, Román Marín, Faustino Sánchez, Emilio Rodríguez, que habían sido comisionados para tomar Puerto México, pero que no lo lograron. El cuatro de octubre de 1906 se efectuó el asalto federal a Sotapan, apresándose a Cipriano Median, Enrique Novoa, Román Marín, Faustino Sánchez, Donaciano Pérez, Romualdo Reyes, Juan Rodríguez Clara y otros más. En San Juan de Ulúa fueron encerrados como subversivos, por su amor a la libertad y participación en el motín de Acayucan. En la Historia General de San Juan de Ulúa, publicada en 1953, Ricardo Robledo Arenas en cooperación con Marco Aurelio R. Ledesma, que además de los datos históricos contiene narraciones de quienes lograron salir vivos de tan terrible prisión, sólo hay una pequeña referencia a Román Marín, como sigue: “El forzamiento a tomar el baño hoy, iba a tener consecuencias desastrosas e inmediatas. Siendo los últimos los asilados en el calabozo “La Gloria”, arribaron a los fosos cuando el agua estaba ennegrecida; ante tan repugnante circunstancia, los compañeros manifestaron deseos de no bañarse. Uno de los compañeros, el señor Román Marín, que respetuosamente insistió en sus deseos de no bañarse, fue soezmente ultrajado por el segundo jefe de la prisión, Mayor Victoriano Grianda y golpeado por su ayudante Capitán Chávez...”

MANZANA 2. Limitada al Norte por la segunda cuadra de la calle Hidalgo; al Sur, por la segunda de Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica; al Este, por la primera de Corregidora; y al Oeste, por la primera de Morelos. En su esquina Sureste, confluenciada de la primera de Corregidora con la segunda de Ferrocarril, había un patio enorme, propiedad de don Pedro Ruiz, cuyo cerco a la calle lo constituían exuberantes arbustos de Morera que se encargaban de abundantes y hermosa moras, de sabor delicioso, al alcance de cuanto

vecino quisiera tomarlas, pero nunca nos tocó ver gusano alguno de seda. En dicho patio vivía un italiano de apellido Colombo, que había sido trabajador de don Pedro Ruiz y de cuyas actividades anteriores no había más vestigio que una canoa grande que aún ostentaba su nombre de “Piccolino”. Tenía dicho italiano una gran cría de gallinas que alimentaba principalmente con gusaneras producidas por la sangre de res que a diario traía del rastro y que enterraba en el patio. Otra de las actividades del mismo itálico era repartir en su carreta de tracción animal, las aguas gaseosas y sifones de agua saturada producida por la Fábrica “La Cruz Roja”, de los señores Ricardo Deschamps y Joaquín Cadenas Suárez, y acarrear del rastro al mercado la carne de la matanza diaria. Posteriormente cambió la carreta por uno de los primeros camiones Ford, modelo T, para continuar con esas tareas de acarreo. En ese mismo patio, por el lado de Rodríguez Malpica, se improvisó una cancha de básquetbol, quizá la primera de ese lugar que hubo en Coatzacoalcos, en la que vimos ejercitar su destreza a los hermanos Tubilla, a Quino García, y otros. Posteriormente se construyó ahí el local que por muchos años albergó la Oficina Federal de Hacienda y que estuvo al mando de don Fernando García Barna. Siguiendo por la calle del Ferrocarril, hacia el Oeste, venía el establecimiento del bar-man don Ubaldo Macías. Luego el Hotel Jardín, en donde estuvo a su cargo también la Fábrica de Hielo de los hermanos Brunet. Recordamos que antes estuvo en ese local del Hotel Jardín, el taller fotográfico del señor Geo Lerch y de su ayudante Guadalupe Antonio Ávalos, así como el consultorio dental del doctor Octavio Riquer. Venía después una serie de departamentos de material, que con el tiempo y con una planta más se convirtieron en el Hotel San Antonio, hasta llegar a la esquina donde estaba el establecimiento de don Basilio Velasco, que después pasó a ser cantina y billares

con su pomposo nombre de Las Dos Naciones. Ya por el lado de la calle Morelos estaba la casa-habitación de don Carlos Sarabia. Luego el callejón de la manzana, cercado con lámina de zinc, que en su interior estaba bien enmontado pero repleto de palos de guayaba rosada. Posteriormente se construyó el edificio de los señores Yris, en cuya primera planta tuvimos el honor de conocer a la señorita Licenciada y Notaria Pública Lilia Bravo Brash. Haciendo esquina con las calles de Morelos e Hidalgo, venía el Hotel Carta Blanca, de los hermanos Sánchez, muy famosos en política. En la planta baja de este Hotel Carta Blanca, se celebraban semanalmente rumbosos bailes de cuota, y en no pocas ocasiones hubo trifulcas como aquella en que acribillaron a tiros al pistolero Zebadúa, quien herido de muerte cayó de rodillas y todavía tuvo ánimo de pedir que le encendieran un cigarro que apagado le había quedado en la boca. Seguía luego la casa donde tuvo su despacho el señor Víctor Manuel Ruedas Barrientos, dedicado a gestiones se Abogado, hijo de don Wistano, quien logró grandes triunfos sin ser abogado, como el del interdicto de obra nueva que promovió a nombre de los señores Brunet en contra de la Compañía de Petróleo El Águila, cuando ésta en forma temeraria y atropellando derechos de propiedad del predio La Verónica inició la construcción de los muelles para la Terminal de Nanchital. El sitio que ocupó el Hotel Carta Blanca, hasta colindar con la tienda de ropa “La Fama” de don Salomón Lotfe y su esposa Rosita Toache de Lotfe, lo ocupa actualmente el Hotel “Valgrande”, de la sucesión de don Matías López Cañón. Pepe Lotfe Toache, único varón sobreviviente de aquel matrimonio, pues aún recordamos cono profundo dolor la muerte accidental del otro hermano, que había incursionado en los ámbitos de la industria petrolera y que llegó a ser electo Secretario General de la H. Sección 31 del STPRM, decidió seguir la tradición familiar y hoy vemos como un orgullo para Coatzacoalcos la elegancia de la actual “Casa Lotfe” en

edificio de dos plantas que substituyó la antigua construcción de “La Fama”. Sigue después el Edificio de “Las Novedades”, construido por don Jorge Tubilla, padre de Víctor, Alfonso y Pepe Tubilla, cuya planta alta se convirtió en el famoso Hotel Tubilla, pero que desde hace tiempo dejó de prestar servicios como tal. Junto al establecimiento de ropa, artículos para el hogar y de ferretería, yendo hacia el Oriente, en la planta baja del Hotel Tubilla estuvo la Sucursal del Banco Mercantil Mexicano. Haciendo esquina con la calle Corregidora seguía a continuación el Edificio de los Brunet, en un principio de dos plantas y posteriormente una tercera donde se estableció el Hotel Brunet. Este edificio, de líneas arquitectónicas europeas, fue ocupado por varias décadas por el exclusivo “Casino Puerto México”, en su planta alta, con sus amplios ventanales y espaciosos corredores, en donde se celebraban los más rumbosos bailes y los señores disponían de un salón para desarrollar sus juegos de “Paco”, “Póker”, dominó y ajedrez. En local adjunto, también de la planta alta, estuvo la Cámara Nacional de Comercio y la Notaría Pública número dos a cargo del Lic. Amado J. Trejo. En la planta baja estuvieron la peluquería “Jockey Club” de don Narciso Méndez, la sastrería de don Pedro H. León, después el restaurante “Gloria”. En la esquina del mismo edificio Brunet, hubo tienda de ropa sucediéndose los dueños; Said Tanus, Amin Simán y Juan Simón, hasta que don Mardonio L. del Ángel, quien tenía su Salón Trianón en la esquina de Corregidora y Callejón Brunet, montó a todo lujo en dicha esquina, su cantina “La Opera”. Ya de vuelta en la primera calle de Corregidora, y antes de que se construyese el edificio en que está la botica de Machi Ávila y una peluquería, hubo ahí una casa de madera y lámina, propiedad de la familia de don Ricardo Deschamps, una de sus hijas se casó con José Ramón Baca, primer Agente de Ventas de la Compañía Petrolera El Águila. La parte Sur

de dicha casa del señor Deschamps la ocupó la fábrica de gaseosas “La Cruz Roja”. Uno de los pocos y eficientes mecánicos, especializados en combustión interna y después en refrigeración, lo fue de don Federico Gilmore, que tuvo a su cargo el mantenimiento de la maquinaria de la fábrica de hielo de los hermanos Brunet, y que por espacio de unos diez años, ocupó con un taller de refrigeración aquel antiguo local en que estuvo la cantina de don Ubaldo Macías en la calle del Ferrocarril. Es de hacer notar que también en la planta baja del Edificio Brunet, estuvieron las oficinas de contratación y cobro del servicio eléctrico, cuando el ingeniero Casillas se hizo cargo de tan deficiente servicio, ya que solamente se proporcionaba el fluido de las 19 a las 23 horas, con un voltaje bajísimo, hasta que en 1934 llegó la Hidroeléctrica, la cual también tuvo sus oficinas en el mismo lugar, o sea la planta baja del Edificio Brunet, donde prestaban sus servicios, entre otros, el Presidente de la Hidro, licenciado Amado J. Trejo, ayudado por su hijo el Lic. Narciso B. Trejo, por el Contador Arnulfo Limón, por don Pantaleón Villaseca, por José López Montealegre, por el Coronel Francisco Ledesma Soto, por Willinkin Absalón, por Ramón Figuerola Ruiz, por la guapa Maura Fernández, por la señorita Esther, y por otros más.

BOTICAS

Poco a poco entraron en desuso y casi desaparecieron, las fórmulas magistrales, como se llamaba a las recetas galénicas, que mantenían constantemente ocupados a los boticarios o farmacéuticos de antaño, quienes provistos de redomas, frascos, probetas, balanzas, morteros, etc., preparaban los medicamentos prescritos por el médico a los enfermos, debiendo de anotar en su Libro de Registro dichas fórmulas, dándoles un número progresivo, mismo que aparecía en la correspondiente etiqueta que se adhería al frasco, a la cajita de cartón, a la latita, según se tratara de líquidos, papeles u obleas, y pomadas, etiqueta que aparte

de ostentar el nombre impreso de la correspondiente botica, llevaba también anotada la dosis o modo de empleo, sin faltarles, caso de tratarse de productos tóxicos, la calavera y el par de fémures indicadores de peligrosidad.

Actualmente, sin dejar de ser los empleados de las farmacias expertos en descifrar la letra de los médicos en las recetas, con gran facilidad y prontitud despachan la medicina de patente que en sí concentra todo el acervo curativo de las substancias naturales conocidas por la antigua farmacopea, y las sintéticas producidas por la química actual.

También algunos medicamentos que aliviaron dolencias y padecimientos de nuestros padres y abuelos, y aún llegaron a curarlos, han desaparecido del mercado, y otros han dejado de usarse, como ejemplo: el Ungüento del soldado, eficaz contra los piojos; el Ungüento Guardia, que semejante a la trementina era ideal para expulsar de la piel al gusano del Cuchiche; el Jarabe Pectoral de Anacahuite, el Pulmoserun, la Solución Pautauberg, la Miel de Alquitrán de Pino del doctor Bell, más conocido como Jarabe de la Campana; y las cápsulas de aceite de Hígado de Bacalao, todos ellos para padecimientos de las vías respiratorias; las Píldoras de Foster, para dolor de riñones; el Linimento de Sloan, para torceduras musculares y aún para la reúma; las Píldoras de Witt y el Jarabe de la Sra. Lydia Pinkham, para las dolencias femeninas; el Tónico de Wintersmith, para la anemia; la Panflavina, para la amigdalitis; el jaboncito mercurial, para los sabañones; los purgantes de aceite de ricino, de magnesia con ruibarbo y el Agua de Carabana; las pastillas de Bromoquinina, para la gripe; y la hoja de sen y el maná para los enemas.

Por el año de 1916, cuatro boticas bien conocidas existían en Coatzacoalcos, entonces Puerto México, y eran: La del doctor Victoriano Montalvo, en la primera calle de Hidalgo, donde hoy está el Servicio de Paquetería del ADO. La Botica

Hidalgo de don Máximo Ávila, también en la primera calle de Hidalgo, pero formando parte del Mercado Coatzacoalcos. La Central, de don Gonzalo Ávila, en la segunda calle de Corregidora. Y la Botica de los Pobres, de don Gilberto Esparza, en la tercera calle de Juárez, en donde antes estuvo la del doctor José Marín Leyva.

Don Wenceslao Ávila también tenía su botica en la tercera calle de Cinco de Mayo. La del doctor John J. Sparks era una botica exclusiva para la preparación de los medicamentos de los pacientes que atendía en su consultorio, contiguo al Viceconsulado Inglés que desempeñaba, en la esquina de Lerdo y Corregidora.

Después se establecieron las boticas de don Francisco Casanova, en la primera calle de Morelos; la de los señores Iris, en la tercera calle de Juárez; la del doctor Julio Zamora y el señor Plinio Priego, en la tercera calle de Morelos; la Económica en Juárez y Morelos, del doctor Ricardo López Pavón, quien también tuvo su consultorio y botica en la cuarta calle de Carranza, frente al parque. El profesor José María López Pavón, se hizo cargo de la Botica Central, cuando don Gonzalo Ávila se retiró del negocio, y don Hipólito González estableció su Farmacia Principal en la segunda calle de Juárez.

Otras boticas que se establecieron después fueron: La Marina, del señor Ramón Garduza Rueda, en la tercera calle de Zaragoza; la de Machi Ávila, en la primera de Corregidora; la Farmacia Gloria del señor Martín Gómez Ríos, en la esquina de Hidalgo y 16 de Septiembre.

Agrupando a los laboratorios, farmacias y distribuidores mayoristas de medicamentos, se formó la Cámara Nacional de la Industria Farmacéutica, de la cual fue presidente por más de diez años don Hipólito González Pérez, como propietario de la Farmacia La Principal, y formaron parte de esa agrupación, el señor Ramón Garduza Rueda, de la Farmacia Marina; los señores Enrique y Oscar Irys, de la

Farmacia Irys; el doctor Ricardo López Pavón; el profesor José Ma. López Pavón, de la Botica Central; el señor Máximo Ávila de la Botica Hidalgo, el señor Martín Gómez Ríos, de la Farmacia Gloria; el señor Abenamar Ledesma, de la Farmacia Ledesma; el señor Juan Carranza González, de la Farmacia La Económica; el señor Fidel Candelario Velazco, de la Farmacia El Águila; el señor Abenamar Ledesma de la Farmacia La Mejor, y la firma González y Compañía, de las Farmacias del Puerto.

Hace doce años y con motivo de que por Ley los negocios de boticas tenían que integrarse a la Cámara Nacional de Comercio Local, desapareció la Cámara Nacional de la Industria Farmacéutica, pero independientemente los dueños de las farmacias tuvieron a bien constituir la Unión de Propietarios de Farmacias, habiendo sido sus Presidente en Coatzacoalcos, los señores Juan Carranza González, C. P. Alfredo Carrión Carranza, Armando Rotter Maldonado y Javier Pérez Villarreal, éste por espacio de siete años.

Al ritmo de la expansión de Coatzacoalcos, empezaron a proliferar las farmacias en nuestro puerto, por lo que actualmente contamos con más de sesenta, cuyos nombres y direcciones proporcionamos a los lectores como un servicio de orden social:

Farmacia “San Andrés”, Román Marín 2525, Col. Prócoro Alor.

Farmacia “Alex”, Carret. A Minat. 1008, Col. 5 de Febrero.

Farmacia “Flores Magón”, Flores Magón 1001. Col. Palma Sola.

Farmacia “De la Luz” Platón Sánchez 405, Col. Puerto México.

Farmacia “Yris”, Puebla y Sonora, Col. Petrolera.

Farmacia “Medicentro”, I. de la Llave 1701, Col. Ma. De la

Piedad.

Farmacia “Morelos”, Hidalgo 1203 A.

Farmacia “Mayo”, Revolución 1329.

Farmacia “El Águila”, Zaragoza 413.

Farmacia “La Mejor”, Zaragoza esq. 16 de Septiembre.

Farmacia “Super”, Juárez esq. Carranza.

Farmacia “Del Pueblo”, Hidalgo 1209.

Farmacia “Hidalgo”, 18 de Marzo s/n.

Farmacia “Yannette”, Cándido Aguilar 104, Col. Adolfo

López Mateos.

Farmacia “Silva”, Transítmica 1301, Col. Las Américas.

Farmacia “Gabriela”, Quevedo esquina Allende.

Farmacia “Mary”, Bravo 803.

Farmacia “Dany”, Matamoros 1127, col. Lázaro Cárdenas.

Farmacia “Rotter”, Zaragoza esq. Román Marín.

Farmacia “Rotter”, Carranza 402.

Farmacia “Rotter”, Independencia esq. A. López Mateos.

Farmacia “Del Mercado”, Hidalgo 113.

Farmacia “La Gente Más Servicial”, Juárez esquina Pedro

Moreno.

Farmacia “El Fénix”, Juárez 309.

Farmacia “El Fénix”, Hidalgo esquina Morelos.

Farmacia “Coatza II”, Juárez 623.

Farmacia “Nueva”, Zaragoza 708 A.

Farmacia “San José”, Zaragoza esquina Allende.

Farmacia “Gloria”, Hidalgo esquina 16 de Septiembre.

Farmacia “Gloria”, Zaragoza 307.

Farmacia “Gloria”, Hidalgo esquina Allende.

Farmacia “Carranza”, Carranza Sur esquina Román Marín.

Farmacia “Playa Sol”, Honorato Domínguez 100, Col. Ma. De la Piedad.

Farmacia “Del Norte”, I. de la Llave 1206.

Farmacia “Reforma”, Quevedo 1618, Col. Puerto México.

Farmacia “Dany”, Francisco Villa 29, Col. Puerto México.

Farmacia “Colonia”, Sauce 16, Col. Iquisa.
Botica “Central”, Corregidora 205.
Farmacia “Del Sur”, Román Marín esquina 16 de Septiembre.
Farmacia “La Moderna”, Morelos 203.
Farmacia “La Salud”, 16 de Septiembre 118, Col. Ejido Estero Pantano.
Farmacia “Rusuec”, Zamora 509.
Farmacia “Margarita”, Veracruz esq. E. Zapata, Col. Benito Juárez.
Farmacia “Guadalupana”, Hidalgo 622.
Farmacia “Las Palmas”, ant. Carret. Minat. 2103, Col. Emiliano Zapata.
Farmacia “Robles”, Río San Juan 116, Col. El Tesoro.
Farmacia “Uno”, Ave. Uno 307, Col. Tierra y Libertad.
Farmacia “San Carlos”, Juárez 423.
Farmacia “Sagrado Corazón de Jesús”, Transístmica y Bravo.
Farmacia “Coatza”, Zaragoza 812.
Farmacia “Lizbeth”, Heliotropos 2a. Rancho Alegre.
Farmacia “Principal”, Juárez 200.
Farmacia “San Joaquín”, Juan Escutia 1313, Col. Palma Sola.
Botica “Hidalgo”, Corregidora 105.
Farmacia “Santa Martha”, Div. del Norte, Esq. E. Zapata, Col. Fco. Villa.
Farmacia “Bernardett”, Madero 402, loca. 2.
Farmacia “Simomín”, Balboa esq. Pizarro, Col. Hernández Ochoa.
Farmacia “Mex”, Juan Escutia 1509, Col. Úrsulo Galván.
Farmacia “La Virgen de Guadalupe”, Aquiles Serdán esq. Linda Vista.
Farmacia “San Rafael”, Quevedo 3000, Col. Guadalupe

Victoria.

PERIÓDICO “EL OBSERVADOR”

De este “semisemanal” de la vida ístmica, con oficinas en la quinta calle de Hidalgo, cuyo Director fue don Marcial León R., y gerente, Manlio Abel P. Dávila, que se vendía a diez centavos el ejemplar, cae en nuestro poder el número 82, correspondiente al domingo 3 de julio de 1932, precisamente día de elecciones, de cuyo acto tan sólo aparecen estas poquitas líneas “Las Elecciones de Hoy.- A falta de contrincante, las elecciones de hoy estarán desairadas completamente por los votantes y hasta por los mismos Penerristas”.

De ese ejemplar, de cuatro únicas páginas, hemos sacada abundante material que refleja en parte el ambiente de que estábamos rodeados en aquel entonces, y que no obstante haberlo vivido y pasado por él, ahora a la distancia del tiempo nos da la impresión del conductor de vehículo que va cruzando toda una carretera pero que estando ésta invadida por niebla, tan sólo tiene su mirada fija delante del camino, sin poder apreciar lo que a su derecha o izquierda y más allá de la niebla va dejando en su vertiginosa carrera.

Y para que no se pierda en la memoria y en el tiempo revivimos aquí, del amarillento papel los recuerdos del ayer:

ABIGEATO

La muerte de sesenta caballos en el Potrero “Mariana”, puso de manifiesto que se trataba de animales robados, ya que ante el peligro de inundación, los propietarios legítimos de ganado en dicho potrero retiraron oportunamente sus animales, quedando aquellos caballos expuestos a la muerte por la inundación o por el reblandecimiento que la prolongada humedad les causó en sus cascos, llegando a inutilizarlos.

ABOGADOS. Víctor Manuel Rueda Barrientos, en la

segunda calle de Hidalgo. Enrique Otero, en la cuarta calle de Juárez.

ACADEMIAS. Academia Seeman de piano, canto, solfeo, teoría y armonía, en la tercera calle de La Llave. (¿Sería la de la profesora Soledad Ramos?). Academia de Corte sistema “Acme”, de Arelia Rodríguez Velásquez, en cuarta calle de Juárez. Clases de inglés, Amelia L. Van de Salas, en Hidalgo 18, Minatitlán.

AGENCIA DE NEGOCIOS: Sr. Alfonso F. Vargas, en tercera de Hidalgo.

BOTICA CENTRAL. En segunda de Corregidora, anuncia muchos productos bien baratos, entre otros; Agua de Carabaña, \$1.00. Aceite de Bacalao (blanco y negro) \$0.85.

CAMBIOS. Oro contra dólar, \$2.02, Oro contra plata, \$0.86. Dólar contra plata, \$3.78. Franco, \$0.14. Peseta, \$0.31.

DENTISTAS. Dr. José Escamilla Anduela, en tercera de Zaragoza, junto al Correo. Dr. Carlos G. Orlaineta, en primera calle de Hidalgo.

DAMNIFICADOS. La Cámara Nacional de Comercio, presidida por el señor Agustín Brunet, envió su aportación de \$212.00 para socorrer a los damnificados de Colima.

ESCOLAR. El profesor Alberto Toledo y Ochoa dejó de prestar sus servicios como ayudante de la Escuela “Carlos A. Carrillo”.

FERRETERÍA. Carlos Krauss y Compañía, frente al río.

GUARNICIÓN MILITAR. Se hace cargo como jefe de la misma el 30 de junio, el General Reynaldo Nunciio Gaona.

GALLETAS Y PASTAS. Carlos S. Chiu, en Juárez y Corregidora, distribuye las de la marca “Lara Hermanos”.

HOTEL. “Wile” de Enrique Cheo, en primera de Corregidora. Comida corrida, \$0.75. Cuarto y comida, \$3.00 diarios.

IMPRENTA. La Económica, en Corregidora 5.

INHUMACIONES. Miguel Santos Piquet, en sexta calle de Juárez. Joaquín Celaya, en cuarta de 16 de Septiembre.

INSPECTORES DE TRABAJO. Juan Arriaga, enviado especial de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, y Bernardo Mortera, Inspector de Trabajo de la zona residente en Coatzacoalcos, certifican el recuento de obreros de la Refinería de Minatitlán, para efectos de la titularidad de la contratación colectiva con la Compañía de Petróleo El Águila, resultando; Unión de Obreros, 467. Alianza de trabajadores, 409. Libres 347. Eventuales, 61.

MADERERÍA. J. R. Lemarroy, S. en C., maderas finas y corrientes y otros materiales para construcción.

MÉDICO LEGISTA. Tomó posesión el día 1º de julio el doctor José Ma. García Sánchez, de médico legista, substituyendo al doctor Guillermo Torres Santos titular del puesto y médico municipal

MOVIMIENTO MARÍTIMOS. Pailebot “Lolita”. Canoa “Lucero”. Pailebot “Prudencia”. Barco “El Dictador”. Lancha “Rosita”. Canoa “Alondra”. Canoa “Samaritana”. Lancha “Bohemia”.

MUEBLERÍA. Moreyna y Arditti, en Colón esq. Callejón Brunet.

MUTUALISTA. Pone la primera piedra de su edificio en la tercera calle de La Llave, la Sociedad Mutualista de Artesanos.

PANADERÍA. “La Vendedora”, de don Francisco Estrada, en 4a. Zaragoza. “Las Glorias de Tabasco”, de Hernández León y Cía. En 4a. De Hidalgo.

PARTERA. Josefina Ramírez de Limón, en cuarta de Hidalgo.

PROPIETARIOS. El sindicato de Inquilinos pasó a los propietarios de inmuebles una circular, para que les avisen cuando tengan una finca desocupada, a fin de proporcionarles clientes de entres sus asociados, lo que motivó que los

propietarios, como medida de defensa, acordaran formar una Unión, para oponerse también a la reciente Ley de Expropiación Estatal.

RESTAURANTE. Se anuncia como el mejor de la localidad “El Universal”, en los bajos del Hotel Tubilla.

SASTRERÍA. De Espatolino Albores R. en tercera de Juárez.

SOCIALES. La señorita profesora Clara Ortiz, acompañada de su padre don Abundio Ortiz, regresa a la Capital del Estado después de haber disfrutado de sus vacaciones, para continuar desempeñando su cargo en escuela oficial. El señor Manuel Licona recibió felicitaciones de sus amistades, con motivo de su cumpleaños. Las señoritas Carmen, Guadalupe y Luz María Castillo, en compañía de su hermano José, salieron a pasar una temporada en Tehuacan. En el mismo tren y con igual destino, salió la señor Rosa Nieto de Zambrano, en compañía de su hija la señorita Berta Zambrano.

SOLAR. El señor Salomón Lotfe anuncia la venta de un solar en la primera calle de Morelos.

TRANSPORTES. El Capitán Bacelia anuncia servicio público de transporte en su camión.

ZAPATERÍA. La XXX del señor Doniteo Abella, en la segunda de Juárez.

XENOFILIA. Ama a tus prójimos como a ti mismo, da posada al peregrino, auxilia y acoge al forastero que a tu puerta llama, son conceptos considerados de origen divino pero indudablemente de un alto sentido de moral humanitaria. En uno de sus frecuentes trabajos literarios con que nos deleitaba don Miguel W. Rojas, miembro prominente que fue de la Sociedad Mutualista de Artesanos y cuyo taller de peluquería siempre estuvo concurrido por sus amigos y parroquianos, expresó: “Todos los hombres son vuestros hermanos, dijo el Rabí, y nos unió las manos”.

Este es el espíritu que nos anima a recordar con toda justicia, a los nativos de otras naciones que en busca de mejores horizontes, vinieron y se quedaron en Coatzacoalcos, formaron familias y dejaron, y algunos continúan dejando su huella de cariño y de progreso. Alemanes como don Emilio Frank, ferretero; franceses como doña Reginita y los hermanos Ayache, comerciantes en lencería y ropa; japoneses como los señores Nizizaki, abarroteros, Chiyana, Akita e Iwama, mercilleros; don Hideo Kato, benefactores de la Delegación de la Cruz Roja y Tomás Kido, de material eléctrico, así como don Guillermo Uyeno, molinero; árabes, turcos, palestinos, siriolibaneses, entre ellos don Jorge Tubilla, don Julián Habib, don Athié Athié, don Salomón Lotfe, don Salomón Salvador, don Said Tanus, don Elías Férez, don Luis Chagra, don Moisés, don Miguel Yunia, doña María Férez, señor Ramón, etc., comerciantes de calzado y ropa; chinos, como don Carlos Chiu, Alfonso Cheo, Santiago Chen, Enrique Cheo; los integrantes de la antigua colonia de coreanos pescadores; cubanos como doña Amelia Cubas y don Cristóbal Castro; italianos; polacos como el doctor John Sparks, don Guillermo Dalzell, Samuel Pearson, don Harry R. Hallat, don Enrique Taylor; norteamericanos, como don Guillermo Howes, Joe Brown, Clay T. Yerby, Guillermo Henderson, Bely Hampton, señor Knight, Anacleto Blakely, don Anthony Warren y muchos otros que a nuestra memoria escapan. En forma especial mencionaremos aquellos españoles que ya estaban en Coatzacoalcos en los años de 1906 a 1920, casi todos ya finados, pero que sus familias formadas en hogares mexicanos son recuerdo viviente de ellos: Don Cecilio Alegría, dueño que fue del Hotel Colón. Don Eduardo González Cassals, maquinista naval, quien trabajaba en el chalán-ferry impulsado por rueda de madera movida por máquina de vapor, que trasladaba al otro lado del río las góndolas cargadas de rocas procedentes de Paso de Buques, Oax., para construir las escolleras del lado oriente.

Ese chalán dejó de trabajar en el año de 1907. Don Amadeo Bonome, maquinista de uno de los barcos de la Compañía Petrolera El Águila. Don Vicente Riancho, Jefe de Muelles. Don Prudencio Suárez Salas, abarrotero. Don Ángel Torres, marino. Don Pedro Ruiz, contratista de durmientes para el Ferrocarril. Don Alejandro Bringas, comerciante. Don Juan Cruz Carrillo, albañil, maestro constructor. Don José María Ruiz, comerciante. Don Tomás Ruiz, consignatario. Don Manuel Bringas, ganadero. Don Samuel y don Luis Bringas, ganaderos. Don José María Morosini, comerciante. Don Antonio Rodríguez, fontanero. Don Manuel Candanedo, comerciante. Don Joaquín Cadenas Suárez, molinero. Don Venancio Cadenas Suárez, comerciante. Don José Nouche, herrero. Don Antonio Torres, Jefe de Taller Mecánico del ferrocarril. Don Pedro Serrat, herrero. Don Francisco Figuerola, comerciante. Don Rufino X., cantinero. Don David López Cañón, comerciante. Don Matías López Cañón, comerciante. Don Antonio Rivas Noy, panadero. Don Patrocinio Sánchez, gaseosero. Don Germán Vázquez, comerciante. Don Ramón González, comerciante. Don Manuel Soberón, comerciante. Don Mateo Cristiá, relojero. Don Vicente Mature, relojero. Don Juan Gilbert, comerciante. Don Arsenio Carrada, comerciante. Don Antonio Martí, carbonero. Don José Vega Carballedo, comerciante. Don Sabino Vega, comerciante. Don José Gómez, cantinero. Don Manuel Dávila Madrid, comerciante. Don Fernando González, comerciante. Don Manuel Moreira, cantinero. José F. Fernández, cantinero. Manuel Díaz Cueto, agente de ventas. Don Ricardo Carrons, maderero. Don Nicanor González, comerciante. Don Vicente Orozco, comerciante. Un español conocido como “El Carro”, quien con su carreta de tracción animal estuvo encargado de llevar al panteón los cuerpos de las víctimas de la llamada “influenza española”.

Posteriormente vinieron y se radicaron aquí, entre muchos otros, los siguientes: Don Atilano Secano, comerciante. Don Aurelio Camporro, comerciante. Don Segundo Fernández y don Manuel Soberón, comerciantes. Don Rafael Martínez Barón, contratista. Don Bernardo Rodríguez, carpintero. Don Manuel G. Revilla, hotelero. Don Antonio Benítez, banquero. Don Dositeo Abella, comerciante en calzado. Señor Barreiro, fabricante de ropa. Don Valentín Mullor, relojero. Don José González Maroto, agente de seguros. Don Antonio Sánchez Díaz, comerciante. Don Antonio Sánchez Sanromán, comerciante. Don Santiago Danglada, don Juan Bonet, don Juan Caden Canales, don Octavio Feijó, don Ramiro Jiménez, don Alfonso Vera Vivanco, del grupo de refugiados; y don Alfonso Calderón, Antonio Huerza y José Carmelo Pastor, empresario, autor del Himno a la Marina.

CASA DE LA CULTURA

Últimamente se ha venido mencionando en diversos círculos sociales la necesidad de establecer en Coatzacoalcos la Casa de la Cultura. Con el pensamiento y la memoria echamos una mirada retrospectiva y llegamos hasta los primeros años del presente siglo, sin que encontremos la certeza de que alguna vez existió aquí ateneo alguno, aunque debemos reconocer que esporádicamente personas entusiastas y amantes del progreso cultural tuvieron y han tenido la inquietud de brindar su esfuerzo y sus conocimientos para mantener latente tan ansiado deseo. Así podemos decir que en los años veintes, aficionados llegaron a presentar con toda propiedad obras de teatro, recitales, pastorelas, y posteriormente, con el concurso de los nuevos vecinos y la presencia de valores artísticos y literarios, hasta juegos florales, como el que aún se recuerda con el triunfo del finado poeta sanandrezcano don Miguel W. Rojas, o el homenaje que se le otorgó a uno de nuestros más ilustres remodeladores de nuestro parque principal, el ingeniero Abelardo Figueroa,

Q.E.P.D., a cuya idea se debió la construcción de aquel hermoso y original Teatro al Aire Libre de motivos autóctonos, del cual siempre estuvimos orgullosos. Es de justicia reconocer que a la sociedad coatzacoalquense siempre se le han servido exquisitos manjares de cultura y arte, gracias a la dedicación de personas distinguidas, que aisladamente o formando grupos, nos deleitaban con eventos mantenedores de la llama de refinamiento que indiscutiblemente requiere el pujante Coatzacoalcos para alimento del espíritu, ya que no sólo de pan vive el hombre. Orquestas sinfónicas y bandas de música, cantantes célebres y otras expresiones artísticas que en varias ocasiones consiguiera traer a Coatzacoalcos nuestro actual Cronista Ramón Figuerola; conciertos musicales, gracias a su distinguida esposa señora Luciana Piñera; declamaciones y lectura de poesía del Club de Escritoras de Coatzacoalcos; actuaciones literario-musicales del Grupo de Damas Profesionistas; conferencias sobre la cultura olmeca o de historia precolombiana, del doctor Calderón o del licenciado Bencomo. Y últimamente, el inusitado esfuerzo de las hermanas Burguette, con su grupo cultural Huarichi, para sostener un programa que va obteniendo cada día más simpatizadores, y del cual es forzoso que hablemos, considerando que se están sentando ya los cimientos de lo que hará realidad la Casa de la Cultura con su correspondiente hemeroteca, base ésta de la historia de cada pueblo.

Aunque estos apuntes se titulan Del Coatzacoalcos de Ayer, haremos crónica de acontecimientos recientes, que quedarán sentados con hitos en nuestro ensayo histórico, como hechos pasados, recordando que el presente no es más que la puerta por donde el mañana se está precipitando hacia el ayer.

Ns llamó la atención la invitación pública que hiciera el Grupo Huarichi, y nos agenciamos del programa de las

actividades propuestas para el presente mes de enero. Concurrimos a la primera reunión, dedicada a la lectura de poemas que habrán de formar parte del libro en preparación de la poetisa María Esther Mandujano, quien hace gala del lenguaje pintándonos un maravilloso mundo de paisajes de la naturaleza vividos y observados por ella misma, que nos hicieron recordar embebidos en lo magnífico de sus descripciones, que a pesar de problemas de economía, de contaminación ambiental, y sentimentales, aún estamos rodeados de un cuadro de bellezas y placer. En la siguiente reunión, nos fueron leídos poemas exquisitos del chiapaneco Jaime Sabines, debidamente comentados por la concurrencia. Pero el viernes 9 de enero de 1987, con un público selecto y numeroso, en que destacaban primera plumas del periodismo local, tuvimos el inesperado relato de primera mano, de parte del señor Marquet, de la tragedia del pozo petrolero Iztoq, de la cual paso a paso nos fue haciendo partícipe de cada uno de los incidentes ocurridos en los siete meses que duró el descontrol de dicho pozo petrolero en la Sonda de Campeche, conmoviéndonos al transmitirnos sus vivencias personales de tal suceso conocido mundialmente, y que tocó a personal mexicano la gloria de resolver exitosamente cuando los técnicos extranjeros traídos para el efecto, se declararon incompetentes y dejaron en manos de nuestros conciudadanos el paquete. Ojalá que en alguna ocasión se hiciese público el merecido reconocimiento de nuestros técnicos trabajadores que se las ingeniaron para poder controlar el pozo y tapanlo, con procedimientos que los expertos extranjeros traídos a muy alto costo, no llegaron a usar. La campaña destinada a recoger y llevar a su almacenamiento parte de los treinta mil barriles diarios de crudo que el pozo tiraba, el túnel de lámina para llegar hasta los preventores o válvulas situadas en el fondo, a cincuenta metros de profundidad, y en el cual estuvo a punto de perder la vida el valiente “Chanok”, y la exactitud con que

los dos pozos de alivio perforados diagonalmente enlazaron con el tubo principal a 3, 000 metros de profundidad del pozo descontrolado, son dignos de figurar en un tratado universal.

MANZANA 3. Del trazo original Drumont. María Fernanda, la consagrada poetisa de Coatzacoalcos, en uno de sus amenos Temarios nos trasladó a los nostálgicos tiempos de nuestras arenosas calles, aquéllas en que nuestra niñez y juventud se deslizaron tan suavemente que ahora las recordamos como si hubiésemos sido los protagonistas de un cuento de hadas; calles arenosas que en uno de sus fogosos discursos mencionara nuestro coetáneo Q.E.P.D., licenciado Fernando López Arias al expresar que en ellas, con sus pies descalzos, comenzó a ganarse la vida repartiendo la leche del ganado de su padre; calles arenosas que en tiempos de nortes como los que hoy estamos sufriendo eran barridas por el viento y quedaban planas y macizas al regarse con las abundantes lluvias que los mismos nortes traían consigo; tiempos aquéllos en que no obstante el frío los muchachos de cada barriada, constituidos en bandos, jugaban a la guerra de lanzarse trocitos de cáscara de naranja que se impulsaban estirando a toda su capacidad las liguitas o bandas de hule que los trashumantes barilleros o los mercerillos establecidos nos vendían a diez por cinco centavos. Por eso ahora que describiremos algo de lo que antes hubo y mucho de lo que hay hoy en la Manzana número tres, circundada por las terceras calles de Hidalgo y Rodríguez Malpica y por las primeras calles de Morelos y Carranza, no podemos menos que recordar a la propia María Fernanda cortando acotobes del árbol que había en la citada tercera calle de Hidalgo, o a Alfonso Florencia Q.E.P.D., jugando con su pandilla a los “ligazos” en la misma calle.

En la acera Sur de dicha tercera calle de Hidalgo,

comenzando por la esquina con la Calle de Morelos, había en primer término la casa de madera y techo de teja de barro, construida sobre base elevada para evitar la inundación por las corrientes pluviales que se desplazaban por toda la calle de Morelos, desde el médano o duna de la esquina de la calle Revolución (antes calle de Los Saltos) hasta la alcantarilla de la calle de Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica; casa en la cual tuvo su tienda de ropa don Jorge Athié. Hoy tenemos ahí la construcción de mampostería, de dos plantas, con la Zapatería Canadá, a cargo del Supervisor Rodolfo Pérez Brito, donde anteriormente estuvo “El Nuevo Continente”, con su planta baja; y en la alta se encuentra el Hotel Bringas, de la sucesión de los esposos Enrique Bringas y Consuelo Huizar, habiendo estado antes en dicha planta alta el Juzgado Primero de Primera Instancia, y una Escuela Secundaria.

En la misma acera sur de la tercera calle de Hidalgo, siguiendo hacia el Oeste, en los bajos de la ampliación del Hotel Bringas, está el negocio de pinturas Sherwin Williams, representado por el licenciado Sergio González Martínez. Junto a dicha negociación está la joyería y relojería de don Pedro Pineda, oriundo de Juchitán, Oaxaca, que primero fue de madera y lámina y actualmente es de mampostería, a cargo de los sucesores de don Pedro, quien tuvo la gentileza de colocar, para servicio del público, en su aparador a la calle, un exactísimo cronómetro de mesa.

Junto a la joyería “La Esmeralda”, el agente aduanal, don Alonso Ramos, construyó un edificio de dos plantas, cuya fachada estaba totalmente cubierta de azulejos, material que muchos propietarios del puerto comenzaron a utilizar por la economía que resultaba el evitar el gasto de pintura. Ese edificio cobijó después a la Oficina de la Inspección Fiscal del Petróleo, a cargo del profesor don Manuel Martínez Apresa. Últimamente, al adquirir la propiedad el señor Miguel Vela Muñoz, derribó la construcción existente y fabricó de cuatro pisos el flamante edificio de “Deportes El Tigre”.

A continuación seguían unos terrenos que estuvieron al cuidado del señor Joaquín Pereyra, en alguno de ellos estuvo una lavandería de ropa de unos orientales que se establecieron desde la época de la construcción del Ferrocarril de Tehuantepec, los recordamos todavía usando sus tradicionales coletas, y su especialidad de lavar y planchar los puños y cuellos duros almidonados de camisas que en aquel entonces se usaron, por la moda o porque es lo que más se ensucia con el sudor y el polvo ambiente; cobraban cincuenta centavos. La ostionería La Barra de Nautla y la Sastrería Paredes, ocupan actualmente esos lugares donde también estuvo el Restaurante La Mascota del señor Joaquín de la Torre.

Otra casa muy antigua que fue del doctor Victoriano Montalvo, y luego fue el domicilio de su hijo Manuel y esposa señora Luz Galloway Escudero, aún se conserva. Doña Lucha nos mostró el nombramiento de su tío don Eliseo Escudero, de principios de siglo, como Patrón de la Costa, cargo que ejerció en diversas embarcaciones. En la planta baja de dicha casa están un salón de belleza y un negocio de material eléctrico denominado “El Foco”, del señor Santiago González Ledesma.

Una de las casas más lujosas, aunque de madera y lámina, fue la de la familia de don Marcelino Ochoa y señora Aurelia, con sus hijos Chelino, Pedro, Aurelia e Irene, de dos plantas, de quienes se recuerda la elegante carroza o carretela de tracción animal utilizada para pasear los domingos. Esta mansión fue adquirida después por don Alejandro Bringas Palacio, quien la vivió con sus familiares María Cruz Molina de Bringas, su esposa, y sus hijas Oralia, Miralda y Olga, así como sus cuñadas Isabel y Lesbia Cruz Molina. Por varios años, en la planta baja estuvo el consultorio dental del doctor Gutemberg Díaz. Hoy ya no existe el inmueble en cuestión,

pues fue derruido para dar lugar a la nueva construcción denominada Plaza Kristal, negocio de ropa, vestidos de novia, mueblería.

Sigue la primera casa de mampostería construida en Coatzacoalcos, por el constructor maestro albañil don Juan Cruz Carrillo, suegro que fue de los señores José María Ruiz y Venancio Cadenas Suárez. Esta casa aún existe, corresponde al número 317 de la calle Hidalgo, y en su planta baja funciona la Estación Radiodifusora X.E.G.B., pionera en Coatzacoalcos, donde además de su juventud casi acabó con su voz el por muchos años locutor Anatolio de la Cruz. Una cerrajería y la Fotografía México.

En el número 321, también de Hidalgo, estuvo por muchos años el negocio de materiales de construcción del señor don Dámaso Madrazo Ortiz, que desapareció para dar paso, en nueva construcción a la Academia de Contabilidad Ascencio, y a la boutique Tipps de los esposos Víctor y Hortensia Sandria. La parte correspondiente a la Academia de Contabilidad, que en alguna época fue también la sede de la Cámara de Comerciantes en Pequeño, recientemente demolida al adquirirla el ferretero señor Moguel.

Del 323, al 325, está la primera casa exclusiva de vestidos y ajueres para novia, de los esposos Erasmo Vázquez y Guadalupe Burgos Cadena de Vázquez, y a continuación sigue el sanatorio de la doctora Yolanda Rendón, el Edificio Vadillo, y la Casa Kato. Anteriormente a estos negocios, sabemos que estuvo la casa de don Juan Torres, fundador del primer Club de Caza de Coatzacoalcos; la casa donde vivía una señora española, madrina que fue de don Alfonso Florencia, mejor conocido como “Flash”, electricista fundador del primer Sindicato Local de Electricistas de Coatzacoalcos; la casa de doña Manuelita, mamá de Casta Leonor y Susana Tadeo; la escuelita de párvulos de doña Lucha, y la de don Miguel Prado.

El Edificio Vadillo, correspondiente al número 329 de la

tercera calle de Hidalgo, fue mandado edificar en terreno que perteneció a don Francisco S. Rosales, mejor conocido como don Pancho Cachimba, Piloto Mayor del Puerto, por el señor Luis Vadillo Roca, comerciante originario de Chacaltianguis, Veracruz, en cuya planta alta vive aún su viuda señora Francisca Revilla Notario, con su hija, señorita Josefina Vadillo Revilla, y en la planta baja están: la peluquería del maestro Mirón Villanueva, desde el año de 1950, la joyería La Nueva Perla del señor Francisco Palacios, taller de la joyería La Nueva Perla del señor Francisco Palacios, taller de reparaciones electrónica, y Miguel Palomeque. Anteriormente estuvieron la zapatería “El Cielo”, del propio señor Vadillo, la oficina de la Tehuantepec Lumber, que representaba el señor Juan Nacif; la Mueblería Nueva, de unos españoles; la tienda Electra de los señores Vera, Suárez y Jiménez; Tinacos Eureka de don Rafael Martínez Barón.

Después del edificio del señor Hideo Kato, con su negocio de material eléctrico en la planta baja, y su domicilio familiar en la planta alta, con su esposa y sus hijas Tere, Mioca y Alicia, sigue la casa de la familia Buces Rueda, y a continuación, haciendo esquina con la calle primera de Carranza, antes 5 de Mayo, está un edificio nuevo, con el Restaurante El Carruaje en su planta baja, edificio éste que ocupa el terreno en donde don Valentín Rueda tuvo por muchos años su molino de nixtamal, que después tomó en arrendamiento el señor Guillermo Uyeno y por último el señor Tomás Kido. En la casa familiar de la familia Rueda, estuvo la escuelita de doña Eduarda.

Nos trasladamos ahora a la primera calle de Morelos, acera Oeste, en cuya esquina con la calle del Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica, estuvo la cantina de don José (Pepe Pescuezo) Argüelles, que luego fue de don Manuel Gil. Substituyendo a la vieja casa de madera y lámina, ahí

se encuentra ahora el edificio de la señora Emelina Cajigas viuda de Sarabia, donde estuvo el Servicio Médico u Hospital de la Scop y actualmente la mueblería del señor Anastacio Psaltidis denominada “Mueblería del Puerto”.

Seguía la construcción de madera y lámina de la familia Arias Montalvo, con la lavandería del chino Wong, el Restaurante Edén de don Alejandro Arias y la peluquería del maestro Régulo Jiménez. Ahora están “Implementos de Seguridad Industrial, Distribuidora Gadi”, del señor Carlos Camps Arias, y un taller de reparación de calzado.

La acera norte de la antigua calle del Ferrocarril, hoy de Rodríguez Malpica, fue por algunos años casi en su totalidad el asiento de la zona de tolerancia del puerto, lunar que afea a cualquier ciudad, pero mal necesario para el control aséptico del ejercicio de la prostitución, que si bien nuestra legislación lo prohíbe, las autoridades en turno lo toleran...

Diversas construcciones de madera y lámina, algunas ya con piso de cemento, de una sola planta, se destinaban principalmente a negocios de cantina y salones públicos de baile, y la calle remataba con un inmenso solar donde había frondosos árboles de Ceiba y en donde se instalaban las carpas de espectáculos más o menos pornográficos, como La Noriega o La Mariposa. Cuando la población comenzó a crecer, allá por los años treinta, esos centros de vicio fueron desplazados hacia partes menos pobladas, y en su lugar surgieron nuevas construcciones como comercios y hasta industrias, como la fábrica de jabón La Hormiga de don Daniel Ponce Narváez, después los talleres y agencia de Automóviles Dodge de la familia Candanedo, a cuyo frente estuvo don Antonio Sánchez; la agencia de la Cervecería Cuauhtémoc; el horno de pan de los hermanos Trejo.

Actualmente, de Oriente a Poniente, en dicha acera Norte están: la tienda de abarrotes “El Patito de Oro”, de doña Gloria Franyutti, junto a donde estuvo El Carrusel; Novedades Galia. Novedades Anamía. Pinturas Glidden, del señor Cobián

Botello. Droguería González y Compañía. Refaccionaria Alex. Electro Servicio El Átomo, del maestro Ángeles Celio Castelán. La Refaccionaria Espinosa. La Peluquería del Sureste. Taller de Reparación de Refrigeradores. Refrigeración y Accesorios Aguilar.

También están actualmente en la acera Norte de la tercera calle de Rodríguez Malpica, antes del Ferrocarril, Refacciones Electrodomésticas. Mueblería Guadalupana. Refaccionaria Eléctrica del Hogar. Cubreasientos y Tapices. Muebles y Colchones Gadi. Juegos de futbolito y electrónicos. Patio de vecindad. Taller de Reparación de Alhajas y Relojes. Provedora Ranchera del Golfo, de don Roberto Madrazo y doctor Antonio Riveroll Presenda.

En la esquina con la primera calle de Carranza, que antes se llamó calle del Cinco de Mayo, en el edificio de dos plantas mandado construir por don Eugenio Ponce Narváez, y donde estuvo la Oficina de Correos, en su planta baja está “Refrigeración y Lavadoras de Coatzacoalcos”, y en la planta alta, entre otros, la Asociación Internacional Jung Do Lama, de judo y karate, deporte que en su tiempo introdujo con mucho entusiasmo a Coatzacoalcos el Contador Público y L.E.A. Francisco Morán Galván.

Dando la vuelta y siguiendo por la acera Oriente de la primera calle de Carranza, después del solar de la esquina, estaba el cabaret o salón de baile público y cantina denominado “Babalu”, la tienda de doña Agripina Caballero, un patio de vecindad, y por último el molino de nixtamal de don Valentín Rueda. Hoy tenemos en esa misma acera el negocio de alfombras y cortinas “Acondira”, el patio de vecindad, “Refacciones y Aparatos Domésticos y Eléctricos”, Refrigeración Comercial, Restaurante Reyes, Guayaberas Yucatecas, copias xerográficas, y el Restaurante “El Carruaje”.

Termina la relación de la manzana número tres del trazo primordial de Puerto México, hoy Coatzacoalcos.

MANZANA 4. Cuando el señor George Ting, ciudadano norteamericano propietario del llamado Hato de Las Barrillas, anteriormente Isla Mariana, que comenzaba en el río Coatzacoalcos y terminaba en el río Calzadas, “tuvo la gentileza” de ceder la superficie necesaria para el primer fundo legal de la ciudad, quedó hecho el trazo original de ésta, distribuyéndose en cuarenta y dos manzanas. La número 4 quedó comprendida entre las calles de 5 de Mayo, hoy Carranza, y 16 de Septiembre, y entre las calles cuartas del Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica, e Hidalgo. El fundo legal quedó limitado al Norte, por la calle de Los Saltos, hoy Revolución, al Sur, por la ya citada del Ferrocarril, al Oriente por la calle Colón, hoy del Colegio Militar, y al Occidente la calle de Guerrero.

En la esquina de la hoy primera calle de Carranza y cuarta de Hidalgo, había un solar baldío propiedad del industrial ibero don David López Cañón, que en el año de 1954 fue adquirido por don Alberto Rodríguez Córdova, mejor conocido como el güero Torreón, quien con esfuerzo y tesón convirtió su modesto taller de soldadura y herrería, en edificio de dos plantas con las oficinas de Super Talleres Torreón, refaccionaria automotriz y taller de torno y mecánico, con la distribución y venta de los motores a diesel General Motors. Laboraron con él, su tío don Hermilo Córdova Morideaux, su hermana señora Silvia de Chagra, don Fermín Zárate, don Luis Abreu Herrera y sus gemelos hijos Salvador y Luis Abreu Esquivel, especializados éstos en cigüeñales e inyectores, el jefe del taller don Alfredo Rodríguez, la cajera, señorita María Elena Abreu, el señor Pedro López Aguilar y su esposa Celia, don José López Aguilar, don Gustavo Trejo, don Gastón Cabrera, don Ángel R. Kim, don Desiderio Cadenas y don Fernando Díaz.

Al desocuparse el inmueble de Super Talleres Torreón, de

la esquina de Carranza e Hidalgo, fue ocupado por la Clínica del Servicio Médico de Petróleos Mexicanos, después por la negociación “Colchorama”, y actualmente, desde el 16 de noviembre de 1981, por Electra, almacén de muebles y aparatos domésticos, a cargo del Jefe Administrativo Sr. Miguel Antonio Cruz Flores. El inmueble lo vendió el señor Rodríguez Córdoba.

Siguiendo hacia el Sur, por la acera occidental de la primera calle del 5 de Mayo, hoy Carranza, estuvo la casa de madera, de dos plantas, de la señor Luisa Puebla de Millard, y la esquina con la calle del Ferrocarril, la tienda de don Cayetano Griego, esposo que fue de doña Emerenciana Torruco, una de las valientes lideresas con que antaño contó la H. Sección 31 del Sindicato Petrolero, cuando la lucha sindical contra la Empresa era radical y frente a frente. Aún recordamos a doña Meche en la huelga de 1936, haciendo sus guardias y repartiendo alimentos y café a sus compañeros, en aquellos tiempos en que no se contaba con fondo alguno de resistencia y todo se hacía, como ella muchas veces lo dijo, “a puro valor mexicano”.

Desapareció la casa de doña Luisa Puebla y surgió la residencia ajardinada y con elevada barda de ladrillo rojo a la calle, que últimamente ocupara la familia de don Rafael Menéndez, su esposa Esperanza Velasco y sus hijos Rafael, Pedro, Celia, Esperanza y Raúl.

Esta casa de la familia Menéndez Velasco también fue demolida. Más adelante mencionaremos lo que hay ahora. Sin embargo, la construcción de la esquina sigue en pie, con la antiquísima Cantina “La Terminal”, que también tuvo Salón de Billares, cantina que actualmente administra, con su anexo de mariscos, el señor Gumaro Tejera Flores, y antes lo fue el señor Roberto Flores.

En donde estuvo la residencia de la familia Menéndez

Velasco, en la acera occidental de la primera calle del 5 de Mayo, hoy Venustiano Carranza, existen actualmente diversos locales comerciales, como el Restaurante Garibaldi, del señor Carlos Ávila Salinas, desde agosto de 1975, que antes fue lonchería “Flor Silvestre”. Muebles Económicos de Madera El Camello”, del señor Jorge Santiago García Diez, existiendo antes un Taller de Reparación de Antenas y Radares Marítimos. Sigue el expendio de “Pan del Puerto”, del señor Jesús Trejo, que originalmente estableciera el periodista Andrés Siu Hernández, y que desde hace unos tres años administra la señorita María González Vidal.

Frente a dicho restaurante “Garibaldi”, en el camellón de la primera calle de Carranza, formando parte ya del moderno Coatzacoalcos, ante una especie de santuario religioso erigido en el mismo camellón, se reúnen los diversos conjuntos musicales, trovadores y mariachis ambulantes, que esperan el llamado de sus ocasionales clientes para amenizar fiestas, pachangas, reuniones y llevar serenatas a muchachas bonitas o a políticos que cumplen años; locación que se viene conociendo con el romántico nombre de Plaza Garibaldi, simulando la del Distrito Federal.

Comenzando de Oriente a Poniente, por la cuarta calle de Rodríguez Malpica, junto a la cantina La Terminal, en el número 402 está la oficina que atiende la secretaria señorita Concepción Niño pavón, quien nos da a conocer los nombres de los integrantes de dicho Mariachi, que llevan 16 años en Coatzacoalcos, y el próximo 5 de mayo cumplirán 25 años de actividad. Su Director, Sacramento Pérez Castro. Ejecutantes: Manuel Pérez Castro, Guillermo Monterrosa, Marcelino Meza, Norberto Miranda, Ramón Trejo y Saturnino Puga García. El Director y los dos primeros son originarios de Puebla, los demás, de Jalisco y Veracruz.

Prácticamente, después de la tienda de don Cayetano Griego, en la esquina de las calles 5 de Mayo y Ferrocarril, hoy Carranza y Rodríguez Malpica, respectivamente, seguía

el pantano hacia el Sur y Occidente, limitado por el terraplén de la vías del ferrocarril. Sin embargo, se recuerda que hubo en la hoy cuarta calle de Rodríguez Malpica, construida sobre altos troncones, las casas familiares de doña Teresa Urieta y del señor Treviño, seguidas por el negocio de cantina y salón de baile del señor Tiburcio de la Fuente, dominado “El Malecón”. Esta calle, en la que también se recuerda que alguna vez hubo un corral para corridas de toros, patrocinadas por miembros de la Colonia Española de aquel entonces, fue beneficiada por el relleno de los años de 1942/1943, con la arena traída del médano existente en la calle 16 de Septiembre, entre Gutiérrez Zamora y Lerdo, mediante góndolas o volquetes de vía “decauville”.

En propiedad aún de la familia Menéndez Velasco, está actualmente la casa habitación de doña Ángela Domínguez, viuda de Bravo, y quien fuera esposa de don Daniel Bravo, administrador que fue del Hotel Jardín. Esta señora nos dice que ocupa el inmueble desde hace veinte años, con sus hijos Nicolás, de oficio marino, y Rosalía, que ha terminado el sexto semestre de la carrera de Ingeniero Civil de la Universidad Veracruzana.

El acceso al actual domicilio de don Rafael Menéndez, en el interior de su feudo sigue a continuación, no habiéndonos sido posible entrevistarle tanto por hallarse muy enfermo como por que nos lo impidió un par de feroces canes. Viene después la Taquería “El Yuca”, de don José Pastor Castillo Canché, quien halaga el paladar de los conocedores en ese establecimiento desde hace quince años.

Seguimos con lo que en la citada Manzana Num. 4 que hasta por los años veintes era terreno baldío además de pantanoso, el esfuerzo de la mano del hombre y su necesidad de un techo para sobrevivir, transformaron en una zona habitacional y comercial humana.

Don Carlos Cruz Ochoa, originario de Alvarado, Veracruz, junto con la señor Hilda del Carmen Pizá Beltrán en el año de 1960 se establecieron con su negocio de comidas, con la especialidad de un mondongo exquisito producto de su habilidad culinaria, primero en local del señor Rafael Menéndez, y luego, en 1962, al adquirir en propiedad de la señora Esperanza Cisneros la construcción contigua en la cual estuvo un Taller de Cigüeñas del gallego Celso y el Depósito de la Coca Cola que administró el señor Ramón Figuerola Ruiz, ampliaron su negocio que aún existe, aunque ya en otras manos. Descanse en paz el amigo “Pichichi”.

Después del restaurante “Pichichi”, seguía la casa habitación de la familia Rovira, que después se convirtió en edificio de tres plantas, en donde funcionó un gimnasio de fisiculturismo, que desde hace tiempo permanece cerrado.

Don Fidencio Sánchez López, trabajador petrolero, adquirió la propiedad siguiente hacia el Oeste, y empleó el tiempo disponible, ya jubilado de la industria, para ampliarla y mejorarla, hasta que determinó venderla para irse a radicar al puerto de Veracruz.

En dicha propiedad funciona un negocio de refrigeradores y lavadoras eléctricas, y una sucursal de la Conasupo. Don Fidencio es el padre del líder petrolero aguadulceño Hugo Sánchez Gaytán. El negocio de refrigeradores, que ahora se conoce como “Equipos para Gas”, está a cargo de la señora Elisa Tiburcio Felgueroso. El administrador de la tienda Conasupo es el señor Rodolfo Mora. La cajera se llama Lucía Chan Herrera, el dueño actual del edificio, según se nos informó, es el señor Gregorio Pablo González.

Por la misma acera Norte de la cuarta calle de Rodríguez Malpica, antes del Ferrocarril, encontramos la casa 410, de don Ezequiel Ricárdez Peña, quien compró a doña Margarita Burgos. Fue una casa de madera y lámina construida por el tornero de Matías Romero, Román Burgos Cadena. La calle fue pavimentada cuando era Presidente Municipal el señor

Francisco King Hernández. El señor Ricárdez vive ahí desde 1962, con su esposa Isabel Hipólito. Sus hijos: doctor David Ricárdez Hipólito, y Leopoldo, quien fue becado por Pemex en el oficio de Operador de Plantas, quien luego estudió Ingeniería Civil.

En el número 412, habita el señor Armando Colorado, y en el 412-A, desde hace años, la señora Laura Ochoa González, originaria de Achotal. Su esposo, Armando González López, es comerciante en el interior, el señor Salvador Martínez Mariño, dueño de la tortillería Cuatro Vientos de la calle Román Marín.

Siendo el número 414, de la familia de don Enrique Mata, uno de los más antiguos comerciantes de Coatzacoalcos, casa que desde 1939 la habita la familia del hoy extinto fotógrafo Gabriel Gutiérrez Prieto, fundador del Club de Caza y Pesca. Su esposa, señora Velia Baeza, sus hijos: Gabriel, fotógrafo y radiooperador; Elba licenciada en Pedagogía; Velia, secretaria; Alma, fotógrafa.

El número 416 corresponde a la casa de don Rutilo Villanueva Salinas, quien fue Jefe de Estación de Ferrocarril de Tehuantepec, substituyendo a don Alberto Mora González. El señor Salinas compró la propiedad a don Pastor Orendain, celador de la aduana marítima, y desde 1949, vive en ella con su familia. Su esposa: doña Margarita González, sus hijos: Alfonso, Rutilo, Eleazar, Eduardo, Rosa Elena, María Argelia, Margarita y Ofelia.

El número 418 de la 4a. calle de Rodríguez Malpica, corresponde a la casa propiedad de la familia de Angelita Rosaldo. La ocupa en arrendamiento el comerciante señor Lau.

En el 420 vive en celador de la Aduana Marítima señor Eusebio Guzmán Pérez, a quien no pudimos entrevistar por hallarse convaleciente de un traumatismo. Se nos informa

que en esta casa vivió por mucho tiempo el buen amigo Filiberto Ruiz, mejor conocido como Alvarado, Q.E.P.D., uno de los primeros vendedores de billetes de Lotería Nacional, y quien además se distinguía como buen jugador de billar en el salón de don José Sánchez.

Pasamos al número 422, domicilio de los esposos Alfonso Villanueva, hijo de don Rutilo, y Adela Arjona de Villanueva, hija de uno de los primeros líderes obreros de la Delegación Uno del Sindicato de Trabajadores Petroleros de Nanchital, hoy secciones 31 y 11, respectivamente del STPRM. La señora Arjona fue secretaria en la Antigua Notaría Pública Número Dos a cargo del licenciado Amado J. Trejo, y fundadora de la planta de empleados del Cine Ideal, cuando éste pasó a ser propiedad de la empresa de don Fidel Lara, desapareciendo su antiguo nombre de Cine Lux. La casa en que viven, la compró don Rutilo Villanueva a su anterior propietario don Camilo Carrera, y el matrimonio Villanueva-Arjona lo ocupa desde el 4 de noviembre de 1956. Antes estuvo ahí la modista Candelaria Cámara. Don Alfonso Villanueva es Gerente de Ventas de la Ferretería Villanueva. Sus cinco hijos: Gustavo Alfonso, casado con Elizabeth Alor Castillo, es Ingeniero Químico en Cangrejera; Manuel Eleazar, casado con Lilia del Rosario Canseco, es subgerente de la Ferretera; licenciado Rutilo Alberto; C.P.T. Auditor María Antonieta; y César Javier, quien cursa el cuarto semestre de Ingeniería en Computación.

Calle Rodríguez Malpica. Casa número 424 A, que fue propiedad de don Juan Higuera, trabajador petrolero que tuvo a su cargo el Departamento de Mantenimiento y Servicios, primero de la Compañía El Águila, y después de Pemex. Don Juan Higuera a quien conocimos por los años veintes como Encargado del Cine Lux, hoy Ideal, fue magnífico amigo y muy entusiasta cazador, fundador también del Club de Caza, Tiro y Pesca "Pemex", constituido en el año de 1949. En este número 424 A, viven desde hace treinta años los esposos

Eugenio Jiménez y Eulalio Arias de Jiménez, originarios de Tehuantepec, del Barrio San Jerónimo, cuyos hijos son: Jesús, empleado bancario; Gilberto, oficinista de la Ford; y Genoveva y Flora, casadas respectivamente con Rutilo Villalobos y Oliverio Pérez Hernández.

En la parte marcada con la letra B, está la Paletería “Regia Veracruzana”, propiedad del señor Jesús Iñiguez, originario de Guadalajara, Jalisco, quien nos informa que el inmueble lo compró en 1956, cuando no era sino una construcción de madera y lámina, a don Juan Higuera, habiendo tenido que poner cimientos en su actual construcción, cuando aún no se rellenaba el pantano, quedando a un metro de altura de la superficie de la calle, y luego, cuando se hizo el relleno y posteriormente se pavimentó, tuvo que aumentar otro tanto los cimientos para no quedar hundido. Su familia radica en Guadalajara, Jalisco. Don Jesús Iñiguez tiene anotada la fecha de la erupción del volcán chiapaneco El Chichonal, que fue el 29 de marzo de 1982.

La casa número 426, de la calle Rodríguez Malpica, es de material, de dos plantas, perteneció al señor Hilciades Garizurieta, comerciante muy apreciado en Coatzacoalcos, que tuvo su negocio en la calle de Colón, donde anteriormente estuvo el Resguardo Marítimo, y a su esposa señora Paula Castañeda. Esa propiedad, se nos informa, pertenece ahora al señor Francisco España Orozco.

En el 428 de la calle Hilario Rodríguez Malpica que venimos detallando, calle que antes se llamó del Ferrocarril, viven los esposos Feliciano Gutiérrez Pérez, pensionado del Seguro Social, y Nina Cáceres, ambos originarios de Villahermosa, Tabasco, desde el año de 1950, propiedad que antes fue de doña Josefa Pedrero, mamá del tornero de Nanchital, José Pedrero. El señor Feliciano Gutiérrez trabajó por muchos años como motorista de embarcaciones pertenecientes a don

Luis Fernández y a don Margarito Cortázar, como el “Juan José”, María de la Luz, Lobos III, San Leonardo, El Obrero. Tiene una hija, Guillermina, que radica en San Miguel de Allende, casada con Manuel Reyes Robles.

La casa marcada con el número 430, tiene construido un templo de la religión protestante. En ese sitio estuvo anteriormente el hogar de los esposos Manuel Cartas y Elvira Zavala de Cartas, cuyos hijos son Manuel, Rodolfo, Sibelia, Lobby y Margarita. El señor Cartas fue jefe del Taller Eléctrico de Petróleos Mexicanos, en Nanchital, Ver.

En el predio correspondiente al número 32, el señor Horacio Ortiz Ponce tiene establecido, desde hace nueve años su Taller de Maquinados y Servicios Industriales.

Esta parte de la ciudad que venimos relatando, fue rellenada con arena en los años 1942 y 1943, según nos informa el señor Francisco Urbina, quien vive precisamente en la esquina que forman las calles cuarta de Rodríguez Malpica y primera de 16 de Septiembre desde 1934, cuando lo único bello del lugar lo constituían las plantas de pantano que producen las blancas flores llamadas mariposas. El señor Urbina, ahora trabajador petrolero de perforación, originario de Salina Cruz, Oaxaca, fue un hábil y bien conocido peluquero que en el año de 1952 laboraba en la peluquería “La Moderna”, de la tercera calle de Juárez. En 1939 construyó de material.

Todavía en el año de 1930, cuando nuestro condiscípulo (Q.E.P.D.) Rodolfo Castro Arana (Posi-posi) escribió sus “Semblanzas Porteñas”, describe la primera calle del 16 de Septiembre como deshabitada y formando parte del referido y ya desaparecido pantano.

La acera Oriente de dicha calle ostenta hoy, después de la esquina con Rodríguez Malpica, propiedad del señor Francisco Urbina, dos construcciones de mampostería, de dos plantas cada una, marcadas con los número 102 y 104, respectivamente, correspondiendo la primera al domicilio de don Enrique Fernández, recién fallecido, y de su esposa

hoy viuda doña María Díaz, radicada en México, D. F. En la segunda está en la planta baja un médico veterinario, y en la planta alta la familia del señor Villanueva González y Juana González de Villanueva, originarios de Salina Cruz, Oax. y Almagres, Veracruz, respectivamente.

Nos cuenta doña Juana González que don Francisco vino a Coatzacoalcos a trabajar en la Oficina de Telégrafos del Ferrocarril cuando apenas tenía catorce años de edad, que aquí se casaron y actualmente están radicados en Mérida, Yucatán. Además de Humberto, son padres de Francisco, petrolero; Ulises, taxista; Rosa Elena, esposa de Saturnino Cabrera Serrano, distribuidor de material eléctrico; y Rebeca, casada con Carlos Vázquez Cevallos.

Haciendo esquina con la calle de Hidalgo, también en construcción de mampostería, está la Farmacia “Gloria”, que al principio fue de don Rafael Monje, habiéndola adquirido hace como treinta y cinco años sus actuales propietarios, don Martín Gómez Ríos, y Concepción Herlindo de Gómez, oriundos respectivamente de Huetamo, Michoacán, y Minatitlán, Veracruz.

Esta farmacia “Gloria” desde su fundación estableció el servicio de día y noche diariamente para beneficio de la población doliente, pues antiguamente, las pocas farmacias que existían en la población, por acuerdo con la autoridad municipal tenían establecido una especie de rol, turnándose cada semana para proporcionar el despacho de medicinas en horas nocturnas y en días de asueto, informándose de ello por medio del periódico local y por aviso puesto a la vista del público en cada botica indicando cuál estaba de guardia.

La acera Sur de la cuarta calle de Hidalgo, que en su principio (confluenciada con la calle del 5 de Mayo, hoy Carranza), contaba con el solar baldío de don Matías López Cañón, donde se almacenaba el pescado (robaló) seco,

productos de los “lances” de nuestros pescadores en la playa, y que iría a parar a los mercados del centro de la República. En dicho solar estuvo después el Taller de Soldadura de don Alberto Rodríguez Córdova, quien habiendo construido su flamante edificio, estableció su Empresa de “Super Talleres Torreón”, con sus oficinas, refaccionaria automotriz y taller mecánico. Posteriormente estuvo ahí la Clínica del Servicio Médico de Pemex, y actualmente la empresa mueblera “Electra”.

Seguía un solar, famoso por un frondoso árbol de ciruela, con casa al fondo, habitación de las familias de Eduardo Aguilar y de don Pedro López Eguízar. Este solar primitivamente fue de doña Catalina Limón viuda de Aguilar, quien vino de Oluta, Veracruz, siendo viuda de don Manuel Aguilar, ex presidente municipal de Acayucan, y funcionario de la Aduana Marítima de este puerto. Sus descendientes fueron Manuel, Manrique, Amparo, Amelia, Flora, Luisa y Eduardo Aguilar Limón. Amparo se casó con don Pablo López Eguízar, Patrón de la Costa, originario de Paraíso, Tabasco, padre de nuestro buen amigo el gordo Pedro López Aguilar. Doña Amelia Aguilar Limón le vendió el citado solar al doctor Jorge Herrera López de Llergo en el año de 1956, esposo de doña Isabel Cantillo de Herrera, padres de Jorge, Rubén, Raúl, ahora médicos, Javier y Arturo, abogados, y Alfredo y Marcos, estudiantes. El doctor Jorge Herrera López de Llergo, vino en 1950 del puerto de Veracruz a trabajar en el Servicio Médico local de Petróleos Mexicanos, habiendo construido en el solar que fuera de los Aguilar Limón, un edificio de tres plantas donde está instalado su Centro de Diagnóstico Radiológico.

Hidalgo 403. Casa de dos pisos de material, con dos anexos. Al frente, negocios de fontanería y material eléctrico. Al fondo, el consultorio dental del doctor Jorge Brauer Granados. En los altos, casa habitación del periodista señor Andrés Siu H. Don Ignacio Gómez Muñoz, originario

de Minatitlán, propietario de “Material Eléctrico París”, estableció su negocio aquí hace unos diez años. Con su esposa, también de Minatitlán, Palmira Flores Gómez, son padres de los menores Miguel, Crisol y Maricela. Don Crisóforo Mercader Limón, esposo de doña Rosa Rosaldo y padre de Pedro, Raúl, Rosaluisa y Alberto, tuvo aquí su casa habitación de madera y lámina, construida en altos loguines por aquello de las inundaciones. Él era encargado de la gasolinera de la Compañía El Águila que tenía concesionada don Jacinto Roque Lemarroy, pasando después de la Expropiación a trabajar en la Agencia de Ventas de Petróleos Mexicanos a las órdenes de don Manuel Díaz Cueto. La casa de madera y lámina fue substituida por la actual casa de material, propiedad de doña Rosa Luisa Mercader Rosaldo. Antes de que se estableciera el negocio de material eléctrico, estuvo ahí el Restaurante Julio César, y más antes el domicilio de doña Chalía García y su esposo.

Hidalgo 405. Contigua a la propiedad de don Crisóforo Mercader estuvo la casa de don César Villa. En este terreno, allá por los años cuarenta, doña Delfina Palacios, madre de Carlos Macal Palacios, que venía administrando el hotel y restaurante Colón, construyó el Hotel Palacios, que luego cambió de nombre y actualmente es el Hotel Moreno's, perteneciente a la Sociedad “Hotel Moreno's, S.A.” siendo su principal accionista el señor Antonio Moreno, y su gerente el licenciado César Díaz de Paz.

Hidalgo 407. Aquí estuvo una cuartería de alquiler del señor don Atilano Hernández, pionero de las obras del Puerto, habiéndole vendido su propiedad al señor Patricio Bocanegra. Hoy existe una construcción de dos plantas. Abajo está un taller de reparación de calzado y venta de artículos para zapateros y limpiabotas, de un señor conocido como don Polo, y la “Eléctrica Búho”, que tiene tres años

de establecida, perteneciente a la Sociedad de Guadalupe Carranza García, Gilberto Aguirre y Manrique Quintela. En la parte de arriba vive el propietario del edificio.

Hidalgo 409. Local comercial que está cerrado, propiedad de la viuda de un señor conocido como “don Guancho”, que fuera socio de don José Hernández.

Hidalgo 411. Prácticamente, desde aquí hasta la esquina donde está actualmente la farmacia Gloria, eran unos solares desocupados y pantanosos en tiempo de lluvias, que servían de corral de encierro de los caballos de alquiler de don Jorge Caballero, y bestias y carretas de transporte público de carga. Actualmente están aquí, en construcción de mampostería, un negocio de productos de “Repintado Dupont”, la zapatería “Lalos” de la señora Josefina Kuri, así como la cerrajería del señor Juan Serrano. Este solar fue de la propiedad de la familia del doctor Victoriano Montalvo, últimamente de su hijo Augusto (Tuco), quien lo vendió al propietario de la zapatería mencionada.

Hidalgo 413. Casa de material de una planta, que fue de don José Hernández, hoy de su hijo Francisco Hernández.

Hidalgo 415. Galerón viejo de lámina donde estuvo la panadería de don José Hernández, “Glorias de Tabasco”, que fue consumida por un incendio en el año de 1965. En el fondo existen actualmente los restos de los dos hornos con que contaba la panadería, uno que fue de leña y el otro de petróleo. Hoy está aquí el taller de carpintería de don Roger Carrillo, casado con doña Ángela Flores Camacho.

Hidalgo 415 Bis. Casa de un solo piso, donde tiene su negocio de acabados de aluminio el señor Miguel González Villafuerte.

Hidalgo 417. Casa antigua de madera y lámina, donde vivió el señor Arcadio Limón, de profesión lanchero, casado con la señora Camila Rodríguez.

Hidalgo 419. Casa de material de dos pisos, construida por don Francisco González Caballero, donde vivió con su esposa

doña Carmen Absalón de González.

Hidalgo 421. Casa de una sola planta, en donde anteriormente don Jorge Caballero tuvo un edificio de tres plantas, con habitaciones de alquiler, en donde vivieron, entre otros, los señores Abel Cobián Botello, Salín Domínguez y Gilda Rojas, edificio que fue demolido en el año de 1980. Actualmente están ahí, el Grupo Administrativo Computacional y el restaurante Pekín.

Hidalgo 423. Casa de material de dos plantas construida por don Amadeo González Caballero, en un solar que le vendió su tío don Jorge Caballero. Ahí tuvo su residencia don amadeo, quien fuera Presidente Municipal de Coatzacoalcos y Diputado, en cuya administración fue construido el Parque Deportivo Miguel Alemán y el Mercado Constitución. Casado con doña Isabel Uscanga, tuvieron cuatro hijos: Adela, casada con el arquitecto de Villiers; Melba, casada con el ingeniero Leopoldo Dueñas; Alcira, casada con el doctor Enrique Terán; y Amadeo.

Hidalgo 425. Aquí estuvo la casa de madera y lámina de don Adolfo Fajardo Cortés, campechano, quien se casó con doña Josefa Rosaldo. Él trabajaba en monterías como maderero. Tuvieron tres hijos, Adolfo, Otilia y Nohemí.

Hidalgo 427. Casa de tres pisos de material, vivienda en el fondo que la señora Tomasa Caballero de Pang le compró a don Alfonso Fajardo. Esta casa, que substituyó a la da la familia Fajardo Rosaldo, fue construida en 1984. La señora Tomasa Caballero, originaria de Moloacán, Ver., casó con el señor Roberto Pang, dueño del restaurante Pekín, y tiene dos hijas; Verónica y Karina, estudiantes de Secundaria y Primaria, respectivamente. Viven en la vivienda del fondo, y la planta baja del edificio del frente la ocupa el negocio de “Distribuidor a Médicos y Hospitales”, cuyo gerente es el señor Jorge Nieto. Arriba son departamentos para familias.

Con esta entrega termina la relación de la manzana 4 del antiguo feudo legal de Coatzacoalcos.

MANZANA 5. Esta manzana, comprendida entre las calles de 16 de Septiembre, Allende, Rodríguez Malpica (antes del Ferrocarril), e Hidalgo, por varios años permaneció expuesta a las constantes inundaciones en temporada de lluvias, y por el lado de la calle de Hidalgo, camino obligado de los cortejos funerarios hacia el Panteón Municipal, llegó a hacerse en ocasiones intransitable. Pero la necesidad de fincar un hogar y la buena voluntad de quienes habían adquirido su respectivo lote, hicieron que poco a poco se fueran rellenando las zanjas y lagunas, culminando el éxito de la disposición del Gobierno para que el médano de la esquina de las calles 16 de Septiembre con Gutiérrez Zamora, completara el relleno. Los vecinos recuerdan amablemente tal beneficio y a su principal ejecutor, el doctor Zamora, que fuera Jefe de Salubridad en el puerto.

En la esquina de 16 de Septiembre con Hidalgo, donde está ahora, en construcción de mampostería, la firma comercial “Videocassete del Sureste”, de la señora Palma Imelda Castañeda de Oropeza, oriunda de Chihuahua, estuvo desde principios de siglo la casa habitación de don Antonio Hernández Cálix, y su esposa Ernestina Jáuregui de Hernández, de Santiago Tuxtla él y de Chinameca ella. El señor Hernández Cálix, fue Jefe de Patio del Ferrocarril. Aquí nacieron sus hijos Casilda, Alfonso y Adalberto Hernández Jáuregui, éstos últimos más conocidos como “Bichurria”, y “Chupi”, respectivamente. Alfonso fue peluquero de tres generaciones, discípulo del maestro Vicente Cupido, y Adalberto fue chofer. Del matrimonio de Alfonso con doña María Jerónimo, ésta de Frontera, Tabasco, nacieron Guadalupe, Ricardo y Antonio Hernández Jerónimo. Antes del negocio de Videocasete, estuvieron en esta esquina un comercio de aluminio y vidrio, y una paletería.

En la primera calle de 16 de Septiembre, haciendo esquina

con Rodríguez Malpica, antes calle del Ferrocarril, está una construcción de mampostería, donde vivió don Eduardo Toledo, trabajador que fue del Departamento de Oleoductos de Pemex en Nanchital, que con su esposa doña Elvia formó un matrimonio muy apreciado por la Colonia Zapoteca del puerto, de la cual llegaron a ser “Mayordomos”. El terreno donde está esta construcción, y el de la casa marcada con el número 101 de 16 de Septiembre, originalmente fueron propiedad de don Arnulfo Ricárdez. En el citado 101 está el consultorio del doctor Javier Mojica Díaz.

16 de Septiembre 103. Casa de mampostería propiedad de la Nación, construida por los fieles del Templo Presbiteriano El Mesías, donde despacha los asuntos de su ministerio el pastor Hilario González Torres.

16 de Septiembre 105. En terreno que fuera de don Enrique Fernández, en el año de 1958 el comité formado por Cristina Márquez de Pérez Chávez, Andrés Colorado Burgos y Dorita Todd de Calderón, se echaron auestas la tarea de construir un templo digno de su Iglesia Presbiteriana. Se recuerda que aquí hubo antes una esbelta palma de coco, y un frondoso árbol de castañas. Reforzado posteriormente por nuevos integrantes el citado comité, como los señores Rogelio Vivas Gallegos, Jacinto Hernández Díaz y Juvenal Méndez, maestro carpintero especializado, quien ejecutó toda la obra preciosa de ebanistería. El templo se llama “El Mesías2.

Rodríguez Malpica 500. Casa de mampostería de una planta, del señor Juan Quintas Cartas.

Rodríguez Malpica 504. Casa de mampostería de una planta de María del Refugio Martínez T. Desde hace seis años don Venancio Torres Hernández, nativo de Cosoleacaque, mecánico soldador especializado en refrigeración, tiene aquí su “Central de Reparaciones, Aire Acondicionado y Embobinado”.

Rodríguez Malpica 506. Edificio de 4 plantas del licenciado Alejandro de la Fuente, residente en Minatitlán. En los altos, departamentos habitacionales y en la plata baja el negocio de material y artículos eléctricos “Jorza”, del ingeniero Jorge Zavala.

Rodríguez Malpica 508. Casa de mampostería de una planta, domicilio desde 1959, de los esposos Leopoldo Camargo Noriega y Bertha Salinas de Camargo, provenientes de la Ciudad de México, padres de Bertha, Teresa, licenciada Yolanda, Mónica, María Eugenia, Irma, Eloína, licenciado Leopoldo y Roberto, ingeniero Javier, Rafael y Luis Enrique Camargo Salinas. Don Leopoldo Camargo Noriega, contador, es importante funcionario de “Coatza-Corporación”. La señorita licenciada Yolanda laboró por mucho tiempo en la Procuraduría Federal del Consumidor.

Rodríguez Malpica 510. Casa de una planta de doña Natividad Luna viuda de Gil, que fue habitación hasta hace unos cinco años en que ahí se estableció el taller de reparación de máquinas de oficina, Servicio Moya, del señor Raúl Mora de la Torre, jalisciense. Labora como secretaria del negocio la señorita Graciela Cobá.

Rodríguez Malpica 510 A. Fue domicilio particular. Desde hace un año funciona ahí la venta de bebidas de moderación, a cargo del minatitleco señor Lucia Posadas Salazar.

Rodríguez Malpica 512. Construcción de dos plantas, de mampostería, de la señora Irene Marín García. Destinada a viviendas.

Rodríguez Malpica 514. Solar baldío de Norberto Santiago Velásquez, donde estuvo un taller de hojalatería y pintura, Servicio Reyes.

Rodríguez Malpica 516. Construcción de mampostería de dos plantas, habitada por la familia de don Ángel Chacón Martínez, originario de Villahermosa, Tabasco, y de sus esposa doña María Bautista, padres de Amanda, Socorro, Teresa, María de los Ángeles, Amparo, José Manuel y los Contadores

Julio y Ángel Chacón Bautista. Esta construcción data del año de 1949. Antes hubo una casa de madera y lámina que fue de don Bernardo Rodríguez. Don Ángel Chacón Martínez, que llegó a Coatzacoalcos en el año de 1926, laboró en su oficio de albañil con el maestro don Carlos Mortera, y después por su cuenta, habiéndose encargado de ejecutar, entre otras, la construcción de mampostería de la familia Brunet, en el callejón del mismo nombre, que substituyó a la muy antigua de madera y lámina donde funcionaba la ferretería de “A. Brunet y Compañía”, que se quemó en marzo de 1936.

Rodríguez Malpica 518. Casa de una planta de mampostería con techo de lámina de asbesto, de don Fausto Vicente Carrillo.

Rodríguez Malpica 520. Casa de mampostería, de una planta, construida por el carpintero contratista español don Bernardo Rodríguez, allá por el año de 1950, que le compró don Martín Arenas Solís en 1962. Don Martín Arenas Solís, originario de Zapata, Tabasco, fue por muchos años motorista de embarcaciones de río de la Compañía Petrolera El Águila y después de Pemex. Le tocó el transporte de materiales para los Campos de Soledad, San Cristóbal, Concepción, Francita, y su desmantelamiento, habiendo estado también en 1929, en la construcción de los muelles de la Terminal de Nanchital. Se jubiló en enero de 1948 laborando en los ríos Tancochapa y Edo. de Tabasco. Con su esposa Leonor Escudero Palma, es padre de Margarita, María de Jesús, Antonio, Bricio, Juan y Julio Arenas Escudero.

Rodríguez Malpica 522 Esq. Allende. Construcción de mampostería de una planta de Edilberto Alor Ledesma. Aquí está la recién inaugurada refaccionaria eléctrica para autos, de Castellanos e Hijos.

Allende 100. Casa de mampostería de una planta, propiedad de la señora Julia Sáenz viuda de Torres. Don Juan

Torres fue propietario de una panadería, con su horno, en la primera calle de Allende Sur. Este predio estaba baldío cuando era propiedad del licenciado Víctor Manuel Rueda. Herederos de don Juan Torres son sus hijos Juan Torres Sáenz, director artístico, e Irma Torres Sáenz, esposa del petrolero Edilberto Alor.

Allende 102. Casa de dos plantas, de mampostería, propiedad de doña Galdina Álvarez viuda de Ojeda, esposa que fue del gran amigo Ignacio Ojeda, comerciante en café molido. Este solar, desde cuando aún era pantano, que se rellenó con basura, fue propiedad de doña Trinidad Domínguez vda. de Álvarez. Su esposo, don Eligio Álvarez, como violinista formó parte de una de las más famosas orquestas de cuerda con que contó Coatzacoalcos allá por 1920, que dirigía don Ignacio Colorado. Doña Trinidad tuvo tres hermanos, Lorenzo, Justiniano y Celia. Los dos primeros trabajaron en los muelles, de grueros. Justiniano casó con la señora María Pitalúa, padres de Aurelia y Herminia Domínguez. Celia casó con don Patrocinio Sánchez, dueño de la fábrica de gaseosas La Invencible, que aquí estuvo, antes de pasarse a la esquina de Hidalgo y Allende. Don Eligio Álvarez y doña Trinidad Domínguez, fueron padres de Galdina, que casó con Ignacio Ojeda en 1928, hijo de don Gregorio Ojeda, sastre, y de doña Dolores Reyes de Ojeda. Sus hijos: Mario Ojeda, mecánico de la Volkswagen y Dolores Ojeda de Novelo, pianista, ésta esposa de don Andrés Novelo Gratacoz, funcionario del Departamento Jurídico de Pemex en Nanchital. Nietos de doña Galdina Álvarez viuda de Ojeda, son Manuel y Andrés.

Allende 104. Taller de reparación de bicicletas “Los Pedales”, de don José Vega, en propiedad de la Sra. Pastora Martínez.

Allende 106. Casa de mampostería, de una planta. Fue de la odontóloga doña Virginia Hoyos, quien en marzo de 1939 vendió al Sr. José Cházaro M. Aquí hubo una casa de madera

sobre altos loguines. Actualmente es propiedad el petrolero jubilado José del Carmen Ayala, quien vivió con su esposa señora Celia Flores y sus hijos.

Hidalgo 503. Del feudo de la familia Hernández Jáuregui, ahora del señor Jorge Ortiz. Aquí estuvo una mueblería denominada “Muebles Finos”. Ahora el negocio de Aceites y Lubricantes Regionales Quaker, del ingeniero Juan Manuel Flores, radicado en México, D. F., con su representante en Coatzacoalcos, Oscar López López, gerente, y Arturo Hernández Barrios, encargado de ventas.

Hidalgo 503 B. Casa muy vieja de madera y lámina, domicilio de la señora Casilda Hernández Jáuregui, hermana de Alfonso y Adalberto.

Hidalgo 505. Inscrita como propiedad de Flora R. de Patraca, antes de la viuda de don Narciso Méndez. Construcción de una planta, que ocupan “Productos Metálicos Steel”.

Hidalgo 507/509. Oficinas de taller de torno, soldadura, fabricación de engranes y piezas de maquinaria, de don Rogelio Vivas Gallegos, instalado desde el 01 de junio de 1950. Este lugar, cuando aún era un terreno baldío, lo compró don Alejandrino Vivas, trabajador petrolero de la Terminal de Nanchital, para su hijo, en 1938. La señora Nohemí Gil de Vivas, nacida en Frontera, Tabasco, vino desde muy chica a Coatzacoalcos, con sus padres José Gil Zavala y Francisca Luna de Gil. Sus hijos, Nohemí, maestra de música; Patricia y Raquel, contadoras; Rogelio, contador público auditor; y Benjamín, estudiante de secundaria. Don Rogelio Vivas Gallegos, es una persona muy humanitaria, y doña Nohemí Gil de Vivas, socia del Club de Escritoras de Coatzacoalcos.

Hidalgo 511. Casa de mampostería, de una planta, de la familia de don Gabriel Aguirre Villaseca, sastre muy apreciado en Coatzacoalcos, donde está instalado el consultorio médico

de los doctores Fernando Blanco Torres, y Esther Aguirre de Blanco.

Hidalgo 513. Casa de mampostería, de dos plantas, domicilio de los esposos Rogelio Vivas y Nohemí Gil de Vivas.

Hidalgo 515. Construcción de dos plantas, de don Juan Valencia Sulvarán, donde opera una distribuidora de pinturas, de la cual es encargado el señor Clemente Vadillo, originario de Allende, Ver.

Hidalgo 517. Servicio Gómez, de lavado y engrase de vehículos, de la familia Valencia Gómez.

Hidalgo 519. Construcción de una planta, de don Juan Pablo Valencia Sulvarán. En ella se encuentran: Servicio Técnico de Sinfonolas, de don Wilfredo M. Sánchez, originario de Chiapas; joyería y relojería Nadia, de doña María Concepción Caballero E., y la peluquería Hidalgo de don José Luis Castellanos.

Hidalgo 521. Casa habitación de don Manuel Valencia Méndez y su esposa María Teresa Gómez de Valencia. Los Valencia son una familia muy antigua de Coatzacoalcos. Doña María Teresa Gómez es hija del matrimonio del español don José Gómez y su señora doña Carlota.

Hidalgo 523. Casa de material de una planta, donde los esposos Roberto Rodríguez Castro y María Concepción Fernández Ríos, tienen el restaurante “Hermanos Castro”.

Hidalgo 525. Construcción de dos plantas. Arriba la habitación del propietario Juan Sham Liu y sus hermanos, abajo, las oficinas de la Cía. Exploradora del Istmo y Azufrera Panamericana, cuyos representantes son los señores Julio Fernández, Raúl Jiménez López y Francisco Niño B. Secretaria, la señorita Sandra Méndez Rivera. Aquí trabaja el señor Cristóbal Cabrera, de Suchilapan, Ver., quien lleva 37 años con las azufreras.

Esquina Hidalgo con Allende. Patio inmenso y una casa vieja de madera y lámina, de la familia del trabajador

petrolero jubilado de Nanchital, Wenceslao Zamora, descendiente de la familia de don Martiniano Zamora y de doña Juana Ramírez.

HERRERÍAS

Descontando las que deben haber existido en la Casa Redonda, o sea el Taller de Mantenimiento y Reparaciones de las locomotoras del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, las primeras fraguas que se conocieron en Coatzacoalcos eran accionadas en su combustión por medio de fuelles, casi siempre de cuero, que el ayudante del herrero se encargaba de hacer funcionar para que la corriente de aire mantuviera viva y ardiente la llama que habría de poner el hierro al rojo fundente. Posteriormente conocimos las fraguas con ventilador mecánico marca “Buffalo”, cuya manivela motora hacíamos girar más que nada como ayuda al herrero que nos lo permitía, con la agradable sensación de sentirnos estrenando un juguete maravilloso y encantador. En el tiempo de las carretas de tracción animal, cuando ya las ruedas se equipaban con ejes de llantas metálicos, era muy importante la intervención del herrero tanto en su manufactura como en sus reparaciones.

El combustible principal que se usaba por los herreros en sus fraguas, fue el carbón de piedra, del cual se provenían suficientemente, no obstante que era muy raro encontrar establecimiento comercial dedicado a la venta de tal material. La fuente principal de abastecimiento era la vía y el patio del Ferrocarril, y los muelles, donde en forma gratuita lo obtenían los pepenadores que lo recogían del suelo, de aquel que se caía de los furgones o de las lingadas de alijo. Los herreros lo adquirían en abundancia y a buen precio.

De aquellos herreros vigorosos que conocimos manejando las tenazas en las fraguas y el marro en los yunques,

recordamos un mexicano y tres españoles. Don Tomás Cortés, con su taller en la cuarta calle de Corregidora, junto al molino de nixtamal El Globo, que a los alumnos de la Escuela Primaria “Carlos A. Carrillo” nos vendía en cinco centavos un alambre retorcido mediante el cual se lanzaba al aire con fuerte impulso una laminita helicoidal que se elevaba girando con gran velocidad y alcanzando mucha elevación. Don Tomás Cortés, mexicano fue padre de nuestro discípulo Manuel Cortés Sánchez, dirigente petrolero sindical y autoridad en Agua Dulce, Ver.

El español Marcelino Nouche, padre de nuestro también condiscípulo José Nouche, tuvo su casa y su taller en el Playón Norte, junto a la propiedad del viejo marino español, señor Torres.

Don Antonio Rodríguez, esposo de doña Lydia Turcott, español de Galicia, y padre de José, Antonio, Jaime, Jorge, Elena, Anita y Lucha, tuvo su herrería en la primera calle de Juárez, junto a la casa comercial de don José María Ruiz, habiendo perdido su primera casa cuando, al producirse un incendio en la gasolinera establecida cerca de su domicilio, las llamas devoraron su hogar.

Por último, don Pedro Serrant Fortuna, que allá por 1915 vino desde su natal Barcelona, España, a unirse a la gente que con su entusiasmo y trabajo iban formando lo que es hoy Coatzacoalcos, tuvo su herrería en la tercera calle de La Llave, y después en la esquina de ésta y 5 de Mayo (hoy Carranza). Se especializó en balconería y rejas, existiendo aún mudos testimonios de su habilidad y exquisito arte en algunas casas y edificios de la ciudad, cuando aún estaba en pañales la soldadura autógena y todo se hacía a base de remaches. Don Pedro, que también era experto en reparación de armas de fuego, casó con doña Gudelia Baruch, acayunqueña, y de su descendencia nos hablan familiares de ellos, que desde hace 47 años ocupan la casa número 203, de la actual calle de Carranza, casa en donde conocimos a don David López Cañón

y su familia, casa que tuvo su techo de un material conocido antiguamente como “tejamil”, y en la que también vivió una familia García posteriormente, cuyo jefe era empleado de la Aduana Marítima y siempre vistió muy elegante.

Doña Isabel Serrat Baruch, se casó con don Felipe Camacho Roque, que se distinguió como declamador, y que formó parte del grupo artístico teatral de aficionados, con don Lorenzo Castillo, Miguel W. Rojas, Gilberto Esparza, Mateo Cristiá, y otros.

Doña Carmen Serrat Baruch, casó con don Manuel Moscoso Thomas, de Chiapas. Doña Antonia Serrat Baruch fue esposa del señor Tomás Kido Shiyama, fue molinero de nixtamal, primero con don Guillermo Uyeno de la 2a calle de Juárez, y después por cuenta propia en los molinos conocidos como de don Valentín Rueda, esquina de Hidalgo y Carranza, y después de la calle de Román Marín, el Cuatro Vientos. Don Felipe Camacho Roque era maderero.

Los Camacho Serrat: Pedro, casado con Gladys Madrazo Carrión. Isabel, casada con Aurelio Amador Bielma Heras. Héctor Raúl, casado con Marisela Viveros Chervo. Teresita de Jesús, soltera.

Los Moscoso Serrat: Natalia, casada con Jesús Solomo Cabello, funcionario de Telmex. Manuel, agente viajero, casado con Cruz Martínez. Federico, funcionario de la Azufrera Panamericana, casado con Sonia Alor. Carmelina, casada con Carlos Domínguez, radiotécnico, jubilado de Pemex. Guadalupe, casada con Ernesto González Treviño, empleado de Pemex en Cangrejera. Pedro, técnico en Petroquímica Cosoleacaque, casado con María Elena Domínguez.

Los Kido Serrat: Fernando, casado con María Miranda Manjares. Gudelia, casada con Romero Jaime Sánchez Mazariegos. Esther, casada con Rubén Fuentes Solís.

Antonia, casada con Javier Bringas Rodríguez. Guadalupe, casada con Luis Vivas Antonio.

Don Tomás Kido, Q.E.P.D., estaba emparentado con el señor Shiyama, japonés como él, de carácter muy amable, que por muchos años estuvo establecido en la esquina de tercera de Hidalgo y segunda de Carranza, establecimiento que luego fue de don José Hernández, “El Amigo”, director de una marimba muy famosa.

MANZANA 6. Esta manzana, comprendida entre la sexta calle del Ferrocarril, (hoy Rodríguez Malpica), la sexta calle de Hidalgo, (que antes se llamó Primera Avenida Oeste), la primera calle de Allende y la primera calle de Guerrero, límite del fundo legal según escritura num. 58. del 7 de junio de 1890, que del latifundista George Ting adquirió el municipio de Coatzacoalcos, era prácticamente un pantano y servía de basurero público. Trataremos con los datos oficiales que logremos obtener, y la información que obtengamos de los actuales moradores, resumir rasgos de lo que hay ahora ahí.

Allende 101 Esquina Rodríguez Malpica. Casa de mampostería, de una planta, de la señora Leonor Velásquez de Farret, de Minatitlán. Hace unos 17 años la ocupan como domicilio el señor Ernesto Castellano, originario del estado de Tabasco, quien es jefe de manzana, y sus familiares Sara, Ernesto y Ana Luisa Castellano, dueños de la refaccionaria y taller eléctrico automotriz “Castellanos y Cía.” de Allende 100.

Allende 103. Construcción de mampostería al fondo del solar, de Michel Sáenz de Ferret, de Minatitlán, que desde hace unos 25 años ocupa la Academia Comercial Santos (Arte, Respeto, Servicio), que dirige la profesora María del Carmen Santos Guzmán, hija de un antiguo y bien conocido carpintero y funerario Q.E.P.D., don Miguel Santos Piquet. La academia viene funcionando desde 1957, cuando al frente del solar existía una casa de madera y lámina que ya desapareció.

Allende 105. Casa de mampostería, de dos plantas, de Elvia Romero de Contreras e ingeniero Roberto Contreras, actualmente desocupada y en reparación, que anteriormente fue de Carlos Romero y Manuela Guzmán de Romero, construida hace unos cuarenta años.

Allende 107. Casa de mampostería, de una planta, construida en 1952, domicilio que fue de la familia formada por don Luis Castillejos Gutiérrez, trabajador del Depto. de Marina de Pemex, y su esposa Micaela Muñoz Martínez y sus hijos. Anteriormente hubo una casa de madera construida al estilo inglés, con su jardín colmado de rosales. Aquí vive actualmente, la enfermera titulada Micaela Castillejos M. jubilada de Pemex.

Esquina Allende e Hidalgo. Propiedad del señor Enésimo Amador. Funciona aquí un taller de servicio de lavado y engrasado de vehículos automotrices, a cargo del señor David Cruz. Se dice que anteriormente hubo aquí una construcción de lámina y madera, en donde funcionó un molino de nixtamal y estuvo un templo protestante.

Malpica 600. Casa de una planta, de don Jorge Monroy Pérez, hijo de don José Monroy Martínez y de doña Paula Pérez García. Llegaron en 1935, procedentes de Salina Cruz, con sus hijos Juan, Julio, Carlos, Roberto, José Luis y Mercedes. Aquí nacieron Natividad, Jorge, Ricardo, Rosa, Aurora y Armando. Don José Monroy fue mecánico pailero en la Casa Redonda de los Ferrocarriles. Jorge Monroy Pérez, mecánico electricista, tiene aquí su taller de reparación y mantenimiento de equipos eléctricos y de refrigeración. Casó con la señora Luvia Martínez, de Allende, Ver., y son padres de Jorge, licenciado en Administración de Empresas; José Alfredo, ingeniero en Computación; y Alfredo y Ramiro, estudiantes. Anteriormente hubo una casa de madera y lámina sobre altos pilotes. Después se le hizo el piso de

cemento. En 1960 se hizo ya toda de material, con techo de lámina estructural.

Malpica 602 B. Casa de dos plantas, de don Roberto Monroy Pérez. Al principio hubo casa de madera y lámina. Don Roberto casó con doña Josefina Bravo Ferret. Sus hijos: C.P. Ricardo Monroy Bravo, contador del Hotel Brisa; Lic. Luis Monroy Bravo, y Elena Monroy Bravo.

Malpica 604. Construcción de mampostería de dos plantas, del señor Germán Brauer Granados, empleado de la Comisión Federal de Electricidad, padre de Germán, también empleado de la C.F.E., y de Jorge, Carlos, Ricardo y Carolina.

Malpica 606. Construcción de una planta, de don José A. Chacón Bautista. Hace unos cinco años funciona aquí la negociación “Tornillos del Puerto”, atendida por doña Juana María Ortiz de Chacón y su hija Ana María Chacón Ortiz. Gerente de Ventas, el señor Antonio Acosta Rodríguez. Antes hubo un taller de soldadura.

Malpica 608. Casa de material y techo de lámina, de la señora Francisca Luna Alor viuda de Ordaz, esposa que fue de don Roberto Ordaz Huante, de Uruapan, Mich., y que habitaron desde hace 20 años. Este era un solar baldío con árboles frutales. Sus hijos: contador José Luis Ordaz Luna, Raúl, Antonio, María de Jesús y Esperanza Ordaz Luna.

Malpica 610. Construcción de una planta de María de Jesús Ordaz Luna, donde están la refresquería La Fuente, y el Salón de Belleza Marili, de doña Maryli López. Antes hubo una casita de madera de doña María del Río. Hace unos 25 años la hicieron de material. El esposo de la propietaria, don Emigdio Ríos Gil, fue operador de draga, habiendo trabajado en la Constructora La Victoria, piloteando muelles y la presa en el arroyo Colorado. Está pensionado. Sus hijos Everardo, Reina Esmeralda, Fidelia Rubí y Perla Ysoki Ríos Ordaz.

Malpica 612. Construcción de una planta propiedad de Elvira Villanueva viuda de Merino, local que actualmente está desocupado. Anteriormente funcionó aquí un invernadero

de flores finas.

Malpica 614. Casa de dos plantas, de mampostería, habitación y propiedad del señor Hermilo A. Martínez Lewis.

La casi totalidad de las manzanas en que se dividía Coatzacoalcos, antes Puerto México (por mal nombre Puerto Niguas), cuando sus límites sólo comprendían de la calle del Ferrocarril por el Sur, hasta la calle de los Altos (hoy Revolución) por el Norte, y de la calle Colón (hoy Colegio Militar), por el Oriente, hasta la calle Guerrero, de acuerdo con los terrenos que de su latifundio “Hato de Las Barrillas” otorgó el señor George Ting, según escritura número 58 del 7 de junio del año de mil ochocientos noventa, al naciente Municipio, tiene, las manzanas, 65 metros de ancho por 190 metros de largo, y 28 o treinta y dos solares, según que los de las cabezas fueran cuatro o seis, en el primer caso de quince por treinta metros, y en el segundo, de diez por treinta metros, más los cinco metros del callejón que quedaba al centro y que iba de calle a calle, partiendo en dos la manzana, de Oriente a Poniente. Aunque en la descripción que llevamos hecha de la Manzana 6, por el lado de la calle Ferrocarril, hoy Rodríguez Malpica, pasamos ya de los solares 23 y 24, que dan frente a dicha calle, deseamos mencionar que el 18 de mayo de 1920, los esposos Miguel Matus y Mariana Orozco de Matus, domiciliados entonces en la casa número 50 de la cuarta calle de Juárez, originarios de Juchitán y Oaxaca, respectivamente, vendieron a don Anastasio Payán, campechano, dichos solares 23 y 24, que en 1902 habían adquirido respectivamente del H. Ayuntamiento y del señor Ángel Heredia. En la escritura correspondiente se mencionan los siguientes linderos: Al Norte, propiedad de don Benjamín Rodríguez y de don Ambrosio Solorza; al Sur,

la calle de Ferrocarril, al Este, el solar número 25; y al Oeste, el solar número 22 del don Rafael Hernández.

Malpica 616. Propiedad del señor Rafael Chacón Palacios. Lavadero de automóviles.

Malpica 618. Del señor Jorge M. López Lara. Taller y patio de maquinaria de Christensen Diamond, Productos de México, S.A. de C.V.

Malpica 620. Esquina con la calle de Guerrero. Edificio de cinco plantas, de mampostería, que el maestro de obras español Bernardo Rodríguez construyó para don José María López, de Chinameca, Ver. Su hija se llama Olga, casada con el señor Jacobo Mercader, uno de los fundadores del Club 20-30. En la planta baja estuvo un negocio de abarrotes llamado Lyesa. Actualmente está una tienda de Conasupo.

Guerrero 102. Casa de familia de los esposos Nicéforo Salcedo Leyto, trabajador que fue del Taller Mecánico de Nanchital, y Elena Gómez de Salcedo, él de Coatzacoalcos, ella de Mixquit, Estado de México, hermana del llorado Juan Gómez Yépez, pionero del Sindicato de Trabajadores Cinematográficos, STIC, Delegación Coatzacoalcos. Don Nicéforo ordenó la construcción de esta casa hace unos 45 años. Sus hijos: Elvia, Juan, mecánico en Fertimex, casado con Obdulia Santos. Agustín, operador de la Planta de Ácido Fosfórico de Fertimex, casado con Santa Casanova. María Elena, cultora de Belleza, Nancy, viuda de Jorge Cortés Abarca, de Chiapas. Rubén, encargado de la planta de Etileno I, de Pajaritos, esposo de Lourdes Nolasco. Ángela, casada con José Francisco Trujillo, de Oaxaca, empleado de la Comisión Federal de Electricidad. Oscar, ingeniero químico industrial, que estudió en el Politécnico Nacional, trabaja para Pemex, como ingeniero de Operación en la Planta Et. 2, de Pajaritos. Martha Eugenia, casada con Armando Sánchez, guerrerense, dueño de un negocio de aceites y lubricantes. Guadalupe, casada con José Luis Sumano, operario electricista en la Unidad Pajaritos de Fertimex. Y Patricia Elena, que estudia la

carrera de licenciada en psicología, en Puebla, Pue.

Guerrero 104. Construcción terminada en su primera planta, y en trabajos de construcción una planta más, de mampostería. Aquí se congregan los hermanos que practican el culto adventista de la Iglesia de Dios, del Evangelio, completo, bajo la dirección del Supervisor Raymundo Torres, originario de Oluta, Ver. Secretaria, señorita Sara Torres. Anteriormente fue una construcción de madera y lámina.

Guerrero, esquina con Hidalgo. Construcción de mampostería, de dos plantas, de doña Cleotilde Díaz del Castillo Zurita, en cuya planta baja están: la Papelería Cárdenas, de don Miguel Cárdenas; por el lado de Hidalgo, la clínica veterinaria del Doctor Hugo Díaz Cruz, y por el lado de Guerrero, la Sastrería Eve, del maestro Rafael Hernández, hijo de don Fernando Hernández, campesino de Pajaritos, Ver., cultivador de nardos y de nanches, y de doña María Elena Rodríguez, de Allende, Ver., que vinieron a Coatzacoalcos hace unos once años. Los hermanos de don Rafael Hernández son: Rogelio, Faustino, Guadalupe, Jovita, Jacinta, Irene, Miguel, José Carlos, el contador Miguel Ángel, el Ing. Químico Adrián, y el Ingeniero Agrónomo Vicente. En la planta alta vive la dueña, quien nos cuenta que anteriormente había una casa de madera y lámina, que su padre don Manuel Díaz del Castillo, trabajador de Pemex en Agua Dulce, Ver., y su madre doña Genoveva Zurita, le compraron a la señora Elena González viuda de don Lis Bolio, prominente comerciante en madera, dueño del aserradero que hubo en Puertos Libres, atrás de la bodega del Muelle Siete. Hace como unos trece años se construyó el actual edificio. Los hijos de don Manuel y doña Genoveva: Concepción, viuda de don Alberto Cintrón, mecánico especializado en diesel. América, viuda de don Jaime Domínguez, petrolero de Agua Dulce. Clotilde, casada con el auditor de comercio Roberto Franco

González. María del Socorro, casada con Daniel Lara Carpio, comerciante. Consuelo Aurora, casada con el señor Antonio Pavón, y Francisco y Manuel, ya difuntos.

Cuando el fundo legal no llegaba más allá de la calle Vicente Guerrero, por el occidente, era ruta obligada para llegar al Panteón Municipal la calle de don Miguel Hidalgo; pero si el tiempo de lluvias hacía intransitables sus cuadras quinta y sexta, aledañas al pantano que se formaba en las manzanas 5 y 6, por las lagunetas que duraban toda la temporada de “nortes”, entonces se utilizaba la calle de don Benito Juárez, aunque ésta no dejaba de tener sus encharcamientos, dificultando el tránsito de la carroza y de los peatones.

El constante aumento de la población motivó que los solares cenagosos y empantanados de aquella parte del fundo legal, se fueran rellenando poco a poco con la arena transportada de los médanos de las partes altas, y las primeras construcciones de madera y lámina se fueron substituyendo por las de ladrillo y cemento de hoy en día, que aunadas a la pavimentación ofrecen el agradable aspecto de la urbanización.

Con los recuerdos personales y con el testimonio de algunos vecinos, antiguos pobladores de Coatzacoalcos, salvo error u omisión, recorreremos la acera Sur de la sexta calle de Hidalgo, para decir:

En la esquina que forman la primera calle de Allende y la sexta calle de Hidalgo, estuvo la tienda de abarrotes de don Pedro Martínez, también un molino de nixtamal de don Juan Madrazo, y por el lado de Allende, la cervecería “El Cielo” de don Víctor Padrón. También estuvo ahí la fábrica de gaseosas de don Patrocinio Sánchez. Actualmente, es moderna construcción de mampostería, está el servicio de lavado de automóviles “Acuario”, siendo propietario del lugar el señor Onésimo Amador.

Corresponde a Hidalgo 603, el edificio de dos plantas de don Fernando Segovia, que ocupa con su familia, lugar en

que existió, de madera y lámina, un Templo Sabatista del cual era activo militante el señor Chablé, competente pintor de casas conocido como “el boshito”.

A la altura de lo que hoy es el número 605 de la calle de Hidalgo, corría un pequeño arroyo por donde el agua de las lluvias almacenadas en el terreno pantanoso buscaba salida a las cunetas y desagües de la vía del Ferrocarril, existiendo ahí algunos árboles de “apompo” y gran cantidad de flores blancas llamadas “mariposas”. Un edificio moderno de cuatro plantas, perteneciente a Oscar Julio Chong Lau y hermanos, da actualmente cabida a “Quality”, Control de Calidad de Productos, a cargo del señor René Arteaga. Oficinas de Conasupo, a cargo del señor Mario Coutiño. Constructora A.B.P., tuberías de acero, obras tipo industrial, del señor Alfredo Benítez Potenciano. Seguros La República, del buen amigo Abraham Férez. Y la Ferretería Romo, del Ing. Javier Caballero Rosaldo. El Ingeniero Caballero es hijo de don Jorge Fernando Caballero y de doña Artemia Rosaldo, pioneros del antiguo Puerto México, que además del ya citado Javier, ingeniero civil, dieron a esta sociedad porteña un ramillete de nuevos y progresistas ciudadanos, como son: Eleuterio, ranchero, Jorge, médico, residente en Chicago, E.U.A. Enrique, ingeniero mecánico. Suraya, casada con don Laureano García. Y Fernando, maderero. Javier está casado con Estela Rosignol Mortera, y es padre de Ana Luisa, Marcela y Gabriela, que se inclinaron por la arquitectura, Javier Jr. Ingeniero químico, y Joaquín que estudia la preparatoria. Como secretaria de la Ferretería Romo trabaja Margarita de León López, originaria de Chiapas, hija de doña Amilana López Soto.

En el 605 Bis, de la misma calle Hidalgo, está el edificio de una planta, del señor Antonio López Padrón, con un negocio de clima Alpaar. En el número 607, hubo una casa de madera

y lámina del marino Carlos Mora Valenzuela, era de lámina y tablones. Actualmente es de material y techo de lámina, domicilio de la señora Minerva Villanueva de Mora.

La propiedad de Hidalgo 609, registrada a nombre de la señora María Guadalupe viuda de Gómez, es casa habitación, de una planta.

Don Manuel Corro, domiciliado en lo que es hoy Hidalgo 611, entregaba petróleo en un camioncito. Con su esposa doña Antolina Mendoza, procrearon a Pedra, Aurora, Eugenia e Hilda, una de ellas empleada actualmente de la C.F.E. Aquí hay una casa de madera y lámina al frente, y una de material de dos pisos al fondo.

En Hidalgo 613, está el consultorio dental de la doctora Carolina Hernández Yépez. Esta propiedad pertenece a la señora Lucila Silvia Hernández, viuda de don Salatiel López que por muchos años fuera administrador de la Oficina de Telégrafos Nacionales.

Pasamos a Hidalgo 615, edificio de dos plantas, de don Diego Ceballos Panamá. Aquí están instalados el despacho jurídico del licenciado Alberto Francisco Ceballos Sicilia, el servicio especializado “Técnica Alfanumérica”, S.A., de reparación de máquinas de contabilidad, y el salón de estética unisex “Angely”.

El solar de Hidalgo 617 está registrado a nombre de Carlos Rotaprieto Reynaga.

Hidalgo 621, construcción de una planta, ostionería El Pico de Oro. La propiedad es de don Luis Ramos Gómez.

Hidalgo 623 A. Alicia y José Bringas. Joyvar, Acuarama, peces y plantas acuáticas.

Hidalgo 623 B. Casa de dos plantas, de Magdalena del C. Ramos Bringas, hija de Alicia Bringas y de Porfirio Ramos Gazca, éste hijo de don Apolinar Ramos, también antiguo vecino dedicado a la transportación de materiales. Primordialmente hubo aquí una casa de madera y lámina de doña Esther Ruiz de Quevedo. Luego doña Dolores de

Bringas la compró para Alicia y José. Tiene de vivir aquí unos cuarenta años. Su hijo, Apolinar, ingeniero.

En este lugar hubo antes una planta de agua electropura.

Hidalgo 625 A. Román Alor Riveroll.

Hidalgo 625. Casa de una planta de Lidia Elena González Aparicio, que vive en México, D.F. Hace como cuarenta años aún era un terreno baldío. Don Miguel Ángel Cárdenas Suárez, originario del municipio Centro, Tabasco, la compró hace dos años. La tenía rentada a una compañía, la I.C.A.

Hidalgo 627. Actualmente Reparaciones Romero, de don Vicente Romero, originario de Coatzacoalcos. Encargado Ignacio Hdez.

DON CLAUDIO GAONA LÓPEZ.

Es también un antiguo ciudadano, de los que vivieron aquí desde la época en que a Coatzacoalcos se le cambió de nombre por el de Puerto México. Actualmente tiene su casa en Malpica 417, reconstruida de mampostería, pues siendo de lámina y madera con piso de cemento, se la destruyó el temblor del 28 de julio de 1959. El terreno, que fue parte del patio de los Ferrocarriles, se lo compró a Bienes Nacionales. Este también fue un terreno pantanosos que hubo que rellenar para hacerlo habitable, pero que ahora luce con su calle pavimentada. Desde hace quince años el señor Gaona se convirtió en distribuidor de periódicos y revistas, habiendo sido muy popular en los medios deportivos. Jugaba como catcher en la novena de béisbol Puerto México, en donde recibió el título de Capitán Vitalicio en 1925. De 1926 a 1933, trabajó como ayudante de mecánico y truquero en la Casa Redonda de los Ferrocarriles. Es originario de Niltepec, Oax. Vino a Coatzacoalcos en 1904. Le tocó presenciar el incendio del primer mercado en 1913, y el del Hotel California, ubicado en la primera calle de Zaragoza, en ese mismo año. Él tenía un

puesto de mercería en el mercado por el lado de Corregidora, junto a la tienda de abarrotes de don Manuel Márquez. Fue presidente de la Junta Municipal de Conciliación en 1934, siendo diputado don Mario Suárez.

“YA VIENE LA NOCHEBUENA”

I. - Cuando muchacho, recuerdo
aquellos dichosos tiempos
(tiempos que no volverán).
Cuando todo era respeto,
cuando todo era amistad.
Cuando nobles sentimientos
unían a la humanidad.

Ya viene la Nochebuena,
ya viene, ya va a llegar.

II. - Corre a la tienda, muchacho,
pregúntale a don Ramón,
o a don Manuel Soberón:
Si ya llegaron las frutas,
si han recibido el turrón;
si la nuez y la avellana,
higos, uvas y manzana,
de la España, madre patria,
les llegaron a montón.

Ya viene la Nochebuena,
ya viene, ya va a llegar.

III. - También te vas a la esquina
del “Brazo Fuerte”, y sin falta,
cómprale los tejocotes,
los duraznos, las guayabas,
al señor Baltazar Mata.

Y también las granadinas
y la flor de jamaica.

Ya viene la Nochebuena,
ya viene, ya va a llegar.

IV.- Y para estar preparados
a don Porfirio le compras
La mistela, sea de jobo,
de nanche o melocotón.
La sidra, que sea Gaitero,
encargas todo un cajón.

V.- El pavo, que ayer compramos,
lo vamos a aderezar
con relleno de castañas
y pasitas de ultramar.
Después se lo llevaremos
a Antono Rivas, el Noy,
pues él sí lo sabe hornear.

Ya viene la Nochebuena,
ya viene, ya va a llegar.

VI.- Ya pasaron las posadas,
las Ramas se fueron ya.
El oso de Pancho Platas
ha dejado de bailar.
Se acabó la Casita
su melodioso cantar.

Ya viene la Nochebuena,
ya viene, ya va a llegar.

VII.- De betabel la ensalada,
legítimo bacalo,
rico ponche de granada,
el vino tinto, el champán,
la cerveza, los buñuelos,
las hojuelas de mamá.

Todo mundo se prepara
a celebrar la Navidad.

VIII.- El pan de doña Juliana,
las peladillas, las peras,
los tostados cacahuates,
los sabrosísimos ates,
la fruta cristalizada,
los orejones de Puebla.
Que ya esté todo en la mesa
para disfrutar la cena.

Concluyó la Nochebuena
y sigue la Navidad.

IX.- Recuerdo de aquellas épocas,
que alegre sabor nos dejan,
pero tristeza también.
Tantas personas queridas
que tomaron ya su tren.

Cada año recobra vida
el culto a la Navidad.

X.- Personas muy singulares
y alegres en su orfandad,
son sombras en el recuerdo

que se ha esfumado ya;
Mambrú, aquel seniloco,
con sus zapatos al hombro.
Jeché Jeché el pordiosero,
el dulce Cohejé.
El negro que se enojaba
(Colonyec mamón, el diablo)
El Neo, mango manila,
El Techo Chumega y Walson.

Cada año recobra vida
el culto a la Navidad.

PAGO DE LA DEUDA EXTERNA

Aquellos sí eran días de actividad, y sobre todo de honestidad y de vergüenza. La Refinería de Minatitlán trabajaba a toda su capacidad y por lo menos cuatro viajes de ida y vuelta al puerto de Veracruz había a la semana el flamante petrolero de matrícula nacional “San Ricardo”, al mando del Capitán Medina, su primer oficial Narciso Liasci, su radio-operador Eutiqui Limón Ortiz, y demás tripulación cuyos nombres hemos olvidado. Se abastecía de combustibles refinados a todo el Estado, parte del centro de la República, con la producción de los campos de Francita, Agua Dulce y El Plan, y además del Sureste. Diariamente salía alguna canoa campechana cargada de barriles de diáfano, o de cajas con latas de gasolina. Independientemente de que también se despachaba petróleo crudo que los buques-tanques ingleses llevaban principalmente a la Isla de Oruba, frente a Venezuela, para refinar.

El país no acababa de salir aún de los estragos y convulsiones dejados por la Revolución de 1910, cuando

un nuevo azote, en 1923, volvió a perturbar la tranquilidad que se venía recuperando. Sin embargo, y no obstante la desaparición del tráfico internacional por el Ferrocarril del Istmo de Tehuantepec, la región seguía progresando, no faltaba trabajo, los campesinos seguían sembrando, y nuestra moneda, que al inicio de la primera guerra mundial llegó a estar al par con el dólar americano, mucho tiempo se mantuvo al dos por uno, y al triunfo de las fuerzas obregonistas sobre las huestes de Adolfo de la Huerta, circuló en abundancia la divisa de oro, aun cuando siempre se habló de la deuda externa, motivada principalmente por los daños a propiedades y personas extranjeras, y mucho de lo que consumía esta mexicana nación se importaba, no se vislumbraba panorama tan deplorable y desolador como el que ahora se está viviendo. Y eso que en nuestros últimos gobiernos ya se contaba con programación del presupuesto.

Datos oficiales publicados frecuentemente, nos hablan de la inmensa reserva que nuestro país tiene de petróleo, que durarán cuando menos cincuenta años al ritmo de su actual explotación. Sabemos también que hay una exportación diaria de un millón cuatrocientos mil barriles de crudo, que al precio conservador de quince dólares por barril, significa un ingreso de veintiún millones de dólares diarios. Si multiplicamos estos 21 millones, por los 365 días del año, tenemos un total anual de siete mil seiscientos sesenta y cinco millones de dólares al año.

La reciente operación de que nos habla la prensa, pactada por nuestras autoridades hacendarias con los Estados Unidos, respecto a la emisión de Bonos Cero para liberar veinte mil millones de dólares de nuestra deuda, nos lleva a la siguiente consideración: si nuestro país vendiera por adelantado a sus acreedores, al mínimo precio de quince dólares el barril, los siete mil quinientos sesenta millones de barriles que sumará la exportación de 1'400,000 barriles diarios durante quince años, esto representaría ciento trece mil cuatrocientos

millones de dólares, que es más o menos nuestra deuda actual. México tardaría en entregar el producto quince años, y a cambio de no cobrar intereses, los acreedores tendrían la ventaja de disfrutar en su favor del incremento del precio que en el transcurso de ese tiempo seguramente tendrá el barril de petróleo para llegar al nivel de 34 dólares que ya tuvo, o superarlo.

Nuestros gobernantes dejarían de quebrarse la cabeza con planes, sistemas y pactos, la Nación seguiría creciendo sin el lastre de deuda externa, y la moneda volvería a su antiguo rango de “peso duro”, respaldado con el trabajo y la producción de artículos necesarios para el consumo interno y para la exportación.

RÍO COATZACOALCOS

Río, que los Nahoas hicieron
para la posteridad,
escondite temerario
del inmortal Quetzalcóatl.

Río, que fuiste testigo
del paso hacia la Chontalpa
de los guerrero olmecas,
que iban para conquistarla.

Río, que antaño surcaron,
navegando desde el mar,
Lorencillo y sus piratas
en su afán de depredar.

Río, que vienes bajando
de las remotas montañas,
para que con dulces voces
te cante MARÍA FERNANDA.

Río, en cuyas riberas
atracaban las canoas,
que nos traían las verduras,
nardos y frutas maduras.

Río, que fuiste el camino
para llevar hasta Europa
aromático café
y la madera preciosa.

Río, que fuiste la puerta
del emporio platanero,
y hoy también lo sigues siendo
del “diabólico venero”.

Río, que orgullosos surcaron
barcos de pasaje y carga,
como el Holsatia, el Ammonia,
Toledo, y Sierra Ventana.

Río, que en nuestra niñez
muy felices contemplábamos,
viendo que venían flotando
de madera fina, balsas.

Río, que también serviste
para el tráfico del Istmo:
Transporte de mercancías
del Atlántico al Pacífico.

Río, que fuiste la fuente
de alimentación del pueblo:
pargos, roncós, camarones,
chucumites y robalos.

Río, en cuyas aguas pescamos
lizas, huavinas, mojarras,
bagres, jaibas, mayacastes,
cherna, cazón y jureles.

Río, que amaneceres,
vimos coronar tu espejo
con tus violáceos jacintos
y los solares reflejos.

Río, que en tiempos pretéritos,
con el impulso de los remos,
las canoas de pasajeros
cruzaron tu cauce eterno.

Río, que alguna vez fuiste
tumba de remero inepto
o nadador inexperto,
cuya culpa no tuviste.

Río, que fuiste escenario
en las fiestas septentrinas
del correr de las piraguas
que en regatas competían.

Río, que fuiste testigo
de espléndidos carnavales,
que en su programa incluían
paseos en lanchas y viajes.

Río, que en tus aguas llevas,
conduciéndolos al mar,

los desechos del pantano,
la fábrica y la ciudad.

Río, cómo te queríamos.
¡Qué malos fuimos contigo!
Hoy están lleno de escombros,
contaminado y perdido.

Río, que hoy con llanto vemos
que casi, casi, estás muerto,
pues el precio del progreso
lo has pagado en exceso.

Sigue tu curso, ¡oh! mi río,
perdona a la humanidad,
no hagas ruido,
Quetzalcóatl está dormido.

Coatzacoalcos, Ver., 23 de marzo de 1989.

Desiderio Cadenas Granados.

